

1 deprivación total 2 elección incondicional 3 redención particular 4 gracia irresistible 5 la perseverancia de los santos



los **CINCO**
PUNTOS *del*
Calvinismo

Herman **HANKO** • David J. **ENGELSMA**

Contenido

Prefacio	iii
Capítulo 1	
La historia del calvinismo	5
Capítulo 2	
Elección incondicional	25
Capítulo 3	
Redención particular	50
Capítulo 4	
Depravación total	75
Capítulo 5	
Gracia irresistible	101
Capítulo 6	
La perseverancia de los santos	120

Prefacio

Grandes son las obras de Jehová, Buscadas de todos los que las quieren (Sal. 111:2). Esto toca nuestro corazón: ¿Qué es lo que queremos?

Las obras de Jehová se centran en Su salvación de Su iglesia en Cristo: obras gloriosas realizadas antes de la fundación del mundo, en la cruz del Calvario y en los corazones y vidas de Su pueblo.

Este es el llamado y el deleite de los santos: tratar de entender estas obras. En esta maravillosa actividad, todos los hijos fieles de Dios están ocupados, porque las obras de Jehová son “Buscadas de todos los que las quieren”.

Este libro está escrito para ayudar al pueblo de Dios en su placentero llamado a buscar y estudiar las maravillosas obras del Dios Trino.

Sus autores, los Profes. David Engelsma y Herman Hanko, han pasado entre ellos casi 100 años en el ministerio cristiano ensalzando y magnificando al “Dios de toda gracia” (I Pedro 5:10) y su “salvación tan grande” (Heb. 2:3), en la predicación y la polémica, en la catequización y consejería, en conferencias y escritos. Entre ellos, han escrito o editado unos 20 libros, incluyendo la publicación anterior de la Comunidad Reformada Británica (BRF, por sus siglas en inglés), *Keeping God's Covenant [Guardando el pacto de Dios]*.¹

Los seis capítulos de Los cinco puntos del calvinismo fueron originalmente los seis discursos

¹ Para estos libros y otros en inglés, véase www.cprf.co.uk/bookstore.htm (Reino Unido y Europa) y www.rfpa.org (América del Norte).

principales en la novena Conferencia Bienal de la Familia de la Comunidad Reformada Británica en Cloverley Hall, Shropshire, Inglaterra, en 2006.² Este pequeño libro proclama las doctrinas de la gracia, tanto cálida como antitéticamente, y con profunda penetración en las Escrituras. Se basa en una gran cantidad de material, especialmente los Cánones de Dordt (1618-1619), los Cinco puntos originales del calvinismo.³ Aquí está el calvinismo robusto, sin vergüenza e intransigente que también es profundamente personal y conmovedor, llamando a los santos a amar, confesar y promover la verdadera gracia de Dios en Cristo Jesús (I Pedro 5:12).

Lector, la verdad bíblica de la gracia soberana de Dios está cerca de usted, incluso en un libro en su mano; ¡No necesita descender a las profundidades del mar, ser rodeado de algas, y ser tragado por un gran pez, como Jonás, para aprender que la salvación, ¡toda ella!, es del Señor (Jonás 2:10).

Este libro es enviado “para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado” (Efesios 1:6), para que podamos crecer en gratitud y adorarlo por Su gran obra de salvarnos en Cristo Jesús.

Reverendo Angus Stewart
Presidente de BRF

² Estas y otras conferencias de la Conferencia BRF, se pueden escuchar en inglés gratuitamente en línea (www.britishreformedfellowship.org.uk/audio.htm).

³ Los cánones están disponibles en línea (www.cprc.org/languages/spanish). Todas las citaciones en este libro de las *Tres Formas de Unidad*, fueron obtenidas de esta versión en español.

La historia del calvinismo



Prof. Herman Hanko

Introducción

Recuerdo que hace muchos años, quizás hace más de treinta años, el profesor Homer Hoeksema, mi colega en el Seminario Protestante Reformado, y yo estábamos sentados juntos un viernes por la tarde. Con frecuencia, un viernes por la tarde, después de una semana muy ocupada de enseñanza y con algo de cansancio, nos quitábamos los zapatos, poníamos los pies sobre la mesa y nos relajábamos para discutir informalmente cosas que pertenecen al trabajo y la vida del seminario. Ese viernes en particular, estábamos hablando sobre el estado actual de la iglesia de Cristo Jesús, especialmente en nuestro propio país. En el curso de esa discusión, el Prof. Hoeksema hizo esta observación que ha permanecido conmigo: “Sabes”, dijo, “si miras la historia de la iglesia desde el tiempo de Pentecostés hasta hoy, es muy sorprendente que las doctrinas de la gracia soberana y particular hayan sido mantenidas consistentemente por la iglesia con muy poca frecuencia y durante períodos muy cortos de tiempo”. La historia de la iglesia del Nuevo Testamento, tomada en su conjunto, es una historia de apostasía repetida. Al igual que en el tiempo de los jueces de Israel, la reforma dura poco tiempo y una vez más la iglesia se vuelve hacia la apostasía.

El origen de los cinco puntos del calvinismo

El Sínodo de Dordt (1618-1619), un hito en la historia de la iglesia por más de una razón, adoptó lo que ahora llamamos los cinco puntos del calvinismo, que serán el tema de los siguientes capítulos. Los cinco puntos del calvinismo son fáciles de recordar; estoy seguro de que todos ustedes que son adultos son conscientes de lo que ellos son. Por el bien de los niños, les recuerdo que son fácilmente recordados por el uso del acrónimo TULIP en inglés: depravación total, elección incondicional, expiación limitada, gracia irresistible y perseverancia de los santos. Estos cinco puntos fueron adoptados por el Sínodo de Dordt (o Dordrecht), cada punto es el tema de un capítulo o encabezado de los *Cánones de Dordt*. Había cinco puntos porque, en 1610, en la ciudad de Gouda en lo que hoy son los Países Bajos, los arminianos redactaron cinco puntos que tenían la intención de expresar lo que a su juicio era el corazón y la médula de su posición. Estos llegaron a ser conocidos como los Cinco puntos de los remonstrantes. Cada capítulo de los *Cánones* es una respuesta, una respuesta bíblica, a uno de los puntos de los arminianos. Esos puntos llegaron a ser conocidos como los cinco puntos del calvinismo porque era la convicción de los padres de Dordrecht, y muy apropiadamente, que estos cinco puntos, que se desarrollaron contra los cinco puntos de los remonstrantes, se referían al corazón mismo de la enseñanza de Juan Calvino (1509-1564), el gran reformador ginebrino. Los cinco puntos establecen claramente la enseñanza bíblica sobre la soberanía y particularidad de la gracia de Dios en la salvación.

Calvinismo: el corazón de la verdad bíblica

Aunque otras doctrinas estuvieron involucradas en toda la controversia arminiana con las iglesias reformadas en los Países Bajos a finales de 1500 y principios de 1600,

los cinco puntos de los remonstrantes, en los que los arminianos discreparon de la fe reformada, fueron entendidos por los arminianos como el corazón del asunto. Si hubieran podido convencer a las iglesias reformadas de su posición con respecto a estos cinco puntos arminianos, se habrían salido con la suya en todas las demás doctrinas que defendían. Los padres de Dordt entendieron esta afirmación de los arminianos y entendieron que en la defensa de lo que era el corazón del evangelio, los cinco puntos del calvinismo tenían que establecerse sobre bases bíblicas firmes y hacerse la confesión de la iglesia. En otras palabras, estos cinco puntos eran de lo que se trata el calvinismo, y los padres de Dordt muy consciente y deliberadamente dijeron: Estos cinco puntos son los puntos que se encuentran en el corazón del genio de la teología del Reformador de Ginebra. Muchas otras doctrinas estaban en juego, y el mismo Calvino en su *Institución de la Religión Cristiana* habló de todas estas otras doctrinas, pero si uno quiere llegar al corazón del asunto, el corazón se encuentra en estos cinco puntos. Son el calvinismo, el calvinismo en su sentido más fundamental. Y el calvinismo es la enseñanza de las Escrituras concerniente a las doctrinas de la gracia.

Lo que Dordt dijo que era verdadero calvinismo es disputado hoy. Como saben, hay quienes hoy, también en el Reino Unido, cuestionan, por ejemplo, que Calvino enseñó lo que llamamos expiación limitada o redención particular, sino que Calvino fue consistentemente, en lo que respecta al alcance de la redención de Cristo, un universalista: Cristo murió por todos los hombres. Me refiero a R. T. Kendall y Alan Clifford como dos defensores de esta posición.

A lo largo de los años, se han hecho innumerables apelaciones a Calvino en apoyo de doctrinas que eran ajenas al pensamiento de Calvino. Un ejemplo de tal apelación a Calvino es el de un gran teólogo del siglo XX,

el Dr. Abraham Kuyper, quien, aunque en los primeros años de su vida era sólidamente calvinista en su pensamiento, sin embargo, más tarde en la vida apeló a Calvino en apoyo de su errónea, destructiva e insidiosa herejía de la gracia común, que es, por cierto, casi la única parte de la teología de Kuyper a la que alguien presta atención hoy. La parte herética de Kuyper es recordada, mientras que la ortodoxia del Dr. Kuyper ha sido olvidada hace mucho tiempo.

Estamos hablando, por lo tanto, en estas conferencias de lo que es el corazón de la teología de Calvino. Si resumimos de qué se tratan esos Cinco puntos en pocas palabras, tendríamos que decir que el corazón de los Cinco puntos es la doctrina de la soberanía absoluta de Dios en la obra de salvación solo por gracia. La soberanía de Dios siempre ha sido el punto en cuestión. No podemos en el espacio más bien breve de este capítulo entrar en una historia detallada del calvinismo en todos sus aspectos. Me limito a este pensamiento fundamental, porque aquí tenemos *lo* que es el punto más importante del calvinismo: El Dios Trino, Jehová Dios, el Dios eterno, es absolutamente soberano en toda la obra de salvación que Él realiza. *Ese* ha sido el problema a lo largo de toda la historia de la nueva iglesia dispensacional.

Otras batallas han tenido que ser peleadas, batallas en este frente, batallas en aquel frente, y la iglesia ha sido llamada a menudo a luchar contra los errores en muchos frentes diferentes en su guerra espiritual. Pero esas son escaramuzas menores; el verdadero calor de la batalla está justo en el punto de la soberanía de Dios en la obra de salvación. Siempre ha sido así y seguirá siéndolo hasta el final de los tiempos. ¿Es Dios soberano en la obra de salvación? El gran tema de la teología de Calvino era solo a Dios la gloria. Solo a Dios la gloria porque la salvación es solo la obra de Dios. En este punto específico, el enemigo ha atacado repetidamente, por muchas maquinaciones

diferentes, la verdad de las Escrituras. Es en *este* frente donde luchamos hoy. Si vamos a ser consumidos por el deseo de luchar contra lo que son males periféricos en la iglesia, vamos a ser infieles en la batalla. Seremos como aquellos de quienes habla el Salmo 78: soldados que vacilaron cuando la batalla estaba cerca, que no guardaron el pacto de Dios ni caminaron en su temor. Las líneas de batalla a las que usted y yo somos convocados a luchar se encuentran aquí. Al enemigo no le gusta nada de la soberanía de Dios en la obra de salvación. El enemigo inventa innumerables maquinaciones inteligentes para socavar esta gran verdad.

La dependencia de Calvino en Agustín

Cuando Calvino desarrolló la verdad de la gracia soberana de Dios en la obra de salvación, regresó deliberada y conscientemente a la obra del gran padre de la iglesia, Agustín. Agustín murió en el año 430 d.C., más de un milenio antes de la Reforma. Agustín enseñó, especialmente hacia el final de su vida en sus batallas con los pelagianos y semipelagianos prevalecientes especialmente en Francia, todas las doctrinas que Calvino enseñó. Si leen los escritos de Agustín, incluyendo su magistral Ciudad de Dios, encontrarán todas estas doctrinas, todos los cinco puntos del calvinismo. Podríamos llamar a estas cinco doctrinas los cinco puntos del agustinianismo. Sería tan correcto darles ese nombre como el nombre de calvinismo. Agustín incluso enseñó reprobación soberana. Muchos de los que no quieren las doctrinas de la gracia soberana desafiarán esa declaración y negarán que Agustín enseñó no solo la elección soberana y eterna, sino también la reprobación. Pero lo hizo. Él enseñó esa doctrina tan claramente, aunque no tan extensa y ampliamente, como Calvino. Vio que la reprobación era una parte necesaria de la verdad de la elección. Esto es importante, porque con frecuencia la primera doctrina de

la gracia soberana que es atacada es la verdad de la reprobación.

Calvino se acercó a Agustín y retomó estas enseñanzas de Agustín por una muy buena razón: porque la Iglesia Católica Romana, aunque con increíble ironía, apeló a Agustín como un destacado santo y padre de la teología católica romana. Sin embargo, Roma corrompió a Agustín en el punto fundamental de la verdad. Roma adoptó un pelagianismo modificado. Casi diría que desde cierto punto de vista era inevitable que Roma hiciera esto. Para cuando Agustín alzó su voz en defensa de la gracia soberana, la Iglesia Católica Romana ya se había comprometido con el monacato de hombres y mujeres y con su doctrina del valor meritorio de las buenas obras. Aquellos que se entregaban a la vida de un monje merecían las gracias especiales de Dios. Es esa insidiosa y terrible palabra *mérito* a la que se comprometió la Iglesia Católica Romana al principio de su historia lo que impidió que la iglesia adoptara la posición de Agustín. Agustín fue llamado por Roma "Doctor de la Gracia", pero esa iglesia negó la verdad sobre la gracia. El semipelagianismo ganó en la Iglesia Católica Romana cuando la Iglesia Católica Romana aprobó oficialmente algunas de las enseñanzas más periféricas de Agustín y se negó a aprobar sus enfáticas y agudas enseñanzas sobre la gracia soberana. El semipelagianismo fue aprobado por la Iglesia Católica Romana cuando permitió que los semipelagianos permanecieran en la iglesia y en las posiciones de enseñanza de la iglesia sin disciplina. El semipelagianismo se convirtió cada vez más en la doctrina de Roma hasta que fue aprobado oficialmente por el Sínodo de Orange en 529.

A lo largo de todo el milenio de dominación católica romana, la voz más fuerte que se alzó en defensa de las doctrinas de la gracia fue la voz de Gottschalk, el monje del siglo IX que había estudiado a Agustín. Él escribió varias confesiones y defendió vigorosamente las enseñanzas de

Agustín también con respecto a la elección y la reprobación. Como resultado de su insistencia en la verdad de las enseñanzas de Agustín, Gottschalk sufrió una horrible muerte de mártir a manos de Roma. En ese momento, Roma se convirtió en la iglesia falsa. Nuestra *Confesión Belga*, Artículo 29, habla de la iglesia falsa como la iglesia que persigue a aquellos que se aferran a la verdad. Toda esperanza de que Roma alguna vez enseñara algo diferente terminó con el martirio de Gottschalk.

Para mostrar que la Reforma no era una novedad, ni una introducción al pensamiento de la iglesia de nuevas ideas que nunca antes se habían escuchado en la iglesia, y que habrían proyectado una larga sombra sobre toda la Reforma, Calvino conscientemente se acercó a Agustín y dijo: “Lo que digo es la doctrina de aquel que ustedes llaman el ‘doctor de la gracia’, nada diferente”. Si ustedes consultan la Institución de Calvino, verán que él se refiere a Agustín más que a cualquier otro padre de la iglesia, de hecho, casi más que todos los otros padres de la iglesia juntos.

Ataques al calvinismo: oposición a la predestinación

Las doctrinas de la gracia establecidas en los cinco puntos del calvinismo han sido frecuentemente atacadas incluso por aquellos que profesan ser calvinistas. Las doctrinas han sido atacadas en diferentes puntos y de diferentes maneras. Los fieles han sido llamados a luchar en defensa de las verdades del calvinismo en diferentes frentes de la batalla. En los días de Calvino ya las doctrinas de la gracia estaban sujetas a ataques amargos y feroces, especialmente contra la doctrina de la predestinación soberana.

Había muchos enemigos de esta doctrina. Podría mencionar, por ejemplo, a Pighius. Pero el gran enemigo

dentro de Ginebra era un hombre llamado Jerónimo Bolsec, miembro de la iglesia de Ginebra, que afirmaba ser protestante. Mientras uno de los ministros predicaba en un servicio de adoración entre semana sobre la doctrina de la predestinación soberana, Jerónimo Bolsec se levantó e, interrumpiendo el sermón, comenzó a defender sus propios puntos de vista con un ataque agudo y amargo a la predestinación soberana, particularmente la doctrina de la reprobación. Lo que no sabía era que Calvino había entrado en el edificio durante el servicio y estaba apoyado contra el portal a la puerta del auditorio escuchando el ataque de Bolsec. Cuando Bolsec terminó, Calvino se adelantó, subió al púlpito y, de manera improvisada, dio una excelente y magnífica defensa, fundada en las Escrituras, de la verdad de la predestinación soberana, incluida la elección y la reprobación. Sin embargo, eso no silenció a Bolsec; continuó criticando la doctrina y continuó presentando objeciones contra ella, las mismas objeciones que se escuchan hoy. No solo negó la reprobación, sino que promovió públicamente sus herejías en toda la ciudad de Ginebra hasta que el consistorio y la compañía de pastores se vieron obligados a tomar medidas.

Antes de que el consistorio y la compañía de pastores en Ginebra estuvieran listos para tomar medidas finales contra Bolsec, redactaron un documento llamado Consensus Genevensis en el que expresaron sus puntos de vista sobre la predestinación soberana, incluida la elección y la reprobación. Fue redactado por el propio Calvino y aprobado por las autoridades de la iglesia de Ginebra. Pero antes de que fuera adoptada oficialmente y considerada doctrina vinculante en la iglesia de Ginebra, fue enviada a los cantones protestantes circundantes y a todos los demás reformadores suizos para su visto bueno y aprobación. Imagínense el disgusto en Ginebra cuando todos los cantones, con una sola excepción, criticaron la posición de Ginebra por ser demasiado dura; la crítica se dirigió

particularmente contra la doctrina de la reprobación. Incluso un teólogo tan destacado como Henry Bullinger consideraba que la posición de Ginebra con respecto a esta doctrina era excesivamente dura. El único que lo aprobó fue William Farel en el cantón protestante de Neuchâtel.

Ginebra, sin embargo, no se dejó disuadir por este fracaso de los demás cantones suizos de estar de acuerdo con la doctrina, sino que la adoptó de todos modos y se ha convertido, por lo tanto, a pesar de los ataques de muchos enemigos de la verdad, en uno de los puntos del calvinismo. Se ha convertido, de hecho, en el punto más importante. Pueden juzgar si un hombre es genuinamente calvinista o no haciéndole la pregunta: ¿Crees en la reprobación soberana? Casi no encontrarán a nadie entre los calvinistas de hoy que responda afirmativamente a esa pregunta. Sin embargo, esto está en el encabezado I de los Cánones de Dordt.

Ataques al calvinismo: oposición a la depravación total

Cuando estalló la controversia arminiana en los Países Bajos, menos de 50 años después de la muerte de Calvino, los arminianos, aunque tampoco querían nada de la predestinación, atacaron las verdades del calvinismo en otro punto: la depravación total. Central al arminianismo era la doctrina del libre albedrío del hombre. Los arminianos insistieron, como los herejes a menudo insisten, "Somos reformados. Creemos en las doctrinas de la gracia; las mantenemos; estamos dispuestos a luchar por ellas; las tenemos como preciosas y queridas". Sin embargo, enseñaron como su punto central y fundamental el libre albedrío del hombre. El hombre tiene que tener algún papel en este asunto de la salvación. En cierto sentido, el hombre tiene que ser también una figura de importancia en la obra de Dios de salvar a Su iglesia. En defensa de esa posición

subyacente del arminianismo, lanzaron un ataque contra la verdad de la depravación total.

Procediendo desde el punto de vista del libre albedrío del hombre, los arminianos también estaban en desacuerdo con todos los demás puntos del calvinismo. Ellos redactaron los artículos de los remonstrantes en Gouda en 1610. Ellos entendieron que estar comprometidos con la doctrina del libre albedrío era estar comprometidos con una posición que en todo momento estaba en desacuerdo con las doctrinas de la gracia que Calvino había enfatizado. Pero su ataque fue un enfoque diferente, un enfoque más sutil, un ataque en un frente diferente. Y eso se convirtió en la ocasión para el gran Sínodo de Dordrecht (1618-1619) del que no voy a hablar, excepto para hacer una observación: Dios, en su misericordioso cuidado de la iglesia, ordenó tanto las cosas en los Países Bajos, que no solo las fuerzas arminianas fueron derrotadas por lo que podemos llamar un sínodo internacional de los más grandes teólogos de Europa, sino que también las verdades de la gracia soberana fueron incorporadas en un credo de la iglesia que se erige como un muro contra todos los ataques a la gracia soberana de Dios. Los cánones son una bandera bajo la cual los calvinistas pueden marchar a la batalla. Lo mejor de Europa habló y estableció en forma de credo las doctrinas de la gracia. Toda la Europa Reformada estuvo de acuerdo: esto es calvinismo. Estar en desacuerdo con cualquier punto de los cánones es darle la espalda al calvinismo. Y así, gracias a Dios, tenemos estas preciosas doctrinas de la gracia, que confesamos y por las cuales luchamos, incorporadas en un credo obligatorio para la iglesia de Cristo Jesús.

Ataques al calvinismo: oposición a la gracia particular y expiación limitada

Sin embargo, los errores persistieron. Fue solo unos pocos años después de Dordt que el error del amiraldianismo surgió en Francia en la escuela de Saumur. El amiraldianismo se llama universalismo hipotético porque los amiraldianos siguieron la misma teología de dos vías que es tan común en la iglesia de hoy: Por un lado... pero, por otro lado.... Por un lado, Dios escogió sólo a los elegidos para la salvación; pero, por otro lado, Dios escogió a todos los hombres. Cristo murió sólo por su pueblo; pero Cristo también murió por todos los hombres. La salvación es la obra soberana de la gracia, pero solo hipotéticamente; porque también depende del libre albedrío del hombre. Era una teología de dos vías, y esos elementos en ella que llamaríamos sólidamente calvinistas eran un escaparate para engañar a los incautos, para dar a la herejía (como los herejes siempre suelen hacer) un color de la Escritura y de la fe reformada. Fue una inclinación del sombrero hacia el Sínodo de Dordt, mientras que al mismo tiempo un ataque insidioso a las mismas cosas que Dordt representaba. Afirmaba ser lo que Calvino realmente enseñó, pero corrompió casi todas las enseñanzas de Calvino. Para empeorar las cosas, el amiraldianismo, especialmente en las Islas Británicas, se convirtió en una visión aceptable de las doctrinas de la gracia. Lo que me parece sorprendente es esto: el amiraldianismo, que tuvo un comienzo tan pequeño en las Islas Británicas, se ha convertido en una teología dominante. Los amiraldianos afirman ser calvinistas, en gran medida, sospecho, debido a la controversia de la médula (The marrow controversy) en la primera parte del siglo XVIII en Escocia.

Ataques al calvinismo: oposición a la gracia irresistible

La controversia de la Médula surgió de un libro de Edward Fisher, un calvinista inglés del siglo XVII, titulado, *The Marrow of Modern Divinity [La médula de la teología moderna]*, tal libro tenía en él las semillas del amiraldianismo. Esas semillas amiraldianas crecieron hasta dar su fruto en la controversia de la médula. Ni siquiera la Asamblea de Westminster, en la década de 1640, pudo detener las incursiones del amiraldianismo. Es interesante hacer una pausa para tomar nota del hecho de que había amiraldianos (en todo menos en nombre) en la Asamblea de Westminster. Hicieron oír su voz; defendieron públicamente en el piso de la asamblea puntos de vista amiraldianos. Fueron rebatidos repetidamente; sus opiniones fueron rechazadas. La Confesión de Westminster tomó decisiones firmes sobre todas las doctrinas de la gracia, incluyendo la elección y la reprobación. Pero el credo no pudo detener la propagación del amiraldianismo más de lo que el Sínodo de Dordt pudo detener la propagación del arminianismo en los Países Bajos y, finalmente, en América.

Los hombres de la médula afirmaron que eran calvinistas, calvinistas sólidos. Pero los hombres de la médula atacaron las doctrinas del calvinismo en un frente diferente. No la idea del libre albedrío que había sido promovida por los arminianos; no el ataque abierto y descarado contra la predestinación que era característico de los enemigos de Calvino; más bien, el ataque se hizo contra la predicación del evangelio. Ahí fue donde los hombres de la médula atacaron la fe reformada. Dijeron, por así decirlo, “la predicación del evangelio tiene que salir por todo el mundo. Tiene que ser puesto de una forma tal que no sólo confronte al hombre con la obligación de abandonar el pecado, arrepentirse de él y creer en Cristo, sino que tiene

que ser presentado en la forma más atractiva posible. Hay en la predicación del evangelio un elemento de Dios suplicando a los hombres que crean, de Dios haciendo todo lo posible para persuadir a los hombres de la conveniencia de aceptar el evangelio y creer en Cristo". Ese mismo aspecto de la predicación, que era, en la mente de los hombres de la médula, la única manera posible de llevar el evangelio a los no convertidos, tenía que expresarse en un deseo universal de Dios de salvar a todos los hombres. En el amor de Dios por todos los hombres, él suplicaba a los hombres que "finiquitaran con Cristo", sí, la expresión favorita de los hombres de la médula. Deseando salvar a todos los hombres, Dios ama a todos los hombres; pero el amor de Dios tiene su fundamento judicial en la cruz; y así, incluido en los puntos de vista de los hombres de la médula había una expiación universal. Yo sé que los hombres de la médula tergiversaron este punto. Insistieron en que Cristo murió por su pueblo. Sin embargo, también enseñaron que Él "está muerto para todos los hombres". Si bien algunas de las cosas que los hombres de la médula dijeron acerca de la predicación eran indudablemente ciertas, en su desarrollo de la predicación se equivocaron gravemente. Terminaron con la doctrina de la redención universal. Cualquier cosa que uno quiera hacer de la distinción entre "Cristo murió por los elegidos" y "Cristo está muerto para todos los hombres", es claramente un repudio de la verdad de la redención particular de Cristo.

La teología de la médula, con su bien intencionada oferta evangélica, ha prevalecido en las Islas Británicas y se ha extendido a América y otros lugares. Y ahora, desde el tiempo de los hombres de la médula, el gran enemigo de la gracia soberana ha sido lo que todos hemos llegado a conocer como la oferta bien intencionada del evangelio en la que Dios expresa Su deseo e intención de salvar a todos los hombres. Debemos decirles a todos los hombres, si queremos hacer que el evangelio sea aceptable para los

inconversos, que Dios los ama. Dios ha hecho a Cristo disponible para ti. Debido a la naturaleza de Su expiación, tú tienes una garantía para creer en Cristo. Dios ha hecho todo lo posible para persuadirte de la conveniencia de recibir a Cristo y finiquitar con él. Todos ustedes están familiarizados con ese aspecto del ataque a las doctrinas de la gracia: inteligente, peligroso, engañoso, en última instancia destructivo de toda la verdad del calvinismo.

Ese es el punto donde la batalla se libra hoy.

Ataques al calvinismo: gracia común

Es interesante que hubo un ataque más contra el calvinismo que en algunos aspectos está muy estrechamente relacionado con la oferta bien intencionada del evangelio y en otros aspectos no lo está. Cuando el Señor preservó Su iglesia en los Países Bajos en 1834, a través de la obra de la Afscheiding (Secesión) bajo el liderazgo de DeCock, VanVelzen, Brummelkamp y Van Raalte, la Secesión fue en algunos aspectos muy fuerte, y en otros muy débil. Los fuertes teólogos de la Secesión fueron ardientes defensores de la gracia soberana. DeCock había sido un humanista. Ministro en la iglesia estatal, la Iglesia Reformada de Ulrum, él era poco más que un modernista. En parte a través de su propia congregación y en parte a través de un amigo que le señaló la Institución de Calvino y los Cánones de Dordt, DeCock se convenció de que las verdades de la gracia soberana eran de hecho las enseñanzas de las Escrituras. Fue impresionado por un viejo granjero de su congregación, sin educación, pero devoto, piadoso y conocedor de la verdad, quien le dijo a su pastor, "Dominie, si tuviera que contribuir con un suspiro a mi salvación, estaría perdido". A través de DeCock y otros, Dios trajo la reforma en la iglesia.

Pero hubo quienes en el movimiento enseñaron la oferta bien intencionada, en particular Brummelkampand, en cierta medida, VanRaalte. Cuando DeCock escuchó que

su colega en la Afscheiding, Brummelkamp, enseñó la oferta bien intencionada del evangelio, dijo: “Él no es hermano; es un sobrino”. Aquellos que enseñaron la oferta bien intencionada finalmente prevalecieron.

Curiosamente, prevaleció en parte debido a las influencias de lo que se llamó la “segunda reforma” o la “reforma posterior”, un movimiento que había sido un elemento significativo en la vida de la iglesia holandesa antes de la Afscheiding. Grupos de creyentes que todavía amaban la verdad de la gracia soberana y estaban totalmente disgustados con la apostasía en la iglesia estatal se reunieron en adoración domiciliaria para mantener las verdades que eran queridas para sus almas. Estas reuniones en casa no siempre fueron lo que deberían haber sido, y particularmente debido a puntos de vista erróneos de la conversión y del lugar de los hijos de los padres creyentes en el pacto, estos grupos en las casas estaban abiertos a la oferta bien intencionada del evangelio. Debido a que el contacto entre los Países Bajos y Escocia era estrecho, muchos escritos de teólogos escoceses, particularmente de los hombres de la médula, fueron traducidos al holandés y leídos ávidamente por aquellos que adoraban en sus hogares. Pero las herejías de los hombres de la médula fueron incluidas en estos escritos e influyeron en el pensamiento de aquellos que probablemente llamaríamos los mejores calvinistas en los Países Bajos. No es sorprendente, por lo tanto, que encontremos enseñanzas de la médula en la Afscheiding.

Estrechamente asociada con la bien intencionada oferta del evangelio estaba la doctrina de la gracia común. Si Dios ama a todos los hombres, si Dios desea la salvación de todos los hombres, entonces Dios es misericordioso con todos los hombres. Eso abrió la puerta a la enseñanza de una gracia común de Dios mostrada a todos los que escuchaban la predicación, que proclamaba que Dios ama a todos los hombres. Pero esta gracia fue una gracia que no

salvaba. Así, la idea de una gracia particular y soberana fue ahogada en el error de la gracia común.

El Dr. Abraham Kuyper miró la cuestión de la gracia común desde un punto de vista diferente. Él no quería nada de la oferta bien intencionada del evangelio; entendió las verdades de la gracia soberana lo suficiente como para reaccionar contra la oferta bien intencionada y advertir al pueblo contra sus males. Pero especialmente hacia el final de su vida, cuando renunció al ministerio, se postuló para el parlamento holandés y se convirtió en Primer Ministro de los Países Bajos, comenzó a enseñar que el calvinismo genuino incluye una gracia común, no ahora una gracia expresada en la oferta bien intencionada del evangelio, sino una gracia común que abre la puerta a la cooperación con los impíos, una gracia común que es un puente entre la Iglesia y el mundo, una gracia común que permite al cristiano unirse al hombre que es enemigo de la verdad en diversos esfuerzos para hacer de este mundo un lugar mejor y poner al mundo y a todas sus instituciones bajo el gobierno de Cristo.

Eso fue fatal. Hoy en día hay muchos kuyperianos, pero los kuyperianos que alguna vez citarán los trabajos del Dr. Abraham Kuyper sobre la soberanía y la particularidad de la gracia son extremadamente raros. La mayoría de ellos apelan una y otra vez a la única herejía en las enseñanzas de Kuyper que realmente destruyó todo el calvinismo: la gracia común.

El pacto en la historia del calvinismo

Hasta cierto punto, tanto en el pensamiento presbiteriano como en la teología reformada continental, el tema de la gracia soberana y particular fue considerado en relación con la doctrina del pacto. Westminster ya había comenzado a tratar con la doctrina del pacto bajo la influencia de teólogos federales que enfatizaban las verdades de la cabeza federal de Adán de la raza humana

y la cabeza federal de Cristo de la iglesia. Sin embargo, el pensamiento presbiteriano, debido a la enseñanza de los *estándares de Westminster*, enfatizó particularmente el pacto de obras. Y la teología del pacto de obras está ineludiblemente ligada a la doctrina del mérito.

Recuerdo que hace varios años estaba en correspondencia con un ministro chino, pastor de una iglesia presbiteriana independiente. Un hombre sólidamente reformado, incluso estuvo de acuerdo con nuestras iglesias en la cuestión de la gracia común y la oferta bien intencionada del evangelio. En el curso de nuestra correspondencia sobre varias doctrinas relacionadas con la gracia soberana, llegamos a la idea del pacto de obras. Hice una observación en el sentido de que una objeción sería contra el pacto de obras, entre muchas otras, era su idea del mérito. Lo hice de una manera ingenua, pensando que él estaría de acuerdo conmigo en ese punto y vería que el talón de Aquiles del pacto de obras era la doctrina del mérito. Sin embargo, para mi sorpresa, el, aunque parecía ser un hombre completamente reformado, insistió en la idea del mérito. Más tarde aprendí que la idea del mérito, debido a su relación con el pacto de obras, es ampliamente sostenida por los pensadores presbiterianos.

La idea del mérito es contraria a las doctrinas de la gracia. El mérito implica que podemos ganar algo de Dios, así como Adán en el paraíso, bajo el pacto de obras, si hubiera sido fiel por un período de tiempo no especificado, habría ganado el cielo para sí mismo y para toda la raza humana, así nosotros, bajo el pacto de gracia, podemos ganar un lugar en el cielo. La idea tiene que ser que el hombre pecador, el hombre totalmente depravado, puede, sin embargo, tener mérito con Dios, a pesar de las propias palabras claras de Jesús: "Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid:

Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos" (Lucas 17:10).

Esa idea del mérito ha impedido que la teología del pacto se desarrolle extensa y correctamente en los círculos presbiterianos. No estoy negando el hecho de que hubo ciertos períodos de tiempo en la historia del presbiterianismo cuando floreció el calvinismo. Pienso, por ejemplo, en los días de gloria de Princeton bajo los Alexander, los Hodges y B. B. Warfield, cuando el calvinismo fue expuesto en escritos poderosos como la verdad del evangelio eterno. Pero incluso entonces, debido a que el presbiterianismo de la Nueva Escuela, con su visión errónea de la predicación del evangelio, fue tolerado en la iglesia, las doctrinas de la gracia soberana se vieron diluidas. Incluso J. Gresham Machen, tan firme defensor de la gracia soberana como podría ser, nunca luchó de manera significativa con los verdaderos enemigos de la gracia soberana. Para cuando Machen tomó su posición contra la apostasía dentro de la Iglesia Presbiteriana de los Estados Unidos, la Iglesia Presbiteriana se había vuelto tan liberal y tan moderna, que había ido más allá del arminianismo y Machen se encontró enredado en una batalla con el liberalismo abierto y el modernismo abierto. Era demasiado tarde para reformar la iglesia.

La doctrina del pacto se convirtió en una parte integral de la teología de la fe reformada en las tierras bajas. Pero la lucha por desarrollar una visión adecuada del pacto se convirtió en una batalla en defensa de la gracia soberana. (Un destacado autor holandés escribió un libro al que dio el título: *Un siglo de lucha por el bautismo y el pacto*). Fue una batalla principalmente porque una concepción ampliamente sostenida del pacto en los Países Bajos era la de un pacto condicional. Debido a que esa idea de un pacto condicional era común en el pensamiento de los teólogos continentales (con algunas excepciones aquí y allá), la doctrina del pacto destruyó las doctrinas de la gracia

soberana en los Países Bajos. Por un lado, negó el lugar de los niños en el pacto porque los niños no pueden cumplir condiciones. No tenían lugar en el pacto. Las bendiciones del pacto no podían ser suyas; no son lo suficientemente maduros para aceptar las disposiciones del Pacto. Por otra parte, un pacto condicional implica una promesa general que Dios hace a todos los niños en el bautismo. Esta promesa general es idéntica a la oferta general y bien intencionada del evangelio, excepto por el hecho de que se limita al pacto. Pero una promesa general se basa en condiciones, como es el caso de una oferta bien intencionada. Y, aunque Dios expresa Su deseo de salvar a todos los que escuchan el evangelio y/o son bautizados, la salvación final de aquellos que escuchan el evangelio o reciben la promesa del pacto recae en el hombre.

Las Iglesias Protestantes Reformadas se mantienen hoy como una denominación calvinista. Sin timidez, les suplico que entiendan nuestra posición. Nuestra posición es en defensa de la gracia soberana y particular. Nuestra posición es una de guerra implacable con todas las formas de pelagianismo, semipelagianismo, arminianismo, amiraldianismo, medulanismo. Nuestra posición es la de aplicar e integrar la verdad de la gracia soberana y particular con todas las doctrinas de la fe cristiana. Creemos con todo nuestro corazón que la gracia soberana es la enseñanza de las *Tres Formas de Unidad*. *La Confesión Belga*, *el Catecismo de Heidelberg* y *los Cánones de Dordt* son la base sobre la cual defendemos la gracia soberana y particular. Dios también nos ha dado esto en mente: que los padres espirituales de nuestras iglesias han visto que estas verdades de la gracia soberana deben integrarse con las doctrinas del pacto y que el pacto requiere redefinición si ha de estar en armonía con las Escrituras. Debe ser visto como la obra soberana de Dios mediante la cual Él lleva a Su pueblo a través de Cristo Jesús a Su propia comunión de pacto. No hay discrepancia, no hay contradicciones, entre

la verdad del pacto y la gracia soberana. De hecho, es la verdad de la gracia soberana la que presta belleza y poder, significado y bienaventuranza a la verdad del pacto eterno de gracia de Dios.

Llegamos a esa posición a través de nuestra propia batalla, nuestra propia batalla contra la gracia común kuyperiana y nuestra propia batalla contra la oferta bien intencionada del evangelio.

Únete a nosotros en la batalla. Aquí es donde la batalla es más candente; aquí es donde el enemigo es más fuerte; aquí es donde la lucha se libra más ferozmente. Si te retiras de la batalla en este punto, no eres de ninguna utilidad para los ejércitos que marchan bajo la bandera de la cruz. Ustedes son daños colaterales en el campo de batalla. Es en este punto de la defensa de la gracia soberana y particular que la iglesia de hoy permanecerá hasta que el Señor mismo regrese. Las verdades de la gracia soberana son las verdades de Dios, de Su propia grandeza y gloria y perfección infinita. Las verdades de Aquel que hace todo Su buen placer, las verdades de Aquel que es el único digno de toda alabanza. En Él descansa nuestra esperanza, nuestra salvación, nuestra bienaventuranza en esta vida y en la era venidera. Que Dios nos dé gracia.

Elección incondicional



Prof. David J. Engelsma

Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera (Juan 6:37).

Introducción

El tema importante, de hecho, grandioso, de este libro son los cinco puntos del calvinismo, o las doctrinas de la gracia. Estas son cinco verdades sobresalientes de las Escrituras que fueron resaltadas, definidas y defendidas por uno de los grandes sínodos de la iglesia. Son la elección incondicional (acompañada de reprobación), la expiación limitada, la depravación total, la gracia irresistible (o eficaz) y la perseverancia (o preservación) de los santos.

El orden de nuestro tratamiento de estas verdades en este libro no es el mismo que el orden en que muchos de nosotros las hemos memorizado. Muchos de nosotros las hemos memorizado en el orden: la depravación total, la elección incondicional, la expiación limitada, la gracia irresistible y la perseverancia de los santos. La razón de este orden es que las primeras letras de las doctrinas en este orden deletrean la palabra TULIP. Este es un orden mnemotécnico. Es apropiado porque el tulip [tulipán] es una flor favorita en los Países Bajos, donde se celebró el sínodo (en la ciudad de Dordt, en 1618-1619) que defendió las cinco doctrinas del ataque contra ellas por un hereje llamado Jacobo Arminio.

En este libro seguiremos el orden en que el sínodo holandés trató las doctrinas, comenzando con la doctrina de la elección.

El nombre de estas doctrinas, los cinco puntos del calvinismo, no es del todo satisfactorio. Las doctrinas eran la teología del reformador, Juan Calvino. Calvino defendió estas cinco verdades. Él le mostró a la rama reformada del protestantismo su importancia fundamental.

Pero estas cinco doctrinas no son la creación de Calvino. Son verdades fundamentales del evangelio de la gracia. Así es como el Sínodo de Dordt vio y describió estas cinco verdades.

Estas cinco verdades describen la obra de salvación de Dios. Dan a conocer *cómo* Dios salva a un pecador y *por qué* lo salva. El pecador es salvado por la gracia irresistible cuando su condición espiritual es la de depravación total. La base de esta salvación es la expiación limitada de la cruz de Cristo. La razón por la cual Dios salva a este pecador por gracia irresistible sobre la base de la expiación de la cruz es la elección incondicional de Dios de este pecador para salvación en la eternidad. Tal es esta salvación que todos en quienes Dios comienza la obra ciertamente perseverarán hasta el fin y heredarán la vida eterna y la gloria en cuerpo y alma.

Contrariamente a la noción popular, estas cinco doctrinas no son verdades incidentales. Describen la obra de salvación de Dios en Cristo Jesús. Negarlas es corromper la verdad de la salvación. No pueden dejar de ser predicadas. Negarlas es predicar otro evangelio que no sea el de las Escrituras. Deben ser confesadas. Negarlas es jactarse de uno mismo como el propio salvador. Ellas afectan directamente el consuelo del creyente y de los hijos del creyente. Negarlas es vivir en duda de la salvación y, si uno posee alguna seguridad de salvación, con miedo de caer.

Es mi intención demostrar que las tres doctrinas que me corresponde explicar, defender y aplicar en este libro, a saber, la elección incondicional, la depravación total y la perseverancia de los santos, son las enseñanzas de la Biblia. Más particularmente, son las enseñanzas de Jesús en el evangelio de Juan.

Con el Sínodo de Dordt, comenzamos con la doctrina de la elección, o, más ampliamente, con la doctrina de la predestinación. La predestinación en la teología reformada se refiere al decreto eterno de Dios ordenando a algunos humanos a la vida eterna (elección) y a otros a la condenación eterna (reprobación). Dado que la elección es el aspecto más importante del decreto, pero está acompañada por el otro aspecto, la reprobación, así como el Sínodo de Dordt, me concentraré en la elección.

La enseñanza de Calvino

Aunque Calvino no fue el origen de los cinco puntos que se llaman por su nombre (la Escritura lo es), ciertamente los enseñó como verdades fundamentales del evangelio, particularmente la predestinación. Es necesario afirmar y probar esto hoy, porque muchos calvinistas profesantes, que desean excusar la ausencia de la predestinación en su propia predicación y enseñanza, minimizan la importancia de la predestinación en Calvino.

La predestinación puede no haber sido el “dogma central” para Calvino, pero ciertamente fue fundamental para el evangelio en el pensamiento de Calvino. En todos sus sermones y escritos, Calvino no solo enseñó la predestinación, sino que también la enfatizó.

De hecho, Calvino enfatizó la predestinación cada vez más fuertemente a medida que crecía. En 1552, escribió su *Un tratado sobre la predestinación eterna* en conexión con la controversia de Bolsec. En 1559, expuso y defendió la predestinación en la edición final de su *Institución*. También

en 1559, solo cinco años antes de su muerte en 1564, comenzó la serie de sermones sobre Génesis que incluía trece sermones sobre la elección de Jacob y la reprobación de Esaú que se publicaron por separado en francés (1562) y poco después en traducción al inglés (1579). Esta traducción al inglés de los sermones ha sido recientemente republicada, con ortografía modernizada, por Old Paths Publications [Publicaciones senderos antiguos] como *Sermons on Election & Reprobation* [sermones sobre la elección y reprobación] (1996).

En su biografía de Calvino, el francés, Bernardo Cottret, que él mismo es un incrédulo, reconoce francamente que, con respecto a la propia teología de Calvino, el calvinismo es virtualmente predestinación. "Calvino [afiló] los filos de su doctrina [de la predestinación] en lugar de suavizarlos, hasta tal punto que es correcto preguntar si el calvinismo no es simplemente predestinación".⁴

Esta importancia fundamental de la predestinación en la teología de Calvino ciertamente es evidente en las iglesias y la tradición que mantuvieron la confesión de la verdad como el Espíritu Santo dio a conocer la verdad a Calvino. Piensen en Turretin en Suiza, en Perkins en Inglaterra, en Gomarus y Bavinck en los Países Bajos, y en Warfield y Hoeksema en América del Norte.

Más significativamente, ambas ramas de las iglesias que llevan a cabo la enseñanza de Calvino (y, para tal caso, las de la Reforma) han hecho que la predestinación sea fundamental para sus confesiones en sus credos. Las iglesias reformadas han dado a la predestinación un lugar central en las *Tres Formas de Unidad*, especialmente los *Cánones de Dordt*. Las iglesias presbiterianas han hecho lo

⁴ Bernardo Cottret, *Calvin: A Biography* [Calvino: Una Biografía] (Gran Bretaña: T&T Clark, 2000), 322.

mismo en los *Estándares de Westminster*, especialmente en la *Confesión de Fe de Westminster*.

Oposición a la predestinación

Este celo por la doctrina de la predestinación escasea entre los calvinistas profesantes de hoy.

Las iglesias falsas, incluyendo la Iglesia Católica Romana, los modernistas del Consejo Mundial de Iglesias, y las iglesias que abiertamente defienden la salvación por el libre albedrío del pecador odian y desprecian la predestinación. Ellos blasfeman en cada oportunidad. Al hacerlo, muestran ser hijos de sus padres. Roma quemó a Juan Hus por enseñar que la iglesia es la compañía de los predestinados. Erasmo, eclesiástico liberal de su época, se separó de Lutero y la Reforma sobre la doctrina de la predestinación de Lutero, que Erasmo detestaba. Los carismáticos anabaptistas, precursores de los fundamentalistas, evangélicos y carismáticos de hoy, rechazaron por completo la predestinación.

Lo que es sorprendente es que los calvinistas nominales no tienen amor por la predestinación. La mayoría guarda silencio con respecto a la predestinación. Otros están atemorizados de la predestinación. Hablan ominosamente de la sombra que la elección proyecta sobre el evangelio, o de la tensión entre la elección y el pacto, o del peligro que la predestinación pone sobre las misiones y evangelismo, así como de una vida de buenas obras. Estas almas temerosas advierten incesantemente contra el “hipercalvinismo”, con eso ellos se refieren a la enseñanza audaz, enfática y consistente de la predestinación, tanto la reprobación como la elección, como son enseñadas por Calvino y confesadas en los credos.

Otros que dicen ser reformados y calvinistas están atacando sutil y deshonestamente la predestinación desde dentro de las iglesias calvinistas. Rechazan la reprobación,

lo cual Calvino describió expresamente como la pérdida de la elección bíblica. Enseñan un amor universal de Dios en Cristo para todos los seres humanos sin excepción y el sincero deseo de Dios de salvar a todos sin excepción, cuyo amor y deseo se dice que se expresan en la oferta bien intencionada del evangelio. Esta es la doctrina arminiana de una voluntad universal de Dios para la salvación y gracia resistible.

En América del Norte, en los últimos años, ha aparecido en iglesias reformadas y presbiterianas prácticamente conservadoras, incluyendo la Iglesia Presbiteriana Ortodoxa, la Iglesia Presbiteriana en América y las Iglesias Reformadas Unidas, una enseñanza sobre el pacto que sostiene que Dios elige a cada niño bautizado sin excepción para salvación. Todos son elegidos en el sentido de Efesios 1:4: “según nos escogió [es decir, Dios] en él [es decir, Cristo] antes de la fundación del mundo”. Pero se dice que esta elección depende para su continuación y cumplimiento de las condiciones (obras) que los miembros del pacto deben cumplir. Al no cumplir con las condiciones, muchos de los elegidos se vuelven réprobos y perecen eternamente. Esta herejía se llama a sí misma la visión federal [es decir, pacto].

La seriedad de estas desviaciones, negaciones y ataques es exactamente lo que Calvino y los credos reformados enseñan acerca de la predestinación: La predestinación es fundamental para el evangelio de la gracia, de modo que la desviación de la predestinación es la desviación del evangelio, la negación de la predestinación es la negación del evangelio, y el ataque a la predestinación es el ataque al evangelio.

Esto es evidente a partir de la enseñanza de Jesús en el evangelio de Juan, particularmente Juan 6:37 en su contexto. Calvino, como Agustín antes que él, enseñó la predestinación porque la predestinación es la enseñanza de

la Biblia. Jesús enseñó la predestinación. No guardó silencio sobre la predestinación, que habría sido una forma de negarla. Él no tenía miedo a ella como una doctrina peligrosa. Más bien, enseñó la predestinación como fundamental para el evangelio de salvación.

De hecho, en Juan 6 Jesús enseñó la predestinación como parte de un mensaje evangelístico. Con motivo de su milagro de alimentar a la multitud con cinco panes y dos peces pequeños, que en sí mismo fue un llamado a la audiencia a creer en Él, cuando muchos se negaron a creer, Jesús dijo: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí” (v. 37).

La elección soberana de Dios

El Padre, es decir, el Dios Trino, le da algunas personas a Jesús. Jesús habla de este acto de Dios más a menudo en el evangelio de Juan. En el versículo 39 del capítulo 6, Jesús dice: “Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero”. Con respecto a aquellos a quienes Él ha llamado Sus “ovejas”, hombres y mujeres que oyen Su voz y lo siguen, Jesús declara en Juan 10:29, “Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatarse de la mano de mi Padre”.

La entrega de personas por parte de Dios a Él es de gran importancia para nuestro Señor en Juan 17, Su oración sacerdotal la noche antes de Su crucifixión. Mirando a Su obra redentora en la cruz, Jesús dice en el versículo 2: “como [“tu” esto es, el Padre] le has dado [esto es, al Hijo] potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste”. En el versículo 9, Jesús ora por aquellos, y sólo por aquellos a quienes el Padre le ha dado: “Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son” (ver también vv. 6, 11, 12, 24).

El dar estas personas a Jesús es algo que Dios ha hecho antes de que ellos vengan a Jesús en fe. Juan 6:37 enseña que su venida a Jesús le sigue a la entrega de Dios de ellos a Jesús como el efecto de la entrega. Según el versículo 39, Dios se los dio a Jesús incluso antes de enviar a Jesús al mundo en la encarnación.

El dar personas a Jesús fue un acto de la voluntad de Dios. Los versículos 38 y 39 de Juan 6 enseñan que Jesús descendió del cielo para salvar a los que le fueron dados por Dios, y ordenados para la salvación, en la voluntad de Dios: "Porque he descendido del cielo, ... para hacer ... la voluntad del que me envió". El dar tomo lugar en la eternidad, como Pablo, derivando su doctrina de Jesús, escribe en Efesios 1:4, "antes de la fundación del mundo".

En cierto sentido, el dar fue un acto de Dios en el pasado, es decir, antes del tiempo. El versículo 39 dice que Dios le ha dado ciertas personas a Cristo. Lo que Dios ha decidido en la eternidad pasada, sigue en su voluntad, porque la voluntad de Dios no es un plan muerto, sino el propósito vivo del Dios que es eterno, es decir, por encima del tiempo. Por lo tanto, el versículo 37 dice que el Padre le "da" personas a Jesús.

Dar ciertas personas a Jesús fue (y es) la elección de Dios de algunas personas para que sean de Cristo en el decreto que las Escrituras en otros lugares llaman elección. La elección es uno de los dos aspectos de la predestinación. La predestinación en la teología cristiana y reformada es el decreto eterno de Dios ordenando el destino eterno de todos los seres humanos y ángeles: vida y gloria en el nuevo mundo para algunos; muerte y vergüenza en el infierno para otros. Nuestra concernencia es la predestinación de los seres humanos.

La elección es el decreto predominante y preeminente según la Biblia y las confesiones reformadas.

Es el ordenamiento de Dios de algunos humanos para la salvación.

Cristo Jesús enseñó la elección. No fue Calvino, ni siquiera fue Pablo quien primero enseñó la elección, como si, como alegan los críticos, el Pablo doctrinal haya arruinado el hermoso evangelio de Jesús con la sombría doctrina de la predestinación. Sino que Jesús enseñó la elección.

En cuanto a la elección, Jesús enseñó que es la elección de Dios de un cierto número de individuos particulares. El versículo 37 describe a aquellos que son dados a Jesús como “todo lo que”. Los individuos dados a Jesús forman un grupo, un gran todo unificado, un cuerpo completo. De él nadie, ningún miembro que conforma ese cuerpo, será, o puede ser, perdido: “no pierda yo nada” (v. 39).

Que este cuerpo está formado por seres humanos individuales, la segunda parte del versículo 37 lo indica: “al que a mí viene, no le echo fuera”.

Todo el cuerpo vendrá a Jesús, y vendrá de esta manera, que cada persona que compone el cuerpo por elección divina vendrá a Jesús.

Por lo tanto, Jesús enseñó que la elección no es simplemente la elección de un número de individuos, sino también la elección de estos individuos como la iglesia, el cuerpo y la esposa de Cristo Jesús: “Todo lo que” Dios le dio, no simplemente “cada uno a quien”. Aquí hay dos verdades implícitas que necesitan ser recordadas a nuestra época. La primera es la importancia esencial de la iglesia. Dios no escogió simplemente a individuos para salvación. Dios no le dio simplemente a Jesús una masa de individuos. Dios escogió a la iglesia. Dios le dio a Jesús una iglesia: “¡Todo!”.

La segunda verdad es que, aunque la iglesia se manifiesta en la congregación local, la iglesia es el cuerpo

universal de Cristo en todas las naciones, en todo momento, y consiste en los elegidos aún no nacidos y no convertidos (la iglesia latente), los elegidos convertidos y creyentes en el momento presente (la iglesia militante), y los elegidos ya llevados al cielo en sus almas glorificadas (la iglesia triunfante). Es un grave error, y contrario a una doctrina que todos los reformadores consideraron esencial, negar, como algunos reformados están haciendo hoy, la "iglesia invisible" como toda la compañía de los elegidos. Cristo enseñó la elección de "todo lo que", y "todo lo que" no se limita a ninguna congregación o denominación de iglesias.

En cuanto a la elección, Jesús enseña bien que es el ordenar de Dios de los seres humanos para salvación. Dios da estas personas a Cristo Jesús, para ser Su pueblo, para ser los objetos y beneficiarios de Su obra salvífica. Según el versículo 37, el fin, o propósito, de ese dar es que Jesús no los arroje a la desolación eterna. Según los versículos 39 y 40, el fin es que Jesús los levante de entre los muertos en el último día y les dé vida eterna.

La elección no es meramente para servir, como proponen los enemigos modernos de la doctrina de la predestinación de la Reforma. Tampoco es el significado de la elección simplemente un aliento de la iglesia en tiempos de persecución, como sugirió el erudito de la Reforma Heiko Obermann en su reciente libro.⁵ Dios escogió a hombres y mujeres para la salvación de Cristo Jesús. Él dio estas personas a Cristo Jesús, para recibir y compartir todo lo que Cristo Jesús llegó a ser y obtener por Su cruz y resurrección.

⁵ The Two Reformations: The Journey from the Last Days to the New World [Las dos Reformas: El Viaje desde los Últimos Días hacia el Nuevo Mundo] (NewHaven, CT: Yale University Press, 2003)

Hay otra verdad acerca de la elección que Jesús enseña en Juan 6:37 que puede ser fácilmente pasada por alto: En el decreto de elección, Dios escogió a Cristo Jesús primero. Si Dios nos dio a Cristo, Cristo estaba allí, en el decreto, para recibir todo lo que el Padre le dio. El Dios Trino eligió al hombre, Cristo Jesús (cuya Persona es el Hijo eterno de Dios), primero, para glorificar a Dios como cabeza de la iglesia. Entonces, Dios escogió a toda la compañía de los elegidos, como el cuerpo y la esposa de Cristo Jesús.

Cristo no aparece en el decreto de elección sólo como ejecutor del decreto, el que lleva a cabo la salvación para la que los elegidos fueron ordenados. Pero Cristo Jesús es preeminente en el decreto. Él es el primero en el decreto. Él da forma al decreto. Él determina todo lo que se le da, como la cabeza determina el cuerpo, como Adán determinó a Eva que iba a ser su complemento y ayuda, y como los cimientos determinan la casa que se construirá sobre los cimientos.

La pregunta, ¿por qué Dios dio hombres y mujeres a Cristo Jesús? es inevitable e importante. ¿Por qué escogió Dios a las personas para salvación? Y, ¿por qué Dios escogió a las personas específicas que hizo? Más personalmente, ¿por qué Dios nos dio a mí, a mi esposa y a mis hijos a Cristo Jesús? ¿Qué motivó a Dios a hacer esto?

Hay dos respuestas posibles a esta pregunta, y cada cristiano profesante, e iglesia y teólogo da una u otra de ellas. Una respuesta, que prevalece en nuestra era apóstata, es porque aquellos dados a Cristo lo merecían, se mostraban dignos de ello, o se distinguían de alguna manera de aquellos a quienes Dios no dio a Jesús. Esta es la raíz del falso evangelio de la salvación por la voluntad y las obras del pecador.

La otra respuesta es porque Dios amó libremente a aquellos a quienes Él dio a Cristo, a pesar de su indignidad,

de hecho, a pesar de que merecían todo lo contrario de ser dados a Cristo, que el versículo 37 describe como ser “echados fuera”. Esta es la raíz del evangelio de la salvación solo por gracia.

Jesús proclama que la explicación de ese dar es gracia, pura gracia; pura gracia solamente; pura gracia soberana. Dios no nos dio a Jesús porque vinimos a Jesús, o porque vendríamos a Jesús, o porque Dios previó que vendríamos a Jesús. Sino que venimos a Jesús porque Dios nos dio a Jesús en la eternidad. Nuestro venir a Jesús, que el versículo 40 describe como creer en Jesús, habiéndolo visto en la Palabra como se presenta en la predicación del evangelio, se debe a que Dios nos dio a Jesús. Jesús no dijo: “Todo lo que vendrá a mí, el Padre me lo dará”. Sino que Él dijo, “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí”.

Expresando esta verdad teológicamente, Jesús enseñó que la fe proviene de, depende de, y se debe a la elección eterna.

Puesto que toda nuestra bondad es el fruto y el resultado de venir a Cristo, recibiendo así de Él la bondad que está en Él, no había nada en nosotros, naturalmente, que pudiera habernos hecho dignos de elección, que pudiera habernos distinguido de los demás, o que pudiera haber atraído la elección de Dios de nosotros.

La única razón por la que Dios nos dio a Cristo estaba en el Dios que elige. Esa razón era, y sólo podía ser, gracia.

Nuestra indignidad para ser dados a Cristo, y la gracia de Dios al darnos, están implícitas en la sorprendente descripción de Jesús de la elección: dar personas a Jesús. Sólo hay una razón por la que alguien necesita ser dado a Jesús: él o ella es un pecador. Él o ella es culpable, que necesita el perdón de Jesús. Él o ella es depravado, que necesita la santidad de Jesús. Él o ella está

alienado de Dios, que necesita reconciliación. Él o ella está muerto, que necesita resurrección para vida.

Así que aparecimos en la mente de Dios cuando Él nos escogió, indistinguibles de aquellos que no fueron dados a Cristo Jesús, como incapaces de cualquier bien, incluyendo el bien de creer en Jesús, como aquellos pasados por alto en el decreto de elección.

Así es como el apóstol describe la elección en Romanos 11:5: “escogido por gracia”.

Esto es como los *cánones de Dordt* describen la elección cuando definen la predestinación como la “profunda misericordiosa e igualmente justa distinción de personas” (I:6).

Dios no nos muestra gracia por primera vez cuando nos convierte. II Timoteo 1:9 enseña que Dios fue misericordioso con nosotros ya en la eternidad: “quien nos salvó... no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos”.

Esta gracia de la elección, la fe reformada la confiesa como elección *incondicional*. La elección de Dios de ciertas personas para salvación no dependía de, o estaba condicionada por, que hicieran algo, por ejemplo, creer en Cristo, o ser algo, por ejemplo, personas que naturalmente aman a Dios y son naturalmente amadas por Dios. La elección de personas por parte de Dios no dependía de los elegidos, como si Dios previera quién creería y seguiría creyendo, y se los diera a Jesús. Esta fue la enseñanza de los arminianos en el tiempo del Sínodo de Dordt. Los *cánones*, o decisiones, de *Dordt* condenaron esta enseñanza de los arminianos como un evangelio falso. Este juicio de Dordt se erige como el veredicto oficial de la fe reformada sobre la doctrina de la elección condicional hasta el día de hoy.

Hablar, como hacen muchos calvinistas profesantes, de arminianos evangélicos es un rechazo de

Dordt y un oxímoron, una contradicción en términos. Evangélico significa confesar el evangelio. Aquel que confiesa el evangelio, que es el mensaje de gracia, arraigado en la elección incondicional, es decir, misericordiosa, no puede ser un arminiano. Un arminiano, sosteniendo (como todo arminiano) que la elección, de hecho, su propia elección, es condicional, es decir, dependiente de sí mismo, no es evangélico. Él no confiesa el evangelio de la gracia. Él es no-evangélico, de hecho, antievangélico. Aquellos que son verdaderamente evangélicos deben testificarle del evangelio de la gracia y llamarlo a arrepentirse y creer en el evangelio.

¡Qué importante es esta verdad de la elección incondicional para la seguridad de la salvación! Mi venir a Cristo Jesús en fe es una seguridad, no sólo de la salvación presente (porque Jesús no echará fuera a nadie que venga a Él), sino también de la elección eterna de Dios de mí (porque venir a Jesús es el fruto y el efecto de la elección). Porque la elección, como voluntad incondicional de la salvación de Dios, es inmutable (no depende de nada en mí, sino sólo de la gracia de Dios), yo estoy seguro de mi salvación eterna. Este es el consuelo del creyente reformado y sus hijos elegidos.

Por otro lado, aquellos que suponen que la elección de Dios de ellos depende de la fe de ellos, nunca pueden tener certeza de su salvación. Ellos creen por su propio libre albedrío hoy, pero pueden perder su fe por su propio libre albedrío mañana. Debido a que su elección depende en todo momento de su libre albedrío altamente inestable, pueden llegar a ser réprobos mañana y perecer eternamente. De hecho, ni siquiera están seguros de la autenticidad y el valor de su fe. Para ellos, la fe no es más que una decisión humana hacia Cristo. Para el creyente reformado, su fe es un vínculo espiritual con Cristo y una

actividad celestial de conocer y confiar en Cristo, obrada en él por el poder del Dios que elige.

El rechazo soberano de Dios

Lo que ilustra y recomienda peculiarmente la gracia de la entrega de Dios de ciertas personas a Cristo en el decreto de elección es que Dios no dio a todos los hombres sin excepción a Cristo Jesús (cf. Cánones I:15). Dios ha excluido a los demás de ese gran cuerpo de humanos que Él le dio a Su Hijo. El rechazo de Dios de algunos en el mismo decreto eterno en el que Él eligió a otros es claramente enseñado por Jesús en Juan 6:37. Si todo lo que el Padre le ha dado a Jesús vendrá a Él y si, de hecho, no todos los hombres vienen a Jesús, entonces algunos hombres, todos aquellos que no vienen a Él en fe, no fueron dados a Jesús por el Padre, sino rechazados por Él.

El decreto de elección es un decreto selectivo: elige a algunos de la raza humana y pasa por alto a otros. Este es un aspecto importante de la enseñanza de Jesús en Juan 6. En el versículo 36, Él se dirige a aquellos en su audiencia que no creen en Él: “Mas os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis”. Pero su incredulidad no indica el fracaso de la voluntad de Dios, o el fracaso del ministerio de Jesús. El versículo 37 enfatiza que Dios nunca se los dio a Jesús, que nunca fue la voluntad de Dios que creyeran y fueran salvos, y que Jesús, que vino a hacer la voluntad de Dios, nunca buscó la salvación de ellos.

Jesús enseña la reprobación en el versículo 37, así como también la elección. Dios pasó por alto a algunos con el decreto eterno dando ciertas personas a Cristo Jesús. Este pasar por alto con la elección fue el decreto eterno que ordenaba a estas personas para el destino eterno de ser expulsadas para siempre.

Esto fue solo por parte de Dios. Él no le debe a nadie que Él lo dé a Cristo Jesús. Dar a alguien a Cristo Jesús es

un acto de gracia de Dios. Aquellos que se oponen a la reprobación realmente toman la posición de que Dios *debe* elegir a todos, negando así la gracia de la elección. Además, el castigo al que Dios ordena a algunos, lo merecen a causa de su incredulidad y todos sus otros pecados.

La justicia de la reprobación de Dios no resta valor a la soberanía del decreto. La reprobación es igualmente incondicional con la elección. Los réprobos están involucrados en una miseria común con los elegidos. Que Dios haya reprobado a algunos, mientras elige a otros, debe explicarse solo por la soberanía de Dios. Fue Su gran placer hacerlo. Esta fue la propia explicación de Jesús de la obra de Dios de ocultar el evangelio a algunos, mientras lo revelaba a otros: “Sí, Padre, porque así te agradó” (Mateo 11:26).

Especialmente este aspecto de la predestinación es odiado y opuesto. Los enemigos abiertos de la fe reformada, Roma y los arminianos, siempre han hecho de la reprobación el objeto especial de su ira y desprecio. Cuando la facción arminiana se presentó ante el Sínodo Dordt en 1618, abrieron su asalto al evangelio de la gracia atacando la doctrina de la reprobación.

Hoy en día, los calvinistas profesantes se oponen a la reprobación. Algunos lo rechazan rotundamente. Otros, menos honestos, rechazan la reprobación con la misma eficacia manteniendo un silencio total al respecto y, al mismo tiempo, enfatizando una enseñanza que contradice rotundamente la reprobación. Esta es la enseñanza de que Dios quiere la salvación de todos los seres humanos sin excepción en el amor que Él tiene por todos ellos. Esta voluntad amorosa de Dios para la salvación de todos, Él luego la expresa e intenta llevarla a cabo en la predicación del evangelio de Cristo como una “oferta” impotente. Iain Murray del Banner of Truth [estandarte de la verdad] en Gran Bretaña promueve vigorosamente esta negación de la

reprobación en toda la tierra, y en todo el mundo calvinista.⁶

A lo que esto equivale es a la enseñanza de que Dios tiene dos decretos de elección. Una es la voluntad misericordiosa de Dios para la salvación de todos los hombres sin excepción. Esta voluntad, o propósito, de Dios es condicional. Depende de la aceptación de la oferta de salvación por parte del pecador. Esta voluntad de Dios es ineficaz. De hecho, a menudo se frustra. El otro decreto de elección es la voluntad de Dios para la salvación de algunos, sólo aquellos que realmente serán salvos. Debido a que este decreto particular está precedido por la voluntad para la salvación de todos condicionalmente, este decreto también es, en realidad, condicional, es decir, dependiente de la fe de aquellos que son elegidos.

Precisamente esta fue la herejía de los arminianos en Dordt. Ellos también enseñaron un decreto particular de elección, especialmente cuando querían impresionar y engañar a los ortodoxos. Pero con este decreto particular enseñaron un decreto general, indefinido, no decisivo, condicional, deseando la salvación de todos sin excepción. La fe reformada ha condenado esta doctrina de dos voluntades contradictorias, o propósitos (o deseos), de Dios con respecto a la salvación de los pecadores. El Sínodo de Dordt (1618-1619) dijo esto sobre la doctrina de Arminio (y de Murray) de dos elecciones de pecadores:

“Habiendo sido explicada la verdadera doctrina sobre la *elección* y el *rechazo*, el Sínodo *rechaza* los errores de aquellos... que enseñan: «que la elección de Dios para la vida eterna es múltiple y variada: una, general e indeterminada; otra, particular y determinada; y que esta última es, o bien, imperfecta, revocable, no

⁶ Iain Murray, *Spurgeon v. Hyper-Calvinism: The Battle for Gospel Preaching [Spurgeon vs Hiper-Calvinismo: La Batalla por la Predicación del Evangelio]* (Edimburgo: Banner, 1995).

decisiva y condicional; o bien, perfecta, irrevocable, decisiva y absoluta... Pues esto es una especulación de la mente humana, inventada sin y fuera de las Sagradas Escrituras, por la cual se pervierte la enseñanza de la elección, y se destruye esta cadena de oro de nuestra Salvación: *Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó* (Ro. 8:30)
(Cánones I: Rechazo de Errores:2).

La negación de la reprobación es necesariamente la negación de la elección bíblica. Es la negación de la elección como lo enseñó Jesús en Juan 6. Si Dios no ha rechazado a nadie en el decreto eterno, Él debe haber escogido a todos. Entonces, el fracaso de algunos para creer representa la frustración de la gracia de Dios y el fracaso de Cristo Jesús. Y el venir de otros no se debe a la gracia de la elección (porque Dios ha querido la salvación para todos por igual), sino que es su propio logro. Por lo tanto, la negación de la reprobación es la pérdida del evangelio de la gracia.

Contrariamente a la vergüenza, el miedo y el silencio de tantos calvinistas cobardes y diluidos con respecto a la doble predestinación, es decir, la elección acompañada de reprobación, Jesús proclamó públicamente la predestinación. La proclamó en un ambiente evangelístico, en Juan 6. Jesús la proclamó porque estaba decidido a predicar que la salvación es misericordiosa.

La causa de toda salvación

Jesús enseñó la entrega de Dios de hombres y mujeres a él mismo como la fuente y causa de toda salvación. Él mismo como el Salvador de hombres y mujeres perdidos y pecadores y toda Su obra salvadora se deben a que Dios le dio personas a Él en la eternidad. ¿Por qué descendió él del cielo? ¿Por qué predicó y realizó milagros? ¿Por qué sufrió y murió? ¿Por qué resucitará a hombres y mujeres en el último día?

¡Porque el Padre le había dado un pueblo!

Específicamente, nuestro venir a Jesús tiene su fuente y causa en que Dios nos da a Jesús en el decreto de elección. Esta es la verdad absolutamente vital que Jesús enseña en Juan 6:37. Algunos se negaron a venir a Él cuando realizó el milagro de alimentar a la multitud y cuando él se proclamó a sí mismo como el pan de Dios que viene del cielo. Jesús reconoció esto en el versículo 36: “aunque me habéis visto, no creéis”. Jesús no se desanimó, como si la voluntad de Dios fuera frustrada y su ministerio fuera un fracaso. Él no respondió, “Dios sinceramente deseaba salvarte, pero te resististe a Su gracia”. Sino que Él dijo a los incrédulos: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí”, implicando claramente que el hecho de que no vinieran a Él estaba de acuerdo con la reprobación de Dios de ellos.

Juan 10:26 registra la palabra de Jesús a ciertos incrédulos: “pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho”. Debido a que ciertas personas no son de las ovejas de Cristo *por ser dadas a Cristo en el decreto de elección*, Dios les niega la fe cuando se predica el evangelio, y en cambio las endurece en su incredulidad natural.

Venir a Cristo Jesús no está en el poder natural del pecador. Venir a Cristo no es una condición que el pecador debe realizar para ser salvo. Venir a Cristo no es el acto del pecador sobre quien la voluntad misericordiosa de Dios para la salvación de todos los hombres sin excepción dependa para su eficacia.

Venir a Cristo Jesús es el don de Dios a ciertos seres humanos.

Esta es la enseñanza de Jesús en Juan 6:37: “Todo lo que el Padre me da, *vendrá a mí*”.

Venir a Jesús es la actividad espiritual de un pecador de confiar solo en Cristo Jesús para el perdón y la

vida eterna. Es la actividad de alguien que, conociéndose a sí mismo como un pecador culpable, depravado, necesitado, digno de condenación por el justo juicio de un Dios santo, se arroja sobre Cristo Jesús para toda su salvación.

En una palabra, venir a Jesús es fe.

Y la fe fluye de, se debe a y es causada por la elección. Todo lo que el Padre le da a Jesús vendrá a Él, es decir, todo ese gran cuerpo de la iglesia, compuesto por un número cierto, definido y grande de individuos de todas las naciones y razas, elegidos por Dios, creará en Cristo Jesús. Todos vendrán *porque Dios se los dio a Cristo*. La voluntad de Dios, Su voluntad eterna, misericordiosa y electiva, es todopoderosa, atrayendo a “todo lo que” Él le dio a Cristo a través de una fe verdadera. “Ninguno puede venir a mí [es decir, a Jesús], si el Padre que me envió no le trajere” (Juan 6:44).

Puesto que venir a Cristo Jesús, o la fe, es el medio de recibir a Cristo mismo como Salvador y a todas las bendiciones de la salvación, la elección es la fuente y la causa de toda salvación.

La causa de la salvación en el pacto

Lo que particularmente necesita ser defendido hoy en los círculos reformados es que la elección es la fuente y la causa de la salvación, determinando quién será salvo, *en la esfera del pacto*, entre los hijos de padres creyentes. Esto es ampliamente negado por los predicadores, teólogos e iglesias reformadas. La negación a menudo se expresa en la declaración engañosa y fatua, “La elección y pacto no son idénticos”. (Ningún teólogo o iglesia reformada en la historia del protestantismo reformado ha sido siempre tan denso como para suponer que la elección y el pacto son idénticos). Lo que se quiere decir es que la elección realmente no tiene nada que ver con la salvación en el

pacto. En la esfera del pacto, especialmente entre los hijos físicos de padres creyentes, se dice que todos por igual son objetos de la promesa misericordiosa y el amor salvador de Dios en Cristo. Pero la salvación real y eterna de un niño en particular depende de su cumplimiento de la condición requerida. La condición es su acto de creer. A lo que equivale esta enseñanza popular es a la doctrina de que la voluntad del pecador, en este caso el niño pecador, decide la salvación en la esfera del pacto.

Cristo Jesús enseñó lo contrario en Juan 6. Hablando a los *judíos, hijos físicos de Abraham (a quien Dios dio la promesa del pacto, "yo seré el Dios de tu simiente")*, circuncidados con la *señal y el sello del pacto*, Jesús dijo: "En la esfera del pacto, con respecto a los hijos físicos de Abraham, 'Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí'". La elección es la fuente y la causa de la salvación en el pacto, como en el campo misionero. Con respecto a nuestros hijos también, es cierto que no pueden venir a Jesús a menos que el Padre los traiga, y Él trae a aquellos, y sólo a aquellos, a quienes Él ha dado a Cristo.

Teniendo su fuente y causa en la elección incondicional, toda la salvación es misericordiosa, total y exclusivamente misericordiosa, desde el don de la fe hasta la maravilla de la resurrección del cuerpo en el último día.

¿Por qué los teólogos reformados temen entonces la elección? ¿Por qué los predicadores guardan silencio al respecto? ¿Por qué las iglesias toleran la contradicción total de esto por la enseñanza de que Dios tiene una voluntad misericordiosa, condicional e ineficaz para la salvación de todos sin excepción?

Como fuente y causa de toda salvación, la elección debe ser predicada, confesada, cantada y defendida.

La advertencia de que la elección implica, conduce o fomenta el descuido y la pasividad, particularmente con respecto a venir a Cristo para la salvación, es un hombre de

paja. “¡La iglesia que de todo corazón mantiene la elección y la reprobación no puede llamar a los pecadores a venir a Cristo!” “¡La persona que está convencida de su propia elección no vendrá a Cristo, o minimizará la importancia de venir a Cristo toda su vida!”

Jesús enseña tanto la elección como la importancia, de hecho, la necesidad, de venir a Él. Que todos los que el Padre le da vendrán a Él no implica la falta de importancia de venir a Él para salvación. ¡Al contrario! Venir a Jesús es la única manera de recibir la salvación que Dios ha querido para nosotros en el decreto. La elección misma establece que venir a Cristo es el único camino de salvación. La elección no sólo determina el fin (salvación), sino que también determina los medios y el camino (venir a Cristo).

Por lo tanto, creyendo en la elección, creyendo que la elección ha provisto a Cristo como Salvador de los pecadores, creyendo que la elección ha abierto un camino de salvación para los pecadores, creyendo que la elección hará que la predicación sea fructífera en la salvación de los pecadores, la iglesia sale en misiones para predicar a Cristo a todos y cada uno y para llamar a todos y cada uno a venir a Cristo. De la misma manera, la iglesia llama a todos los hijos de los creyentes a venir a Cristo.

En este llamado, la iglesia no niega la elección predicando que Dios ama a todos, que Cristo ha descendido del cielo para ser el Salvador de todos, y que Dios tiene una voluntad misericordiosa para la salvación de todos. Más bien, el llamado declara que Cristo recibirá, y de ninguna manera echará fuera, a todo el que venga. Y el llamado asegurará a todos aquellos que vienen a Cristo que ellos vienen porque Dios se los dio a Cristo en la eternidad.

En la manera de venir a Cristo, tenemos la seguridad de nuestra elección.

La seguridad de ser entregado a Cristo

La doctrina de la elección incondicional ofrece seguridad.

Existe la seguridad de que todos los elegidos vendrán a Cristo y serán salvos. La elección de “todo lo que” en Juan 6:37 es segura. Ninguno de los incluidos en el “todo lo que” se perderá. Toda la iglesia vivirá en vida eterna y gloria.

Esto fue una seguridad para Jesús mismo, ya que experimentó el rechazo de sí mismo en incredulidad por parte de muchos en su audiencia. Él aseguró Su propia alma muy humana cuando dijo, ante la incredulidad de la multitud: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí”.

La iglesia, sus ministros y sus misioneros también tienen esta seguridad en su labor a menudo difícil y desalentadora.

Pero la seguridad de la elección a la que me refiero es nuestra propia seguridad personal de haber sido dados a Cristo por Dios en su consejo eterno.

¿Es la enseñanza de Jesús para mí personalmente? ¿Puedo estar seguro de que nunca seré desechado, que Jesús me resucitará en el último día, que estoy incluido en el “todo lo que” el Padre le dio a Jesús?

El propósito de Jesús en Juan 6 es la seguridad de cada uno a quien el Padre le ha dado, la seguridad de la salvación presente y futura, basada en la elección, de la cual cada uno debe estar seguro. Todo el pasaje, versículos 37-40, respira el propósito de la seguridad: Todos *vendrán*; y al que a mí viene, *no le echo fuera*. Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: que de todo lo que me diere, no pierda yo *nada*; que *todo aquel* que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y *yo le resucitaré*.

Sorprendentemente, en la segunda parte del versículo 37 el lenguaje de Jesús se vuelve personal e individual. Habiendo comenzado al hablar de “todo lo

que”, toda la iglesia, ahora él habla de cada individuo: “y *al* que a mí viene”. Enfáticamente, la seguridad que Él quiere que cada uno del “todo lo que” tenga, y la seguridad que Él da por esta misma palabra, aplicada al corazón de cada uno por el Espíritu de Jesús, es la certeza de que Dios dio a él o a ella a Jesús, la certeza de la elección de él o ella.

Los *Cánones de Dordt* son bíblicos cuando confiesan, “Los elegidos son asegurados de esta su elección eterna e inmutable, a su debido tiempo” (I:12).

Cada uno de nosotros recibe la seguridad de la elección *al venir a Cristo*, es decir, por la fe en Él. Que este es el camino, el único camino, para estar seguro de la elección, Jesús lo enseña cuando Él conecta la elección y la fe de la manera que Él lo hace. Puesto que la fe es el fruto seguro de la elección, todo aquel que cree, de corazón, está seguro de su elección. La fe misma es la seguridad de la salvación misericordiosa, arraigada y basada en la elección incondicional. La fe es también la evidencia de la elección: nadie puede o quiere creer, excepto que Dios se lo haya dado a Jesús.

¡Qué grande seguridad es esta: ¡He sido de Cristo desde la eternidad! ¡Yo soy de Cristo ahora! ¡Yo seré de Cristo para siempre! y todo por una decisión misericordiosa de Dios, ¡que no depende de mi voluntad, mis obras o mi valor!

Hay tal seguridad sólo donde el evangelio de la elección incondicional es proclamado y creído. Bajo la enseñanza de la elección condicional, ya sea por Roma, o por los evangélicos y carismáticos que enseñan abiertamente la salvación por el libre albedrío del pecador, o por los calvinistas profesantes con su elección universal y condicional de la voluntad misericordiosa de Dios para salvar a todos, o por los hombres de la visión federal que enseñan la elección condicional en el pacto, solo existe el terror de que la salvación presente y la elección misma

puedan perderse y son perdidas por muchos. Aunque uno viene a Cristo hoy, puede ser expulsado mañana, y para siempre. Aunque uno cree y tiene vida eterna ahora, puede que no sea resucitado a la vida en el último día. Multitudes viven y mueren en este miedo, multitudes de cristianos profesantes.

¡Terrible!

La duda de la elección no es la voluntad del Padre, no para aquellos a quienes Él ha dado a Jesús.

En Su gracia, el Padre quiere nuestra salvación.

En Su gracia, Él también quiere nuestra certeza de la salvación.

Redención particular



Prof. Herman Hanko

Introducción

No hay calvinistas de cuatro puntos en el mundo. Estoy seguro de que, en un momento u otro, al haber discutido asuntos de la verdad con otros, has conocido a personas que han afirmado ser calvinistas de cuatro puntos. No en todos los casos, pero en casi todos los casos, el único punto del calvinismo que los cuatro punteros afirman rechazar es la redención particular. Debemos establecer desde el principio el hecho de que es imposible mantener los otros cuatro puntos del calvinismo y repudiar la redención particular.

He conocido a estos calvinistas de cuatro puntos; está claro que no son calvinistas en ningún aspecto. Por ejemplo, no se aferran firmemente a la doctrina bíblica de la doble predestinación soberana. No pueden; es imposible. Incluso en lo que respecta al propio pensamiento y compromiso con la Palabra de Dios, es imposible negar la redención particular y aferrarse a la predestinación, porque los dos están inseparablemente conectados. Están inseparablemente conectados porque, primero, los Cinco puntos del calvinismo, tomados en conjunto, forman una unidad que constituye la doctrina bíblica de la gracia soberana y particular. Negar un punto es restar valor a la verdad de la gracia soberana y particular y, por lo tanto, negar los otros puntos. Segundo, la obra de redención que

Cristo realizó en el calvario fue la revelación de Dios de todo Su plan de salvación para los elegidos.

No debemos decirle a un calvinista de cuatro puntos, “hermano, ¿crees cuatro puntos del calvinismo? No estás lejos del reino; solo te falta uno más”. Sin comprometerse con una redención particular, uno no cree ni puede creer ninguno de los otros cuatro puntos.

La verdad de la redención particular es una verdad en cuestionamiento hoy. Es una verdad que es negada por casi todo el mundo eclesiástico. Es extraño, casi increíblemente extraño, que haya tan pocos que se aferren a la verdad de la redención particular. Esta negación de la redención particular se encuentra incluso entre aquellos que dicen ser calvinistas. Tan firmes son los universalistas que escriben libros para intentar probar que el propio Calvino creía en la expiación universal.

Aunque una parte importante de lo que tengo que decir va a tratar con la cuestión del alcance de la expiación (es decir, por quiénes murió Cristo), quiero hablar del sufrimiento y la muerte de Cristo desde un punto de vista más positivo también. Estamos tratando con lo que es el corazón del evangelio. Pablo resume todo su ministerio evangélico con las palabras: “nosotros predicamos a Cristo crucificado” (I Corintios 1:23). Eso significa que, si uno niega el sacrificio expiatorio de Cristo Jesús en cualquier aspecto, incluyendo la particularidad de la expiación, uno destruye el evangelio de Cristo Jesús. Y si puedo hacer eso de manera personal por un momento, significa que al destruir lo que es el corazón mismo del evangelio, uno destruye lo que cada creyente necesita saber y quiere saber. Un creyente nunca se cansa de escuchar el evangelio de su redención.

Primero, consideraremos el significado de los términos que las Escrituras usan para describir el sacrificio de nuestro Señor Cristo Jesús. En segundo lugar, consideraremos las objeciones que se han presentado a lo

largo de los años contra este segundo punto del calvinismo. ¿Por qué se han formulado estas objeciones? ¿Cuál es el carácter de ellas? ¿Cuáles son las consecuencias de tal negación? Finalmente, quiero hacer algunos comentarios acerca de cómo el sacrificio expiatorio de Cristo se convierte en nuestra salvación.

Redención

Es mejor tratar, en primer lugar, con esas palabras en la Biblia que describen la obra de Cristo en la cruz mientras sufría y moría por el pecado. La Escritura hace uso especialmente de varios términos, cuatro de los cuales son particularmente importantes, porque nos ayudan a entender la naturaleza de la obra de Cristo.

La primera palabra a la que quiero prestar atención, usada repetidamente en el Nuevo Testamento, es la palabra redención. La obra de Cristo en la cruz se describe en muchos pasajes como la obra de redención. En Gálatas 3:13, Pablo declara, en relación ahora con la ley de la antigua dispensación, “Cristo nos *redimió* de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición”. Pedro habla de ser redimido “no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros” (I Pedro 1: 18-20).

La redención es una palabra que la Escritura tomó del griego clásico. Tanto en el griego clásico como en el griego hablado en los días de los apóstoles, la palabra redención se refería al pago de un precio por un esclavo. Si alguien viera a un esclavo en el mercado de esclavos de Roma, por ejemplo, y quisiera comprarlo, no con el propósito de hacerlo suyo, sino con el propósito de asegurar la libertad de ese esclavo, uno pagaría un precio igual al valor del esclavo. Habiendo pagado el precio,

liberaría al esclavo. Las escrituras hacen uso de ese término para describir un aspecto del sufrimiento y el sacrificio expiatorio de Cristo. Él nos redime.

La implicación obvia es, en primer lugar, que Él nos ve como esclavos, esclavos que, en las cadenas enredadas de nuestra esclavitud, están condenados a la destrucción. Él paga un precio que asegurará nuestra libertad de la esclavitud en la que estamos retenidos, la esclavitud y servidumbre del pecado. Un aspecto del término redención es que el precio para asegurar nuestra libertad de la esclavitud del pecado corresponde al valor que tenemos a los ojos de Dios. Dios pagó el precio de la sangre de Su propio Hijo, el precio más alto posible que Él podía pagar. Por lo tanto, cuando la palabra redención se usa en las Escrituras para describir el sacrificio de Cristo, la Escritura indica que a los ojos de Dios aquellos por quienes se pagó el precio de la sangre del Hijo de Dios demandaron el precio más alto posible porque el pueblo de Dios tiene un valor casi infinito para Dios.

Ahora debemos tener cuidado al entender esto. El valor que Dios ve en nosotros no es un valor que se encuentra en nosotros. No tenemos ningún valor. No tenemos ningún valor, en primer lugar, porque somos criaturas, creadas por Dios, sostenidas por Su poder, sostenidas a cada momento por Su providencia, de modo que somos total y últimamente dependientes y de modo que nuestra existencia puede terminar en un momento simplemente si él deja de hablar Su Palabra que nos sostiene. Pero mucho más que eso, no tenemos ningún valor a los ojos de Dios porque somos pecadores. ¿Cómo puede un pecador, un rebelde, uno que golpea su puño en el rostro de Dios, tener algún valor a los ojos de Dios? Cuando las Escrituras hablan del gran valor que el pueblo de Dios tiene en la mente de Dios, hablan de ello desde el punto de vista del propósito eterno e inmutable de Dios de glorificarse a sí mismo a través de Cristo en su iglesia. Dios

ama a su pueblo. Dios amó tanto al mundo que dio a su Hijo unigénito (Juan 3:16). “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (I Juan 4:10). En la mente de Dios, de acuerdo con el decreto de elección y en Su propósito eterno e inmutable, Él ve a Su pueblo como de gran valor para Él, no por lo que son, sino porque Él se ha propuesto hacerlo Su novia y morar con ellos en comunión de pacto para siempre.

El amor de Dios es un factor crucialmente importante en el sacrificio redentor de Cristo. Él nos ama. Él no nos ama por lo que somos; no por lo que podemos contribuir a Su gloria; Él simplemente nos ama por amor a Su propio nombre porque Él se ha propuesto amarnos, y ese amor es tan grande que ningún precio es demasiado alto para pagar con el fin de asegurar nuestra salvación. Es un amor que está arraigado en Su amor por Sí mismo como el único Dios vivo y verdadero. Es un amor poderoso y eficaz. Es un amor que determinará todo lo que sucede en el cielo y en la tierra y en toda la historia del universo, para que la historia sirva para llevar a Su pueblo a Él. Todo en el consejo eterno de Dios está determinado con Su mira en Su pueblo. Ese es el amor que logra la redención en Cristo. Además, por la compra de Cristo con Su sangre, Él no sólo nos libera de la esclavitud del pecado, sino que Él nos hace Su posesión, Sus esclavos. Decimos, con confianza, que nuestro único consuelo es que *pertenecemos* a nuestro fiel Salvador, Cristo Jesús (*Catecismo de Heidelberg*, R. 1).

Ahora tratemos de encajar eso en el esquema de expiación universal. No puede hacerse. La redención está arraigada en el amor eterno e inmutable de Dios que hará todo lo que tenga que hacerse para salvar a la iglesia. El amor de Dios revelado en la redención no puede ser un amor para todos los hombres. Es un precio que es pagado por Dios mismo en Su propio Hijo, para asegurar nuestra

redención de la esclavitud. Sólo una de dos opciones es posible: o todos son salvos porque Dios ama a todos los hombres con un amor salvífico (en cuyo caso nadie puede ir al infierno) o Dios ama sólo a aquellos por quienes Cristo murió.

Reconciliación

La segunda palabra que se usa en las Escrituras, que es una palabra igualmente importante, es la palabra reconciliación. Esa palabra se encuentra, por ejemplo, en Romanos 5:10: "Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida". La reconciliación es una palabra poderosa; es una palabra que debe ser entendida apropiadamente por un creyente reformado.

La figura de un matrimonio roto por el adulterio de uno de los cónyuges se utiliza a menudo para explicar la reconciliación. Toda la imagen de la reconciliación se describe de tal manera que el adulterio de uno de los cónyuges ha provocado una interrupción en la relación matrimonial. Pero hay esperanza de reconciliación, por lo que se llama a un tercero: un consejero matrimonial con un título en psicología y asesoramiento, que reúne a las dos partes en desacuerdo. Los sienta alrededor de una mesa y escucha este lado de la historia y aquel lado de la historia. Aprende cuáles son las quejas de esta y cuáles son las quejas de aquella. Y si es un consejero hábil, exitoso en el arte de la flexibilidad y hábil para calmar la irritación de aquellos que están en desacuerdo entre sí, puede unir a los dos. Así que la figura se presenta como la doctrina bíblica de la reconciliación. Hemos pecado y el resultado es que Dios está enojado con nosotros. Un tercero es llamado ahora para intervenir en esta disputa entre Dios y el hombre para ver si se puede lograr la reconciliación. Cristo es el mediador. Él interviene para pacificar a Dios y

apaciguar Su ira, e intenta convencer al hombre de que ahora debe reconciliarse con Dios. Así Cristo hace su parte para restaurar la armonía entre Dios y el hombre.

Ahora, es cierto que Dios está casado con su pueblo. Él se ha propuesto eternamente casarse con Su pueblo. También es cierto que esa relación, desde nuestro punto de vista, ha sido quebrantada por nuestro pecado. Si volvemos a Adán, esta fue quebrantada por el pecado de Adán del cual somos responsables, y por el cual debemos ser castigados. Pero desde el punto de vista de Dios, el pecado del cual somos culpables nunca rompió la relación matrimonial. Dios permanece fiel. Cristo no es alguien que es llamado como un tercero para tratar de unir a Dios y al hombre para aplacar la ira de Dios y de alguna manera u otra para persuadirnos de reconciliarnos con Dios, de modo que después de intervenir con éxito como mediador, Dios se reconcilia con nosotros y nosotros somos reconciliados con Dios. No, note cómo lo expresa el texto en Romanos 5:10. "Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo...". Mientras éramos enemigos, Dios nos reconcilió consigo mismo. O, como Pablo lo pone en II Corintios 5:19, "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo". No tenemos nuestra parte en la disputa; no tenemos nada que podamos alegar. Dios, por su parte, no tiene que ser aplacado hacia nosotros, porque su actitud hacia nosotros es un amor eterno, inmutable en su propio ser divino. Dios estaba en Cristo reconciliándonos consigo mismo por la muerte de Cristo. Dios es el reconciliador. Él logra la reconciliación quitando la causa de nuestra alienación, es decir, nuestro pecado. A través del Espíritu de Cristo, somos soberanamente traídos de vuelta al vínculo matrimonial y somos hechos fieles a él. No tenemos nada que ver con ella, excepto ser los objetos de Su gran y maravillosa obra de reconciliación. Y de nuevo, detrás del sacrificio expiatorio se encuentra la maravilla del amor de

Dios por su pueblo, cuyo amor no conoce cambio y que permanece eterno en los cielos.

Satisfacción

La tercera palabra sobre la que deseo llamar su atención es satisfacción. Esa palabra no se encuentra en las Escrituras mismas con referencia al sacrificio expiatorio de Cristo, aunque la idea está ahí. La palabra misma aparece en nuestros credos, en las *Tres Formas de Unidad*, así como en la *Confesión de Westminster*. Aparece en las *Tres Formas de Unidad*, en el *Catecismo de Heidelberg* en los días del Señor 5 y 6. Aparece también en los *Cánones de Dordt*, cuando los *Cánones* están discutiendo la muerte de Cristo y la redención de los hombres (II:1-3), así como en la *Confesión Belga* (Artículos 20, 21, 34). Es un término confesional de gran importancia y poder.

Como es cierto para los términos redención y reconciliación, la satisfacción también implica la obra de Dios de lograr la salvación en el sacrificio expiatorio de Cristo. Dios es santo, justo y recto. Dios creó al hombre bueno y recto. El hombre pecó y, como enseñan los días del Señor 4 y 5, el hombre incurre en deudas debido a su pecado, una deuda que debe pagarse para que podamos ser restaurados al favor de Dios. Sería una negación de la propia naturaleza de Dios como santa y justa, si Dios no exigiera el pago de la deuda que el hombre, a causa de su pecado, le debe. Pero el hombre no puede pagar esa deuda, no sólo porque sigue siendo un pecador, sino porque el pago mismo de la deuda es humanamente imposible. Incluso si él le debía a Dios una deuda por un solo pecado que había cometido; aunque pudiera ser liberado de la responsabilidad de su pecado en Adán; incluso si viviera una vida de perfección desde el momento de su nacimiento hasta el momento de su muerte, no podría pagar la deuda.

Es aquí donde la palabra mérito entra en escena. Para pagar la deuda por un solo pecado, el hombre tendría

que hacer mérito ante Dios. Tendría que tener a su disposición algo más allá de su obligación diaria de obediencia a Dios, porque el hombre es un deudor en cada momento de su vida. Él siempre le debe obediencia a Dios. Una vida de obediencia perfecta es sólo el pago de las facturas presentes. Pero se le debe pagar a Dios por nuestra deuda de desobediencia. Nuestra deuda es enorme: debemos por el pecado de Adán del cual somos responsables, le debemos a Dios por nuestra naturaleza pecaminosa con la que nacimos, y le debemos a Dios por todos los pecados que cometemos cada segundo de nuestras vidas.

Está en la naturaleza de Dios exigir que el hombre pague la deuda; Dios no puede simplemente decirle al pecador: "Oh, siento mucha pena por ti, pobre hombre. Tienes una deuda terrible y nunca podrás pagarla. Me olvidaré de eso; cancelaré la deuda". Eso es imposible. Es imposible simplemente por el hecho de que sería una negación de la justicia y la santidad de Dios. El hombre pisotea bajo los pies la santidad de Dios. El hombre lo desprecia; el hombre escupe en la cara de Dios. Para que Dios diga, "está bien. No me molestaré por eso; lo olvidaré", sería una calumnia de la propia santidad de Dios. La deuda debe ser pagada. Y cuando el pecado es visto desde el punto de vista de la deuda, entonces nuestros credos dicen que la idea que está detrás del sacrificio expiatorio de Cristo es la satisfacción. La deuda está pagada. Pero no se olviden: Dios paga la deuda. Esa es la maravilla de la expiación: Dios paga la deuda. Yo no puedo; ustedes no pueden; un ángel no puede; nadie puede. Todos los sacrificios de la antigua dispensación no podían pagar la deuda. Dios puede; Dios lo hace; Dios en la persona de su propio Hijo. Esa es la cruz.

Una vez más, tratemos de encajar en la idea de satisfacción la noción de una muerte de Cristo por todos. Si es cierto que Cristo murió por todos, el simple hecho del

asunto es que la deuda es pagada por Cristo por cada hombre. ¿Por qué, entonces, no todos los hombres son salvos? Es por eso que todo el arminianismo y todos los que le hacen injusticia a la cruz de Cristo al convertirla en una cruz para todos, terminan en el campo de los modernistas y se ven obligados a enseñar el universalismo. No hay otro lugar a donde ir. El arminianismo en todas sus formas es un modernismo incipiente.

Propiciación

La última palabra a la que quiero llamar brevemente su atención se encuentra en I Juan 2:2: “Y él es la *propiciación* por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”. Es casi como si las Escrituras quisieran decir: “La cruz de nuestro Señor Cristo Jesús es tan rica en su significado y la doctrina del sacrificio expiatorio de Cristo es tan grande que una palabra no puede comenzar a hacerle justicia”. Debemos usar todas estas palabras para que podamos entender algo del poder del gran sacrificio de Cristo. La propiciación, es una palabra que realmente pertenece al Antiguo Testamento. Es una palabra que tiene referencia al gran Día de Expiación en el calendario del pueblo judío. Es una palabra que se refiere a la actividad del sumo sacerdote que iba en el Día de la Expiación, no sin sangre (Heb. 9:7), al Lugar Santísimo y rociaba sangre sobre el propiciatorio del arca como expiación por los pecados del pueblo, así como por la tribu de Leví y por el sumo sacerdote mismo, alejando así Su santa ira. La idea era que el arca del pacto era el símbolo de la comunión del pacto de Dios con Su pueblo en Cristo Jesús. El arca era una imagen de Cristo. Esta verdad se enseña en el Salmo 68. El Salmo 68 fue el salmo que David escribió cuando el arca fue llevada de la casa de Obed Edom a una tienda en el Monte Sion. David escribió el Salmo 68 en ese momento para mostrar que, al llevar el arca a una tienda en Sion en Jerusalén, se nos da

una imagen de la ascensión de Cristo Jesús. Así que el arca en el templo es el símbolo de la comunión de Dios con su pueblo en Cristo. Es posible que Dios tenga comunión con Su pueblo solo porque la sangre era rociada sobre el propiciatorio. La palabra propiciación, por lo tanto, tiene la idea de sangre rociada sobre el propiciatorio cubriendo los pecados de la gente. Lo único que podía cubrir sus pecados era sangre. Pero ese cubrir era tan completo que Dios ya no podía verlos. Estaban escondidos de Él. Así que las Escrituras usan la propiciación para indicar que debido a que la sangre de toros y machos cabríos no podía ocultar el pecado de Dios, la sangre de Cristo, del propio Hijo de Dios, ocultaba tan completamente los pecados de Su pueblo, que Dios no podía verlos más y Su ira se apartaba. De hecho, todo lo que Él podía ver era un pueblo sin pecado, justo y santo, apto para vivir con Él en comunión de pacto sempiterno como Su novia. Esa es la idea de la propiciación. Tratemos de aplicar esta idea de propiciación al concepto arminiano de expiación universal. Todos los pecados de cada hombre que alguna vez vivió están ocultos a la vista de Dios, por la sangre de Cristo. ¿Cómo puede enviar a alguien al infierno? Sería una injusticia del tipo más grotesco que Dios enviara al infierno a una persona en quien Él no ve pecado. Además, si se hizo propiciación para todos los hombres cabeza por cabeza, y la ira de Dios fue evitada para todos, ¿cómo podría alguien sufrir esa misma ira en el infierno?

Estas palabras son palabras poderosas, palabras maravillosas, palabras tan importantes en las Sagradas Escrituras, que, si ustedes hablan de una muerte de Cristo para todos los hombres, destruyen el significado de las cuatro palabras. Les roban todo su poder. Eso es lo que hacen los arminianos.

La preposición “por”

Hay un punto más en las Escrituras al que debo llamar su atención. Con frecuencia hago uso de este punto en la clase de griego, cuando busco persuadir a los estudiantes, que están aprendiendo griego, de que presten atención a cada palabra de las Escrituras infalibles, incluidas las preposiciones. Las preposiciones son pequeñas palabras que los estudiantes de griego tienden a pasar por alto. Las Escrituras dejan claro que un aspecto de la expiación de Cristo, de importancia crucial, pende de las preposiciones, a menudo sólo pequeñas palabras de dos, tres o cuatro letras. Me refiero ahora a las preposiciones que se traducen con mayor frecuencia en la Versión Autorizada (VA) con la palabra “por”.⁷ Este es el caso en Romanos 5:8: “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió *por* nosotros”. Es esa pequeña palabra “por”. Ahora bien, hay, de hecho, tres preposiciones separadas en griego que se traducen, en términos generales, en la VA por la palabra “por”. En esas tres preposiciones están ligadas dos verdades específicas. Una de esas verdades es que Cristo murió *en nuestro lugar*. Cuando Romanos 5:8 dice, “siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”, el significado es que Él murió en nuestro lugar, Él murió cuando deberíamos haber muerto nosotros, Él estuvo donde deberíamos haber estado. El segundo significado de esa pequeña palabra “por” y el significado enfatizado por otra preposición es este: Él murió *de nuestra parte*, para nuestro beneficio, para asegurar algo indescriptiblemente precioso para nosotros. Él murió, por lo tanto, para la ventaja o el beneficio de otros.

⁷ La palabra en la versión del rey Jacobo de la biblia en inglés es “for”. “But God commendeth his love toward us, in that, while we were yet sinners, Christ died *for* us.” (Romanos 5:8). A la versión del rey Jacobo también se le conoce como la Versión Autorizada. Nota del traductor.

Dos ideas están, por lo tanto, ligadas en estas preposiciones. Primero indican que la expiación de Cristo fue una expiación sustitutiva. Él murió, no por sí mismo, sino por los demás. Y, segundo, lo que Cristo logró fue para el beneficio de otros.

En relación con el significado de estas preposiciones, a veces se hace la distinción entre el sufrimiento activo y pasivo de Cristo. Probablemente sea cierto que la distinción nos ayuda a entender que Cristo pagó por el pecado y también ganó bienaventuranza por nosotros. Sin embargo, la distinción no es del todo adecuada. En todo Su sufrimiento, Cristo estuvo activo. Él era el siervo obediente de Jehová. En el Salmo 40, Él canta: “Él hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado”. Él no soportó pasivamente la ira de Dios que fue derramada sobre Él; Él, por así decirlo, se elevó al cielo y, como un acto propio, hizo descender la ira de Dios sobre sí mismo. Bajó la larga escalera hacia el infierno. Allí construyó un altar y se puso sobre él. Él hundió el cuchillo de la ira de Dios en Su propio corazón. Él era el siervo obediente de Dios. Todo el significado de la expiación de Cristo se encuentra envuelto en esa pequeña palabra “por”.

Teorías pelagianas, romanas y arminianas

No es de extrañar que los arminianos, y aquellos que atribuyen al hombre ciertos poderes que contribuyen significativamente a su propia salvación, deban decir algo acerca de la expiación de Cristo; es inevitable. Ya en los días de Agustín, en el calor de la controversia pelagiana, aquellos que se oponían a la doctrina bíblica de Agustín de la gracia soberana y particular, quienes hablaban de un amor universal de Dios por todos los hombres y, significativamente, de un deseo universal de Dios de salvar a todos los hombres, afirmaban también que la muerte de Cristo tenía que ser para todos los hombres. En apoyo de esa doctrina, apelaron a los mismos textos de las Escrituras

a los que los arminianos apelan hoy. Los arminianos a veces se jactan de tener una nueva visión del evangelio y aquellos que favorecen la expiación universal se jactan de haber visto cosas concernientes a la expiación de Cristo que son de particular importancia y valor. De hecho, su herejía tiene dos mil años de antigüedad.

Además, cualquiera que quiera una expiación universal debe entender que Roma niega la gracia soberana y enseña la salvación por obras. Pero para mantener esa posición con éxito, Roma también enseña una expiación universal. De hecho, Roma ha enseñado eso durante más de mil años. Roma se comprometió con el semipelagianismo en el Sínodo de Orange (529). Roma selló esa decisión con la sangre de Gottschalk (c.805-c.869), un fiel defensor de la redención particular.

Cuando se discutió la expiación de Cristo en los siglos de dominación católico-romana, se discutió de manera bastante interesante. Se discutió desde el punto de vista de la *necesidad* de la expiación. ¿Era realmente necesaria la expiación? Todos los teólogos católicos romanos anteriores al siglo XI, que yo sepa, enseñaron que el sacrificio expiatorio de Cristo era sólo *relativamente* necesario, si es que era necesario. Hablaron del gran amor de Dios. El amor de Dios es tan grande que Él puede fácilmente perdonar pecados sin una expiación. Hablaron de las infinitas profundidades de la misericordia de Dios.

Si Dios quisiera, y si fuera Su voluntad hacerlo, estaría perfectamente en armonía con Su voluntad revelar las riquezas de Su misericordia diciéndole al hombre: “Soy tan misericordioso que no requeriré el pago de tu deuda. Simplemente perdonaré tus pecados”. La expiación no era esencial. La expiación no surgió de la necesidad.

Sin embargo, Anselmo (c.1033-1109), arzobispo de Canterbury, enseñó en su libro *Cur Deus Homo [¿Por qué Dios se hizo hombre?]* que la expiación era absolutamente necesaria, es decir, que no podía haber salvación del pecado

aparte de la muerte de Cristo. Enseñó que la expiación era absolutamente necesaria debido al hecho de que Dios era santo y justo y que el hombre le debía a Dios una deuda que tenía que pagar, y que el hombre no podía pagar. La única manera en que la deuda podía ser pagada era a través del sacrificio del Señor Cristo Jesús. Anselmo tenía tanta razón en su visión de la expiación que toda la estructura de su argumento fue incorporada en el Catecismo de Heidelberg en los días del Señor 4-6. Cuando lees los días del Señor 4-6, casi puedes escuchar a Anselmo hablando.

En el momento de la controversia arminiana en los Países Bajos, los arminianos inventaron una forma adicional de evitar el significado de la expiación y su alcance. Inventaron lo que a veces se llama la Teoría Gubernamental de la expiación. La teoría gubernamental de la expiación también enseña que la expiación de Cristo no era necesaria para la salvación. El sacrificio expiatorio de Cristo es algo comparable a lo que haría un capitán en un barco si su tripulación se amotinara. Si lograba suprimirlos y recuperar el control del barco, todos los culpables serían responsables del motín en alta mar y serían dignos de muerte. Pero si el capitán del barco mataba a todos los dignos de muerte, no podía navegar el barco. Entonces él podría tomar a uno, tal vez el cabecilla, y colgarlo de la percha. El capitán se vuelve hacia la tripulación y les dice: "Ahora vieron esto. Esto es lo que todos ustedes merecen, pero no voy a hacerles esto a todos ustedes, porque soy un capitán misericordioso. Mientras se porten bien y obedezcan las órdenes, y con sus habilidades navegan el barco, no sufrirán el mismo destino que sufrió su compañero". Dios hace lo mismo. Todos merecemos la muerte, pero Dios en Su misericordia nos dice: "Soy un Dios misericordioso y, por lo tanto, tomaré solo a Mi propio Hijo y lo haré morir como un ejemplo para ti de lo que podría hacerte, si no fuera tan misericordioso. Y, por lo tanto, si se comportan y creen en Cristo, si andan en

obediencia, entonces, aunque merezcan morir, los perdonaré y los salvaré. Cristo es el que es testimonio vivo del hecho de que Yo podría matarte, aunque no lo haré". Esa era la teoría de los arminianos y bajo esa teoría general encontraron espacio para un sacrificio expiatorio que era de valor para todos los hombres y significativo para todos. Por lo tanto, todos deben ver lo que Dios podría hacerles. Sin embargo, la misericordia de Dios y el amor por todos ahora hacen que la expiación esté universalmente disponible. Cristo es el gran ejemplo de la voluntad de morir por todos. La salvación ahora descansa en la voluntad del hombre de aceptar la salvación disponible.

Controversias en Escocia, Gales y América

Había otras teorías. No necesito adentrarme en ellas. Pero hay una de significancia que me parece importante. Fue desarrollada por la escuela del francés, Moise Amyraut (1596-1664), sostenida por algunos presentes en la Asamblea de Westminster, impartida por Richard Baxter, y desarrollada por los Marrow men [hombres de la médula] en Escocia en el siglo XVIII. Fue un factor importante en la muerte del calvinismo en Gales también. La importancia radica en su estrecha conexión con la doctrina de la oferta bien intencionada de la salvación.

En la Escocia del siglo XVIII, surgió una controversia sobre la predicación del evangelio. Había algunos en la Iglesia (presbiteriana) de Escocia que creían que la predicación, en términos generales, era fría y abstracta, y conducía al antinomianismo. Ellos abogaban por un discurso más directo y personal del evangelio, que confrontaría al pecador con las demandas del evangelio, pero también con el deseo de Dios de salvarlo. Brevemente, sostuvieron la posición de que el poder del evangelio radicaba en la presentación de Cristo como Aquel que deseaba fervientemente su salvación, los amaba

grandemente y había hecho todo lo posible para hacer posible su salvación; o, para usar su propio lenguaje, “les habían dado por Su muerte una autorización para creer”. Estos hombres de la médula, así llamados, se dieron cuenta de que esta idea requería algún ajuste de la doctrina de la expiación. Y así describieron la expiación de una manera extraña: “Cristo no murió por todos, sino que está muerto por todos”. Querían ser conocidos como calvinistas que creen en la redención particular, pero también querían una oferta de salvación bien intencionada. Para decirlo en otras palabras, el evangelio es una oferta bien intencionada de parte de Dios a todos los hombres basada en la cruz de Cristo en la que él sufrió para poder estar muerto para todos.

La idea se afianzó en Gales. Había una fuerte iglesia calvinista en Gales, al menos en lo que respecta a la doctrina. La iglesia calvinista en Gales tenía defectos en la política de la iglesia porque se estableció bajo la influencia de George Whitefield, pero en doctrina era fuerte. Se aferró a la doble predestinación, a la expiación limitada y a los otros puntos del calvinismo. Hubo algunos destacados predicadores calvinistas en la historia del calvinismo galés. Pero hubo quienes quisieron la bien intencionada oferta del evangelio y vieron que una oferta del evangelio bien intencionada requería una expiación universal en algún sentido, porque Dios no podía ofrecer libremente una salvación a todos sin que esa salvación estuviera, en cierto sentido, disponible para todos. Otros se opusieron a la expiación universal, pero fueron persuadidos de que para predicar el evangelio a los no convertidos y para participar con éxito en la obra misionera, uno tenía que tener una oferta bien intencionada del evangelio. Es decir, uno tenía que predicar, “Dios te ama. Dios quiere salvarte a ti”, a todos los que escuchan el evangelio. Uno tenía que decir eso, de lo contrario no podría predicar.

Todavía hoy es cierto que se acusa a las personas reformadas de que no pueden predicar en el campo misionero o a los no convertidos, excepto por medio de una oferta del evangelio. Debido a que incluso los calvinistas galeses no entendieron los problemas, se desviaron y dijeron: "Sí, eso es cierto. ¿Cómo podemos predicar a menos que podamos decirle a cada hombre, 'Dios te ama, Dios quiere salvarte'?" Pero entonces la gran pregunta fue: ¿Qué derecho tenemos a decirles a los hombres que Dios los ama? La respuesta fue: Cristo murió por todos los hombres.

Tuvimos lo mismo en la historia de nuestras Iglesias Protestantes Reformadas cuando la Iglesia Cristiana Reformada (CRC) en 1924 adoptó la oferta bien intencionada del evangelio como uno de los puntos de la gracia común. La pregunta se les hizo repetidamente, ¿cuál es el fundamento judicial de la gracia de Dios para todos los hombres? ¿Cuál es el fundamento legal de Su amor por todos los hombres? ¿Cómo *puede* amar a todos los hombres cuando todos son totalmente depravados? A esa pregunta nunca se le dio una respuesta satisfactoria hasta que un sínodo de la CRC se negó oficialmente a condenar a un profesor en su seminario que enseñaba que la muerte de Cristo era universal en su extensión, su intención y su suficiencia. Yo estaba en ese sínodo escuchando el debate. Hubo quienes en el piso del sínodo se opusieron vigorosamente a la posición del profesor del seminario que enseñó una expiación universal, que era, de hecho, un profesor de misiones. Él estaba enseñando en las iglesias que la muerte de Cristo era universal con respecto a su suficiencia, su intención y su disponibilidad. El único aspecto particular de la expiación de Cristo que no era universal era su eficacia. Recuerdo que el debate fue bastante acalorado y furioso, pero finalmente uno de los delegados al sínodo se levantó y, en un discurso bastante largo, hizo esta observación: "Hermanos, ¿qué les pasa?

Creemos en la oferta bien intencionada del evangelio, ¿no es así? Y si creemos en la oferta bien intencionada del evangelio, ¿cómo podemos condenar a alguien que enseña una cruz universal de Cristo?" Con eso, el debate había terminado. Se decidió oficialmente que la muerte de Cristo es universal.

Suficiencia

Aquellos que argumentan que, debido a la oferta bien intencionada del evangelio, la expiación tiene que ser universal en algún sentido, enfatizan especialmente la palabra suficiencia. Incluso nuestros credos enseñan que la cruz de Cristo Jesús es suficiente para expiar los pecados de todo el mundo. Por lo tanto, hay que decir algunas cosas sobre la palabra suficiencia. *Los Cánones de Dordt* II:3 dicen:

“Esta muerte del Hijo de Dios es la ofrenda y la satisfacción única y perfecta por los pecados, y de una virtud y dignidad infinitas, y sobradamente suficiente como expiación de los pecados del mundo entero”.

“Vean”, dicen los oponentes de la redención particular, “incluso los cánones enseñan la suficiencia universal”.

Hay que hacer dos observaciones a este respecto. Primero, los padres de Dordt estaban respondiendo a una objeción de los arminianos contra la doctrina de la expiación limitada. Los arminianos acusaron a los reformados: “Ustedes hablan de manera despectiva del sacrificio expiatorio de Cristo, porque limitan su valor”. Lo que los arminianos querían decir era que, al limitar la expiación a los elegidos, estaban limitando la expiación a solo unas pocas personas y, por lo tanto, hablando de una manera insultante sobre la muerte de Cristo. Los teólogos de Dordt rechazaron ferozmente esa acusación. En los cánones II:3, los padres estaban diciendo, en efecto, que “el sacrificio expiatorio de Cristo no debe medirse en términos

cuantitativos, como si pudiera ser medido en pintas, cuartos o galones, o en pulgadas, pies o yardas. “Pero”, y aquí está la diferencia crucial y fundamental, “si uno mira el sacrificio expiatorio de Cristo desde el punto de vista de la dignidad de Aquel que lo hizo, entonces, porque Aquel que sufrió y murió es el Hijo de Dios, Su muerte habría sido suficiente para salvar a toda la humanidad, si Dios así lo hubiera decretado”. Los reformados se negaron a admitir que ponían en duda la maravilla de la muerte de Cristo. De hecho, los reformados insistieron en que no ellos, sino los arminianos hicieron ligereza del sacrificio de Cristo, porque los arminianos hicieron que Su expiación fuera ineficaz porque no pudo salvar a los incrédulos. Algunos por quienes Cristo murió realmente perecieron.

Segundo, todos aquellos que apelan a la palabra suficiencia, como prueba de una expiación universal, usan el término en un sentido completamente diferente al de los padres de Dordt. Toman la palabra suficiencia y sostienen que el término expresa la *intención* de Dios de salvar a todos los hombres. Él ha proporcionado una expiación suficiente para salvar a todos los hombres. La oferta del evangelio es la revelación del amor y la misericordia de Dios hacia todos los hombres arraigados en la cruz, y es por eso que la expiación es suficiente para todos. Así reclaman los arminianos.

De hecho, los padres repudiaron expresamente tal interpretación como totalmente ajena a las Escrituras. Esto se desprende claramente de los cánones II:8:

Porque este fue el consejo absolutamente libre, la voluntad misericordiosa y el propósito de Dios Padre: que la virtud vivificadora y salvadora de la preciosa muerte de Su Hijo se extendiese a todos los predestinados para, *únicamente* a ellos, dotarlos de la fe justificante, y por esto mismo llevarlos infaliblemente a la salvación; es decir: Dios quiso que Cristo, por la sangre de Su cruz con la que Él

corroboró el Nuevo Pacto, salvase eficazmente, de entre todos los pueblos, tribus, linajes y lenguas, a todos aquellos, y *únicamente a aquellos*, que desde la eternidad fueron escogidos para salvación, y que le fueron dados por el Padre...

Note que el artículo está hablando del consejo soberano y de la voluntad y propósito más misericordiosos del Padre. Es decir, los cánones II:8 hablan de la *intención* de Dios en la muerte de Cristo. Esa intención no era salvar a todos los hombres, sino salvar a los elegidos y sólo a estos. La apelación de los arminianos al término suficiente es errónea.

“Mundo” y “todo”

Debo decir algunas palabras a este respecto sobre la apelación a aquellos textos en la Biblia que usan las palabras mundo y todo en relación con la muerte de Cristo. Por ejemplo, Juan 3:16 habla del amor de Dios por el mundo que lo impulsó a dar a Su hijo. Y I Juan 2:2: “Y él [es decir, Cristo] es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de *todo el mundo*”. Nuevamente, en I Timoteo 2:5-6, leemos: “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por *todos*, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo”. No quiero decir demasiado sobre estas cosas porque me parece que estamos tratando con tales fundamentos de la fe cristiana que cualquiera que piense en el asunto debería saberlo mejor. Pero permítanme decir algunas palabras al respecto, sin embargo, para que no se me acuse de esquivar el tema.

En primer lugar, la palabra “mundo” se encuentra con mayor frecuencia en los escritos de Juan, en su evangelio y en sus epístolas, particularmente en su primera epístola. Cuando Juan usa la palabra mundo, lo hace porque está tan asombrado por la grandeza del sacrificio

expiatorio de Cristo, porque la cruz es de significado cósmico. El cielo y la tierra reverberaron con el poder de la muerte de Cristo Jesús. ¿Qué quiere decir Juan? Él quiere decir, primero, que cuando Cristo murió por el mundo, murió por el mundo de la raza humana. No deben pensar que es para judíos, o galeses, holandeses o alemanes solamente. Él murió por el *mundo*. Pero el mundo por el cual murió es el mundo de la elección eterna: el mundo verdadero, el decreto eterno del mundo de Dios, el mundo que se reúne por la predicación del evangelio a través de todas las edades de los tiempos, el mundo que Dios determinó salvar desde toda la eternidad. Dios no es un Dios estrecho que limita su salvación a unos pocos; Dios salva al mundo.

Ustedes dirán: “Sí, pero toda la humanidad pertenece al mundo”. Esto no es cierto desde el punto de vista del consejo de Dios. El mundo es el mundo de la elección soberana: el mundo es el mundo que Él le dio a Cristo. Este es el mundo que Él ama, la verdadera raza humana. Los réprobos son el andamiaje que Dios usa para construir el templo de la iglesia elegida por la predicación del evangelio. Son la paja que al final de los tiempos se separará del trigo. Dios salva a toda la raza humana, así como el agricultor salva toda su cosecha de trigo, aunque primero debe separarse de la paja. Es por eso que Juan 3:16 agrega, “para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Solo los elegidos creen en Cristo.

Segundo, como Pablo señala en Colosenses 1:20, Dios reconcilia todas las cosas consigo mismo por la muerte de su hijo en la cruz. Él reconcilia no solo al mundo elegido, la iglesia reunida de toda nación, tribu y lengua; Él reconcilia consigo toda la creación terrenal. Él estableció su pacto con Noé y puso el arcoíris en las nubes como un signo de las implicaciones universales de la muerte de Cristo. Cristo murió por el universo: el poder de su muerte es cósmico.

Tercero, Pablo también deja claro en Colosenses 1:20 que tan grande es el sacrificio expiatorio de Cristo que, maravilla de maravillas, Dios reconcilió consigo mismo las cosas en la tierra y en el cielo. La creación celestial, en la que el pecado había entrado a través de la rebelión de Satanás, Dios la reconcilia consigo mismo en la muerte de su Hijo. Pero no sólo la creación celestial se salva; también el mundo de los ángeles elegidos que, como dice nuestra Confesión Belga, permanecieron de pie por la gracia de Dios (Artículo 12). Por lo tanto, los ángeles permanecen de pie por la gracia de Dios que viene sólo a través de la cruz de Cristo. Todas las cosas en el cielo y en la tierra son reconciliadas con Dios por la muerte de Cristo Jesús. Juan ve el grandioso, amplio, omnicomprensivo poder de la obra expiatoria de Cristo en ese momento en que él murió en la cruz y dijo: Consumado es (Juan 19:30). El cielo y la tierra reverberaron con los poderosos efectos del sacrificio expiatorio de Cristo Jesús. Los arminianos nunca pueden acusar a los reformados por ser estrechos. Tenemos una concepción mucho más grandiosa y gloriosa del poder de la cruz de lo que es posible para un arminiano.

Así sucede con la palabra “todo”. No fue hace mucho tiempo que en *Grand Rapids Press* hubo una historia de un gran incendio en una parte de la ciudad. Esta declaración apareció en esa historia: “Todo Grand Rapids estaba allí”. ¿Todos de las casas de descanso? ¿en los hospitales? ¿Cada bebé en brazos? ¿Cada madre que da a luz a un bebé? ¿Cada persona vieja y postrada en cama? Eso no es lo que la prensa quiso decir. ¿Fue una hipérbole? ¿Fue una exageración innecesaria? No, la prensa quiso decir correctamente que el incendio era tan grande y de tal magnitud que cada parte de Grand Rapids estaba representada allí. Había gente de los extremos sureste y suroeste, así como de otras partes de la ciudad; había adultos presentes, jóvenes y niños; había blancos, negros y mexicanos que vinieron a ver el incendio. Los ricos y los

pobres estaban presentes. No hubo un solo aspecto de la vida multicultural de la ciudad de Grand Rapids que no estuviera representado en ese incendio. Cuando las Escrituras nos dicen que Juan el Bautista estaba bautizando en el río Jordán, y “toda Judea” (Mateo 3:5) vino a Juan para escucharlo y ser bautizada por él, el significado no es que todos y cada uno de los hombres, mujeres, niños y bebés en brazos vinieron al Jordán para escuchar a Juan predicar y ser bautizados por él. A nadie se le ocurriría afirmar que la Escritura usa ese tipo de significado. Lo que las Escrituras quieren decir es que representantes de toda la provincia de Judea vinieron a Juan. Y así, la Escritura, al hacer uso del término “todo”, habla de toda clase de hombres, como es obvio en el contexto de I Timoteo 2:5-6 (cf. vv.1-2). Dios salva a la raza humana; Dios salva la mayor variedad infinita de personas de diferentes naciones y tribus y lenguas, de diferentes caracteres y personalidades, de diferentes estratos de la sociedad y la edad. Se reconcilian en la sangre de la cruz para amalgamarlos juntos en la verdadera raza humana, concebida por Dios desde toda la eternidad en Su decreto de elección y salvada en el poder de la cruz.

Unión con Cristo

El poder de la cruz es nuestro porque en esa cruz ustedes y yo estábamos representados. Estábamos en Cristo. Hay un himno (no me gusta), cuya letra dice así: ¿Estabas allí cuando crucificaron a mi Señor? No me interesa esa pregunta; es la pregunta equivocada. Es una pregunta que nadie debería hacerse: ¿Estabas allí cuando crucificaron a mi Señor? De hecho, históricamente, yo no estuve allí. Pero si quieres decir, ¿Yo, por mi naturaleza pecaminosa participo en el horror de crucificar al Hijo de Dios? La respuesta es: sí, yo estaba allí, realizando el mismo acto cobarde que los judíos, con la connivencia de Herodes y Poncio Pilato, estaban realizando. Más bien, la pregunta

es: ¿estabas en Cristo cuando crucificaron a mi Señor? Esa es la pregunta para ti: ¿Estabas en Cristo? Estar en Cristo es el único punto importante.

Esa pregunta me lleva a una asombrosa y maravillosa doxología del apóstol Pablo, al concluir el capítulo 2 de su epístola a los Gálatas, después de afirmar la doctrina de la justificación solo por la fe: “Con Cristo estoy juntamente crucificado”. Ese es el grito de triunfo que levanta. Cuando Cristo estaba colgado en la cruz, yo fui crucificado; yo, muerto, depravado, atado al infierno, pecador indigno. Yo estaba colgado allí en la cruz. Lo sé y lo creo porque Él estuvo en mi lugar. Él me representó; Él era mi representante judicial. Morí en Adán porque pequé en Adán. Pero estoy crucificado con Cristo, y porque fui crucificado con Cristo, vivo.

Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gálatas 2:20).

Durante esta vida, camino en este valle de sombra de muerte. Soy pecador y propenso al mal. Mi camino termina en la tumba. Estoy rodeado de muerte y saboreo la muerte todos los días. Pero estoy crucificado con Cristo. Por lo tanto, vivo, pero es Cristo quien vive en mí. Esa vida es mía por fe, porque Él no sólo murió por mí, sino que resucitó a una nueva vida. Esa vida es mía. Esa es la confesión personal del hijo de Dios.

Por lo tanto, solo tenemos una canción para cantar. Es la canción del mismo apóstol Pablo en la misma epístola a los Gálatas, cuando concluye su epístola: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (Gálatas 6:14).

Depravación total



Prof. David J. Engelsma

... sin mí nada podéis hacer (Juan 15:5b)

Introducción

Pocos años después de que comenzara la Reforma en 1517, un prominente erudito y eclesiástico atacó la Reforma. Por desgracia, debo reconocer que ese enemigo de la Reforma era un holandés, Erasmo de Rotterdam. No atacó la Reforma a causa de la condena del papado por parte de la Reforma, por el rechazo de la Reforma de los cinco sacramentos añadidos por Roma a los dos instituidos por Cristo Jesús, por la crítica de la Reforma a la misa, por la exposición de la Reforma de la inmoralidad del clero, o por la condena de la Reforma de muchos otros errores flagrantes de la Iglesia Romana. Erasmo atacó a la Reforma por negar que la voluntad del hombre natural es libre, es decir, por enseñar que la voluntad del hombre no salvo está esclavizada al pecado para que sea incapaz de elegir a Dios, a Cristo y al bien.

En diciembre de 1525, 8 años después de que Lutero clavara las noventaicinco tesis en la puerta de la iglesia y así comenzara la Reforma, Lutero respondió al ataque de Erasmo a la Reforma con un gran libro titulado, *La esclavitud de la voluntad*. Este es un gran libro en todos los aspectos. El mismo Lutero al final de su vida juzgó este libro como uno

de los dos o tres de sus libros que valía la pena salvar y él había escrito bibliotecas de libros. El libro es placentero y edificante. Es placentero debido al estilo vigoroso de Lutero. Es edificante debido a la doctrina de las Escrituras que Lutero enseña en el libro. Y es edificante e importante sobre todo porque en este libro Lutero indica el tema principal de la Reforma.

En el libro, Lutero felicitó a Erasmo, que solo Erasmo, entre todos los oponentes de Lutero (y para entonces eran legión), había abordado el verdadero tema de la Reforma.

Además, hay otra cosa por la cual te alabo [i.e., a Erasmo] y te exalto en gran manera: de todos mis adversarios, tú eres el único que atacó el problema mismo, esto es, la puna esencial de mi doctrina, y que no me cansó con aquellas cuestiones periféricas acerca del papado, del purgatorio, de las indulgencias y otras por ese estilo que son bagatelas más bien que cuestiones serias, con las cuales hasta el momento casi todos trataron de darme caza, si bien en vano. Tú, solamente tú llegaste a discernir el punto cardinal.⁸

¿Y qué era a juicio de Lutero el “punto cardinal”? ¡La negación de la Reforma de la libertad de la voluntad del hombre natural! La falsa doctrina de la libertad de la voluntad como lo enseñó la iglesia apóstata en ese momento, y como lo enseña la Iglesia Católica Romana aún hoy, es la enseñanza de que el hombre caído conserva la capacidad espiritual y la bondad para desear y elegir a Cristo Jesús cuando se le presenta en la predicación del evangelio. Esto la Reforma lo negó como el corazón mismo del error romano. En cambio, la Reforma enseñó que la voluntad del hombre está tan bajo el dominio de Satanás y el pecado que la voluntad del hombre solo puede rechazar

⁸ Martin Lutero, *De Servo Arbitrio*, 142. Publicado en línea por www.escriturayverdad.cl.

a Dios como Dios se revela en la creación y solo puede rechazar a Cristo Jesús como Cristo Jesús se da a conocer en las Escrituras.

Lo sorprendente de la lucha por el libre albedrío entre Erasmo y Lutero es que Erasmo tuvo cuidado de no atribuir mucho al poder del libre albedrío del pecador. Erasmo atribuyó a la voluntad del hombre inconverso solo un poco de bondad y un poco de poder. Esta fue la descripción de Erasmo del libre albedrío: “Yo concibo el libre albedrío como un poder de la voluntad humana por el cual un hombre puede aplicarse a aquellas cosas que conducen a la salvación eterna, o alejarse de la misma”.

En contraste con la poca habilidad que Erasmo atribuyó al libre albedrío, ¡cuán audaces se atreven los defensores protestantes del libre albedrío hoy! Los defensores protestantes del libre albedrío atribuyen gran bondad y poder casi ilimitado a la voluntad del pecador no salvo. Según gran parte del protestantismo actual, la voluntad del pecador es capaz de aceptar a Jesús cuando, como dicen, Jesús es ofrecido a todos en la predicación del evangelio. La voluntad es poderosa para abrir el corazón a Jesús, que está llamando frenética e impotentemente a la puerta de ese corazón. La voluntad es capaz de tomar una decisión de la cual depende la salvación, la eficacia de la muerte de Cristo, e incluso la decisión eterna de Dios a favor o en contra de un pecador. Todo depende del poder del libre albedrío. De hecho, según gran parte del protestantismo, la voluntad del pecador es todopoderosa. Es capaz de resistir la voluntad de Dios, porque, según ellos, Dios quiere la salvación de muchos, que por su oposición frustrarán y resistirán a Dios mismo.

Erasmo, por hereje que fuera, y la Iglesia Romana del siglo XVI, corrupta como era, se habrían avergonzado por la exaltación de los poderes del libre albedrío del pecador por parte de muchos protestantes de hoy.

La importancia de la esclavitud de la voluntad

Uno solo puede imaginar la violencia del lenguaje de Lutero si tuviera que lidiar con la enseñanza del libre albedrío como lo proponen muchos protestantes hoy en día.

Lutero tenía razón acerca de la importancia fundamental de la verdad de la esclavitud de la voluntad. Es básico para el evangelio de la salvación solo por gracia. Cualquier mensaje acerca de Cristo Jesús y la salvación que se base en la enseñanza de la libertad de la voluntad es otro evangelio. Es un evangelio falso. Ese no es simplemente mi juicio; es el juicio del apóstol en Romanos 9:16, la salvación “no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia”.

Esto indica la importancia de la doctrina de la depravación total, porque la verdad de la esclavitud de la voluntad es simplemente un aspecto, el aspecto *crucial* de la doctrina de la depravación total. La cuestión es esta: si pierden la verdad de la depravación total, pierden la verdad de la esclavitud de la voluntad humana. Si pierden la verdad de la esclavitud de la voluntad humana, perderán el evangelio de Cristo Jesús. Esta será nuestra preocupación en este capítulo: la importancia de la depravación total para el evangelio de la gracia.

El mundo erudito e incrédulo no entiende esto. El mundo erudito e incrédulo ataca la enseñanza de la depravación total como resultado de un defecto psicológico en lo que el mundo llama calvinistas “sombrios” o “pesimistas”. Uno podría responder, especialmente a la luz de las terribles atrocidades del siglo XX, las atrocidades del nazismo de Hitler, las atrocidades de Stalin en la Unión Soviética, las atrocidades de Mao en China y, a la luz de los horrores indescriptibles que han tenido lugar en África y en el Medio Oriente, y a la luz del hundimiento de la civilización occidental hoy en las profundidades de la

depravación al aprobar la perversidad de la homosexualidad: que aquellos que confiesan la depravación total no son pesimistas, sino realistas. La confesión de la depravación total no tiene nada que ver con una perspectiva pesimista de la vida. Más bien, la depravación total es el juicio humillante del evangelio sobre el pecador impío para que, por la gracia de Cristo obrando a través de este mismo juicio, pueda creer en Cristo Jesús y ser salvo.

Aunque esta es nuestra principal preocupación con la doctrina de la depravación total, como fue la principal preocupación de la Reforma, hay otra cuestión importante en juego en la negación de la depravación total. Este otro tema es la negación de la depravación total para atribuir a los pecadores no regenerados la capacidad de hacer obras genuinamente buenas en el ámbito de la sociedad civil en virtud de una gracia común de Dios. Se supone que esta habilidad justifica la cooperación de los creyentes con los incrédulos para establecer una cultura buena y piadosa, incluso un reino terrenal de Dios. Este fue el proyecto del teólogo holandés Abraham Kuyper en su enseñanza de la gracia común a principios del siglo XX, como lo es el proyecto de Richard Mouw en su reciente libro.⁹

La depravación total es negada por medio de una doctrina de gracia común. Aquellos que sostienen esta enseñanza sostienen que hay una gracia de Dios, muy aparte de Cristo Jesús, que permite a todos los seres humanos sin excepción hacer buenas obras, para que las personas no regeneradas puedan construir una buena sociedad. Debido a esta gracia, que permite a los malvados hacer buenas obras, la iglesia, dicen, puede y debe cooperar con el mundo incrédulo en esta gran empresa. El resultado de esta enseñanza de la gracia común y, por lo tanto, la

⁹ Richard Mouw, *He Shines in All That's Fair* [Él brilla en todo lo que es justo] (Grand Rapids: Eerdmans, 2001).

negación de la depravación total ha sido la mundanalidad de la iglesia y la pérdida de la separación espiritual entre el creyente y el incrédulo, como lo demuestran los últimos cien años.

Mi preocupación es la verdad y la necesidad de la depravación total con respecto a la esclavitud de la voluntad y, por lo tanto, con respecto al evangelio de la gracia. Una vez más, escuchemos la enseñanza de Cristo Jesús en el evangelio de Juan. Jesús enseña la depravación total en la segunda parte del versículo 5 de Juan 15: “sin mí nada podéis hacer”.

Haciendo humilde al hombre

Como si fuera una especie de redención por haber producido a Erasmo, los Países Bajos también produjeron la explicación y defensa más clara, completa y más fuerte de la doctrina de la depravación total. Me refiero, por supuesto, al Sínodo de Dordt a principios del siglo XVII, y a las decisiones doctrinales producidas por el Sínodo de Dordt, que se llaman *Cánones*. Los *Cánones* se expresan sobre el asunto de la depravación total en el tercer y cuarto encabezado, o capítulos, de la doctrina. De hecho, la frase, depravación total, no aparece en estos *Cánones*. Pero la descripción de la condición espiritual del pecador caído sin Cristo Jesús, ciertamente se expresa con precisión con la frase, depravación total.

Los *cánones de Dordt* confesaron una depravación total para resolver una controversia doctrinal y espiritual que había tenido lugar en las Iglesias Reformadas en los Países Bajos a finales del siglo XVI y principios del siglo XVII. La lucha de las Iglesias reformadas en los Países Bajos que condujo al Sínodo de Dordt, y que ocasiono el trabajo del Sínodo de Dordt, particularmente con respecto a la doctrina de la depravación total, ilustra perfectamente la verdad de la insistencia de Lutero de que la esclavitud de

la voluntad, arraigada en la depravación total, es esencial para el evangelio. Los ministros y teólogos heréticos en los Países Bajos negaban la depravación total, y negaban la depravación total en interés de su enseñanza de que la salvación depende de la libre elección de la voluntad del pecador. Su evangelio corría así. Dios ama a todos sin excepción. En ese amor por todos sin excepción, Él desea sinceramente salvar a todos sin excepción. En consecuencia, Él dio a Cristo Jesús para morir por todos sin excepción. Y ahora, en la predicación del evangelio, en ese amor que Dios tiene por todos sin excepción, se ofrece a Cristo y la salvación a todos sin excepción. La salvación real del pecador, sin embargo, depende de la voluntad del pecador. El pecador debe aceptar esta oferta de Cristo Jesús, y sólo si acepta nacerá de nuevo y será salvo. Solo entonces la muerte de Cristo Jesús tiene algún poder para él, y solo entonces se lleva a cabo la elección de Dios de él para salvación.

Según aquellos que estaban enseñando este falso evangelio en los Países Bajos, cada pecador tiene la capacidad de libre albedrío porque la humanidad caída no es totalmente depravada. La caída de Adán dejó a la raza humana depravada, pero no totalmente. El hombre caído conserva la capacidad de un libre albedrío, es decir, una voluntad capaz de aceptar al Cristo ofrecido y elegir la salvación de Dios.

Toda la controversia, que convulsionó no sólo a los Países Bajos sino también a Europa, comenzó, de hecho, cuando el hereje principal, Jacobo Arminio, en un sermón sobre el capítulo siete de la epístola de Pablo a los Romanos, explicó que Romanos 7 describía, no a un hombre convertido, sino a un hombre no convertido, no a un humano regenerado, sino a un humano no regenerado. Pero Romanos 7 tiene a este hombre diciendo, “yo quiero hacer lo bueno”, e incluso, “me deleito en la ley de Dios”. Si el que habla en Romanos 7 es un hombre inconverso, no

salvo, perdido, el individuo inconverso, perdido *tiene* un libre albedrío, una voluntad que puede y elige a Dios, a Cristo y el bien.

Vale la pena señalar que dentro de los setenta y cinco años después de que Lutero escribió *La esclavitud de la voluntad* en 1525, explicando que el tema principal en la Reforma era el asunto de la libertad o esclavitud de la voluntad, las Iglesias Reformadas estaban preocupadas por la misma herejía que Lutero condenó en *La esclavitud de la voluntad*. Satanás está decidido a destruir el evangelio, y en su determinación de destruir el evangelio, Satanás está decidido a destruir la verdad de la depravación total. Él tiene un aliado en la naturaleza pecaminosa de cada uno de nosotros. La naturaleza humana encuentra objetable la verdad de la depravación total. El Sínodo de Dordt condenó la enseñanza de la libertad de la voluntad y estableció la doctrina clara y bíblicamente fundamentada de la depravación total, incluida la esclavitud de la voluntad. Acerca del hombre caído, el Sínodo de Dordt dijo esto: el hombre caído tiene “maldad, rebeldía y dureza en su voluntad y en su corazón” (Cánones III / IV: 1). Los cánones continuaron diciendo:

... Todos los hombres son... muertos en pecados y esclavos del pecado; no quieren ni pueden volver a Dios, ni corregir su naturaleza corrompida, ni por ellos mismos mejorar la misma, sin la gracia del Espíritu Santo (III/IV:3).

Pero el sínodo no tenía ningún interés independiente en esta verdad, como si un grupo de calvinistas pesimistas se reuniera en 1618 y 1619 en los Países Bajos, para frotar la nariz del hombre en el barro. Más bien, el sínodo confesó la depravación total con el propósito de defender y proclamar la salvación por la gracia soberana de Dios en Cristo Jesús. Esto se desprende del artículo 10 de los encabezados III y IV de los *Cánones*:

Pero que otros, siendo llamados por el ministerio del Evangelio, acudan y se conviertan, no se tiene que atribuir al hombre como si él, por su voluntad libre, se distinguiese a sí mismo de los otros que son provistos de gracia igualmente grande y suficiente (lo cual sienta la vanidosa herejía de Pelagio); si no que se debe atribuir a Dios, quien, al igual que predestinó a los suyos desde la eternidad en Cristo, así también llama a estos mismos en el tiempo, los dota de la fe y del arrepentimiento y salvándolos del poder de las tinieblas, los traslada al reino de Su Hijo, a fin de que anuncien las virtudes de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable, y esto a fin de que no se gloríen en sí mismos, sino en el Señor, como los escritos apostólicos declaran en diferentes lugares.

En esta confesión de la depravación total, los *Cánones* solo defendían y expandían lo que anteriormente se había confesado en la Confesión belga. En el artículo 14 de la Confesión Belga, la Iglesia Reformada de las Tierras Bajas, los Países Bajos y lo que hoy es Bélgica, confiesa: “Por lo cual rechazamos todo lo que contra esto se enseña sobre el libre albedrío del hombre, ya que el hombre no es más que un esclavo del pecado, y no tiene cosa alguna de sí mismo, si no le es dado del cielo”. El artículo concluye así: “Porque no hay entendimiento ni voluntad conformes al entendimiento y la voluntad de Dios, si Cristo no los ha obrado en el hombre”.

El artículo en la Confesión Belga asegura su condena de la falsa doctrina de la libertad de la voluntad citando las palabras de Cristo en Juan 15:5: “lo cual nos lo enseña Él diciendo: ‘Porque separados de mí nada podéis hacer’”. En este texto, Cristo enseña la doctrina de la depravación total. Cristo enseña la depravación total clara y concluyentemente. Cristo está describiendo a hombres y mujeres caídos; Cristo está describiendo a *todos* los seres humanos caídos, no salvos, porque Él se está refiriendo a los seres humanos que están *separados de Él*. Estas son las

personas que no están unidas a Él por la gracia regeneradora del Espíritu Santo en el vínculo de la fe. Cristo Jesús hace pasar este juicio sobre toda la raza humana que está naturalmente separada de Él: ellos no pueden hacer nada.

Jesús estaba enseñando que los hombres que están separados de Él no pueden realizar buenas obras. Esto es lo que Jesús quiso decir con nada: nada que agrade a Dios; nada que Dios apruebe; nada que Dios llame bueno. Por lo tanto, los hombres no pueden hacer nada que sea bueno, porque solo lo que es aprobado por Dios es bueno.

Obviamente, los seres humanos pueden hacer muchas cosas terrenales sin Cristo Jesús. Pueden comer y beber; pueden trabajar y dormir; ellos construyen civilizaciones; pueden hacer muchos inventos; pueden adorar ídolos; pueden tomar el nombre de Dios en vano; pueden profanar el día de reposo; pueden negar la doctrina de la depravación total, y pueden hacer muchas otras cosas más. La unión con Cristo no es necesaria para *estas* actividades.

El contexto en Juan 15 muestra que Jesús se refirió al “dar fruto” de sus discípulos, lo que glorifica a Su Padre celestial. “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí” (Juan 15:4). Después, Él dijo, “separados de mí nada podéis hacer”. La fructificación es la realización de *buenas* obras. Con respecto a las *buenas* obras, nadie que esté separado de, o sin, Cristo Jesús puede hacer nada en absoluto.

Estas buenas obras que nadie puede hacer sin Cristo Jesús consisten en el aspecto externo de nuestras obras, ese aspecto de nuestras obras que nosotros y otras personas vemos: fidelidad a la esposa o esposo de uno; asistir a la iglesia; honestidad en los negocios; dar dinero a la caridad;

escribir un buen libro; dar un discurso; asistir a una conferencia reformada; el canto de Salmos. Pero también se incluye el aspecto interno de la obra, lo que otros seres humanos no pueden ver: la actitud y el motivo del corazón hacia Dios y hacia el prójimo; el pensamiento de la mente; los deseos y propósitos de la voluntad. Este aspecto interno también es parte de cada obra que hace un ser humano.

Los hombres y mujeres caídos, Jesús enseña, no pueden hacer *nada* bueno. Las palabras de Jesús son una condenación total de las obras de los hombres, es decir, las obras de los hombres que están separados de Cristo Jesús. Todas las obras de todos estos hombres son pecaminosas, y todas las obras de todos los hombres son *totalmente* pecaminosas. Si las obras no son buenas, son malas, son pecaminosas. Jesús no dijo: “Sin mí no podéis hacer mucho, sin mí sólo podéis hacer muy poco”, sino más bien, “separados de mí *nada* podéis hacer”. Toda la obra es pecaminosa, el aspecto interno y el aspecto externo. No hay absolutamente nada bueno en las obras de los seres humanos separados de Cristo.

Cuando las personas se oponen a la doctrina de la depravación total e insisten en que los hombres separados de Cristo todavía son capaces de hacer algo bueno, son tan audaces que contradicen a Cristo Jesús mismo. Esta oposición se encuentra entre las iglesias y teólogos presbiterianos, reformados y nominalmente calvinistas. Casi toda la comunidad calvinista insiste en que los hombres y mujeres que no son regenerados y, por lo tanto, en el lenguaje de Juan 15:5, separados de Cristo Jesús, pueden hacer algo bueno y, de hecho, realizar algunas buenas obras. Estas iglesias y teólogos se ponen en contra de esas pocas iglesias, ministros y personas que niegan que los seres humanos caídos sean capaces de hacer algún bien con el reproche, “hipercalvinistas”, “extremistas”. En sus escritos, conversaciones, conferencias e incluso decisiones sinodales, la comunidad reformada prácticamente

excomulga a aquellos que mantienen la depravación total de la koinonía de la comunidad reformada.

Esto es extremadamente extraño. Es extremadamente extraño que la comunidad reformada condene a las iglesias por enseñar que todas las obras de personas no regeneradas son pecaminosas, pecaminosas por completo. La depravación total del hombre natural era, como Lutero enseñó al protestantismo en *La esclavitud de la voluntad*, el tema de la gran lucha de la Reforma. Cada credo reformado enseña la depravación total del hombre no regenerado. Cada credo reformado y presbiteriano enseña que el hombre natural es incapaz de hacer *algo* bueno.

Qué extremadamente engañoso y vergonzoso que casi toda la comunidad reformada, para justificar su grave desviación de esta verdad fundamental del evangelio, corrompa el lenguaje. (La corrupción del lenguaje en aras de enseñar la mentira siempre ha sido la característica y táctica del modernismo teológico). “Nosotros creemos en ‘la depravación total’”, dice la comunidad reformada. “Pero entendemos por ‘depravación total’ simplemente que cada parte del ser humano caído es malvada y depravada. Parte de él es su mente; eso es en parte depravado. Parte del hombre es su voluntad; eso es en parte depravado. Parte del hombre son sus sentimientos; sus sentimientos son en parte depravados. Parte del hombre es su cuerpo; su cuerpo es parcialmente depravado. Debido a que cada parte de él es parcialmente depravada”, dicen ellos, “enseñamos la depravación total”.

El ejemplo que ilustra lo que la comunidad reformada entiende por “depravación total” es este: Hay una canasta de manzanas, y cada manzana en esa canasta está parcialmente podrida, pero también cada manzana en la canasta sigue siendo parcialmente sana o buena.

Consideremos lo que esta explicación de la depravación total implica con respecto al hombre natural o

no salvo. Si la depravación total ahora simplemente significa que cada parte del hombre está manchada por la maldad, pero que cada parte del hombre aún conserva algo de bondad, la *voluntad* del hombre aún conserva algo de bondad, todavía tiene alguna habilidad, de hecho, la capacidad de elegir a Cristo cuando Cristo es presentado en el evangelio.

Esta explicación de la depravación total por parte de la comunidad reformada no sólo es la negación de la enseñanza bíblica y del credo de la depravación total, sino que también es una degradación deshonrosa del lenguaje. Esto no es lo que la iglesia reformada quiso decir con depravación total: que cada manzana en la canasta está parcialmente podrida. Lo que la fe reformada siempre ha querido decir con depravación total es que cada manzana en la canasta está completamente podrida, y que no hay absolutamente un pedazo bueno en ninguna de las manzanas en absoluto. Toda la mente del hombre se oscurece, y toda la voluntad del hombre está en rebelión. Todos sus sentimientos son desordenados, y su cuerpo es completamente el agente de su duro corazón como un siervo de la iniquidad.

La explicación de la mayoría de los de la comunidad reformada de la depravación “total” no es lo que queremos decir con la palabra “total” en nuestro lenguaje cotidiano. Supongamos que te debo tres facturas, tres deudas, y pongo un cheque en el correo con una carta. La carta dice: “Aquí está el pago total de mi deuda”. Pero cuando examinas el cheque, descubres que el cheque cubre parte de cada una de las tres deudas. No tengo ninguna duda de que me educarías en cuanto al significado de la palabra “total” a toda prisa. Total, significa completo, cada centavo de la deuda, y esto es lo que significa la palabra total en la confesión de la iglesia de la depravación total.

No estamos abrumados por el reproche de la comunidad reformada por confesar la depravación total.

Este es un reproche que con gusto soportamos por causa de Cristo Jesús. Nuestro Señor dijo, “separados de mí nada podéis hacer”, y nuestra confesión de depravación total es simplemente la confesión de esta enseñanza del Señor.

Y los apóstoles de Jesús, los discípulos a quienes Él les enseñaban la depravación total en Juan 15, fueron fieles a la enseñanza del Señor concerniente a la depravación total del hombre natural. En Romanos 3:10-18, el apóstol pasa sobre los hombres caídos la devastadora acusación de que “No hay quien busque a Dios... No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”, citando el Salmo 14. II Corintios 3:5 niega que seamos suficientes por nosotros mismos incluso para pensar algo que sea bueno.

Efesios 2:3 confiesa que los hombres no salvos son carnales, es decir, pecaminosamente corruptos. Romanos 8:7-8 enseña que “los designios de la carne son enemistad contra Dios”, y que “los que viven según la carne” (“según la carne”, es la descripción de Pablo de las personas no salvadas, las personas no regeneradas, *todas* las personas no regeneradas, no solo los habitantes de los barrios marginales, sino también los aristócratas que beben té levantando sus meñiques en el aire, todos los seres humanos separados de Cristo Jesús) “no pueden agradar a Dios”.

Toda esta abrumadora descripción apostólica de la depravación total no es más que una explicación adicional de las palabras de Jesús en Juan 15:5: “separados de mí nada podéis hacer”.

En el texto, Jesús enseña que los hombres son *incapaces* de hacer algo bueno. Aquí hay mucho más que solo una condena de las obras del hombre. Jesús condenó al hombre mismo. La *Incapacidad* para hacer lo bueno se refleja sobre la naturaleza del hombre, lo que somos, cuerpo y alma. La verdad de la condición espiritual del hombre por naturaleza sale a relucir en la figura que Jesús usa en Juan

15: la figura de la vid y los pámpanos. Un pámpano que está separado de la vid es un palo muerto en el suelo. Un palo muerto en el suelo no produce ningún fruto, y no produce ningún fruto porque no *puede* producir ningún fruto. La naturaleza de la rama separada de la vid es el problema. Lo mismo ocurre con todos los seres humanos, incluido nosotros por naturaleza.

Cuando Adán pecó, se separó de Dios, el bueno y la fuente de toda bondad. Sí, y Dios castigó a Adán desterrándolo de Sí mismo, particularmente de Dios revelado en el árbol de la vida. Adán perdió la bondad con la que Dios lo había creado. Adán perdió todas las habilidades espirituales con las que fue capacitado y ennoblecido por su creación. La naturaleza de Adán se volvió impía. Todo su ser humano se volvió incapaz de cualquier bien. Adán murió espiritualmente. Adán era un palo muerto en el suelo en el paraíso, separado de la vid, que es Dios.

Porque Adán era la cabeza de la raza humana, como dice Romanos 5:12ss. Todo ser humano viene al mundo depravado por la naturaleza, incapaz de cualquier bien. Ese es el testimonio del Salmo 51:5: "He aquí, en maldad he sido formado, Y en pecado me concibió mi madre". Cada ser humano viene al mundo por concepción natural y el nacimiento es un palo muerto, y la muerte es la misma palabra y realidad que la Escritura usa para describir la condición de depravación total: "muertos en delitos y pecados" (Efesios 2:1).

Este es el juicio humillante de Jesús sobre cada ser humano. Este es Su juicio humillante sobre nosotros.

Este juicio de Jesús sobre nosotros es resistido; resistido vigorosamente. No voy a mencionar ahora la resistencia a él por parte del mundo incrédulo, pero llamo la atención sobre la resistencia a este juicio sobre la raza humana por parte de los cristianos nominales. Este juicio es resistido por la enseñanza del modernismo sobre la bondad

del ser humano. El modernismo hace que la gracia de Dios y la expiación de Cristo Jesús sean completamente innecesarias para la realización de buenas obras e incluso para el cumplimiento de la salvación. El modernismo se jacta de que podemos hacer todas las cosas *separados de* Cristo Jesús.

El juicio de Jesús es resistido también por el error más sutil del libre albedrío. Esta es la enseñanza de que, aunque el pecador es incapaz de hacer mucho bien, todavía tiene la capacidad de elegir a Cristo Jesús, o tomar una decisión por Cristo, o abrir su corazón para dejar que Jesús entre. Es decir, tiene la capacidad de creer en Cristo Jesús cuando se le presenta en el evangelio. Y de acuerdo con el sutil error del libre albedrío, de este acto del libre albedrío depende la salvación del pecador. Dios salvará al pecador, Dios lo unirá a Cristo, Dios lo llevará al cielo, si solo el pecador ejerce su libre albedrío para aceptar y elegir a Cristo Jesús.

Los Arminianos en Dordt fueron extremadamente sutiles en su presentación de este error, tan sutiles que me encuentro maravillado por la presencia y la sabiduría del Espíritu de Cristo en ese sínodo. Los arminianos no enseñaron simplemente que el hombre naturalmente tiene un libre albedrío que es capaz de creer en Cristo Jesús. Los arminianos decían que el hombre no tiene la capacidad en sí mismo para creer en Cristo Jesús. Pero enseñaron que Dios da Su gracia a todos los seres humanos por igual, para permitir que todos los seres humanos crean en Cristo Jesús, si tan solo lo desean. Ellos admitieron que el hombre caído necesita ayuda para creer, la ayuda de la gracia de Dios. Pero, según ellos, la gracia de Dios es común a todos, dando esa ayuda y permitiendo a todos creer en Jesús. Pero todavía depende de la voluntad del pecador si se valdrá de esa ayuda de la gracia de Dios y elegirá creer en Cristo Jesús.

Tal es la importancia de esta noción de libre albedrío, que es la pieza central del otro evangelio en vez del evangelio de la gracia. Toda la obra salvadora de Dios depende del libre albedrío del pecador. Dios, según este evangelio, no salva al pecador. Dios no salva a un solo pecador. Dios solo ayuda al pecador a salvarse a sí mismo. El evangelio del libre albedrío no es el evangelio de la gracia, sino un evangelio de la propia obra del hombre. La obra grande, gloriosa y decisiva de unirse a Cristo y, por lo tanto, con Dios, es la obra del hombre mismo.

Esta es la razón por la que Lutero escribió lo siguiente sobre la doctrina del libre albedrío ya cuatro años antes de escribir *La esclavitud de la voluntad*. En 1521, él escribió una pequeña obra llamada *Defensa y explicación de todos los artículos*. Noten la vehemencia con la cual Lutero condenó el error del libre albedrío.

Este error sobre el libre albedrío es una doctrina especial del anticristo. No es de extrañar que se haya extendido por todo el mundo, porque está escrito de este anticristo que seducirá al mundo entero. Solo unos pocos cristianos serán salvos (II Tesalonicenses 2:10). ¡Ay de él!¹⁰

Cristo Jesús niega esta capacidad de libre albedrío: “separados de mí nada podéis hacer”. Estas palabras significan: “Sin mí, no puedes elegirme, no puedes venir a mí, no puedes creer en mí”. Todo lo que la voluntad del pecador puede hacer es rechazar a Cristo y elegir el pecado, la muerte y el diablo. La voluntad del hombre caído elige el pecado, la muerte y el diablo voluntariamente. No está limitado por alguna fuerza externa para hacerlo. Pero la voluntad del hombre natural elige necesariamente contra

¹⁰ Traducido directamente de la versión en inglés de este libro.

Cristo, porque la voluntad del hombre natural está en esclavitud; es un esclavo.

El juicio de Jesús en Juan 15:5 también es resistido por la enseñanza de la gracia común. La doctrina de la gracia común enseña que hay una operación misericordiosa de Dios en los corazones de todos los hombres que restringe el pecado en ellos y les permite hacer algo verdaderamente bueno, en la estimación de Dios, en la vida cotidiana y terrenal. La doctrina de la gracia común niega la depravación total: nadie es totalmente depravado, nadie es incapaz del bien, excepto quizás Adolf Hitler y Iósif Stalin. En virtud de la gracia común, todos los humanos ahora tienen alguna habilidad para el bien, y todos los humanos hacen algo bueno.

La refutación a esta doctrina popular entre los reformados y presbiterianos es simplemente las palabras de nuestro profeta y maestro principal, Cristo Jesús: “separados de mí nada podéis hacer”. Los incrédulos están sin, o separados de, Cristo Jesús. Y Jesús dijo que en la separación de Él los hombres no pueden hacer nada, ya sea por luz natural, o por gracia común, o por alguna bondad innata del hombre. Sólo aquellos que están en Cristo, como un pámpano está en una vid, pueden hacer algo.

Estas no son las palabras de Martín Lutero, o de los calvinistas pesimistas, o de los hipercalvinistas, sino de Cristo Jesús.

El aparente bien, hecho por los incrédulos es pecado. Agustín llamó a estos actos aparentemente nobles de los paganos “vicios brillantes”. Que las aparentes buenas obras de los hombres no regenerados son en realidad pecados, y por qué son pecados, la *Confesión de Westminster* enseña:

Las obras hechas por personas no regeneradas, aunque por su esencia sean cosas que Dios manda, y sean de buen uso para ellos mismos y para otros; sin

embargo, puesto que no proceden de un corazón purificado por medio de la fe, no son hechas de manera correcta de acuerdo con la Palabra, ni para un fin correcto, el cual es la gloria de Dios. Por lo tanto, estas obras son pecaminosas y no pueden agradar a Dios, ni hacen que una persona sea apta para recibir la gracia de Dios; y no obstante, su descuido de las buenas obras es más pecaminoso y desagradable delante de Dios. (16:7).

Cuando la doctrina de la gracia común incluye la enseñanza de que Dios ama a todos los hombres y tiene el deseo de salvar a todos y que expresa y trata de realizar este deseo mediante una oferta misericordiosa de salvación a todos en el evangelio de Cristo, como es la enseñanza del Banner of Truth [Estandarte de la Verdad] en el Reino Unido, la doctrina de la gracia común es, en principio, la herejía del libre albedrío. Porque es la doctrina de la gracia universal (gracia para todos los hombres sin excepción, al menos todos los hombres que escuchan el evangelio) que falla en salvar a todos a quienes se extiende. La doctrina de la gracia (salvadora) universal, resistible es, como tal, la herejía del libre albedrío.

¿Qué entienden los pecadores cuando un Iain Murray o un David Silversides les dice, “Dios los ama a todos con un amor en Cristo Jesús que desea salvarlos, y Dios ahora en el evangelio les ofrece la salvación a todos”, y luego les ruega que acepten la oferta? Lo que los pecadores entienden, y estos predicadores les enseñan a entender, es que su salvación depende de ellos, que su salvación depende de su elección, su voluntad, su aceptación de la oferta.¹¹

Este es el punto de vista de la predicación que los arminianos defendieron en Dordt. Los defensores del falso

¹¹ Ver Iain H. Murray, *Spurgeon v. Hyper-Calvinism* (Edimburgo: Banner, 1995) y David Silversides, *The Free Offer: Biblical & Reformed* (Gran Bretaña: Marpet Press, 2005).

evangelio del libre albedrío describieron su punto de vista de la predicación con estas palabras:

A quien Dios llama a la salvación, Él llama seriamente, es decir, con una intención y voluntad sinceras y completamente no hipócritas de salvar; ni aceptamos la opinión de aquellos que sostienen que Dios llama externamente a ciertos a quienes Él no quiere llamar internamente, es decir, como verdaderamente convertidos, incluso antes de que la gracia del llamado haya sido rechazada.

No hay en Dios una voluntad secreta que contradiga tanto la voluntad de Él mismo revelada en la Palabra que según ella (es decir, la voluntad secreta) Él no quiera la conversión y salvación de la mayor parte de aquellos a quienes Él llama e invita seriamente por la Palabra del Evangelio y por Su voluntad revelada (La opinión de los remonstrantes [es decir, Arminianos] con respecto a los artículos tercero y cuarto, sobre la gracia de Dios y la conversión del hombre.¹²

Si uno no supiera que los autores de esta concepción de la predicación fueron los arminianos del siglo XVII, Episcopio y su gente, uno supondría que los autores fueron los teólogos del Estandarte de la Verdad.

De hecho, los Arminianos en Dordt eran más concedores, o más honestos, que los hombres del Estandarte de la Verdad. Como indicaba su descripción de la predicación, los arminianos reconocieron que la doctrina reformada de la predicación (que los arminianos rechazaron) sostiene que Dios llama a algunos sin una intención sincera y voluntad de salvarlos; que Dios llama

¹² Peter Y. De Jong (ed.), *Crisis in the Reformed Churches: Essays in Commemoration of the Great Synod of Dort, 1618-1619* [Crisis en las Iglesias Reformadas: Ensayos en Conmemoración Del Gran Sínodo de Dort] [Grand Rapids: Reformed Fellowship, Inc., 1968], pp. 226-227).

“externamente” a ciertos a quienes no quiere llamar “internamente”; que el llamado externo no se emite en gracia para todos; y que hay en Dios una voluntad secreta (conocida como reprobación, una palabra que rara vez se encuentra en los escritos de los hombres del Estandarte de la Verdad) según la cual Él no quiere la conversión y salvación de muchos a quienes llama seriamente por la predicación del evangelio. Esta era, y sigue siendo, la doctrina ortodoxa reformada de la predicación del evangelio. Los arminianos entendieron bien esto y lo rechazaron. Los hombres del Estandarte de la Verdad, ya sea por ignorancia o malicia, llaman a esta doctrina de predicar hipercalvinismo, y la rechazan también.

La doctrina de una gracia común que consiste en una gracia universal de Dios en el evangelio implica necesariamente que la salvación depende de la voluntad del pecador. Si Dios ama a todos por igual, sinceramente desea salvar a todos por igual, y, en esta gracia, ofrece salvación a todos por igual, lo que explica la salvación de algunos, a diferencia de otros, no es la gracia de Dios, porque Su gracia viene a todos por igual. Lo que explica la salvación de alguien debe ser algo en el pecador, es decir, su voluntad.

Contra esta forma de mentira del libre albedrío también están las palabras de Jesús, “separados de mí nada podéis hacer”.

Exaltar a Cristo Jesús

Con esta palabra, Jesús humilla completamente al hombre. Él quita la salvación completamente del poder del hombre. Él deja al hombre pecador completamente indefenso con respecto a la salvación.

El propósito de Jesús es exaltarse a Sí mismo, revelar que la salvación está únicamente en Su poder, y hacer que los suyos confíen solo en Él para la salvación.

Cuando Jesús dijo: “separados de mí nada podéis hacer”, Él se exaltó a Sí mismo. Él hizo el mayor reclamo para Sí mismo: Él y solo Él es la fuente de toda bondad en el mundo; Él y solo Él es luz espiritual y vida espiritual. Si los hombres pueden hacer el bien solo en unión con Cristo Jesús, Cristo Jesús es la única fuente del bien. Jesús es la vida viva y vivificante, que produce fruto en sus ramas.

Cristo Jesús es la habilidad, del dínamo, de toda bondad *por nosotros*.

Esto es cierto, primero, porque personalmente Jesús es el Hijo eterno de Dios en el mundo. Solo Dios es bueno, y la fuente de todo bien.

Segundo, Jesús es la fuente del bien porque, por Su muerte y resurrección, Él ha sido la fuente de vida espiritual y bondad en un mundo de asosegada muerte espiritual y maldad. Esta vida y bondad Él la da a los suyos. Él nos eleva de nuestra condición natural de muerte espiritual a la vida espiritual, nos une a Él por el vínculo de la fe (unión mística) y, a través de este vínculo (este injerto), nos otorga la gracia y el poder de Su Espíritu para que hagamos el bien y llevemos fruto.

En Él, podemos hacer algo. En Él, debemos hacer algo. En Él, no podemos dejar de hacer algo. En Él, podemos y debemos y no podemos dejar de dar el fruto de las buenas obras. Incluso entonces, siempre es Cristo Jesús quien es nuestra capacidad para hacer el bien. Separados de Él, no podemos hacer nada. Debemos permanecer en Él.

Esta es la razón por la cual la Reforma luchó por la depravación total, particularmente la esclavitud de la voluntad. Esta doctrina exalta a Cristo Jesús. Por otro lado, la doctrina de la capacidad y bondad del hombre, separado de Cristo, resta valor a Cristo e invariablemente resulta en el falso evangelio de que el hombre se salva a sí mismo.

Ahora entendemos el celo de Lutero en La Esclavitud de la Voluntad en su controversia con Erasmo sobre la libertad o esclavitud de la voluntad:

Por esto yo te digo, y te ruego que lo guardes en lo más profundo de tu mente: para mí, la cuestión que estoy tratando en este pleito es una cuestión seria, necesaria y eterna, una cuestión tal y tan grande que para confesarla [assertam] y defenderla no se ha de retroceder ni ante la muerte misma, aun cuando el mundo entero no solo se vea envuelto en conflicto y tumulto, sino se derrumbe en un solo caos y quede reducido a nada.¹³

Hay dos implicaciones importantes de la verdad de la depravación total, como la enseñó Jesús en Juan 15:5. La primera es que todo lo bueno que hay en nosotros y todo lo bueno que hacemos es *de Cristo*. Es un regalo, no un mérito. Es de gracia, no de la naturaleza. No hay lugar en nuestra vida, por lo tanto, para alardear. Más bien, todo nuestro bien es razón para más alabanza a Cristo y más agradecimiento a Cristo.

Nuestra actividad espiritual y las buenas obras no ganan, no obtienen la salvación, no nos hacen dignos de la gracia y la salvación, no son condiciones para la salvación. Ellos son fructíferos, el producto de la unión salvadora con Cristo.

La segunda implicación es que nuestra unión con Cristo, que es el comienzo mismo de la salvación, no es nuestra obra. Ni siquiera se debe a nuestra cooperación con Cristo. Más bien, nuestra unión con Cristo es la obra libre, misericordiosa y soberana de Cristo en nosotros. No podemos, por nosotros mismos, elegir, aceptar, abrir nuestro corazón, tomar una decisión por Cristo, o creer. No podemos, por nosotros mismos, *desear* aceptar, abrir nuestro corazón, tomar una decisión por Cristo, o creer.

¹³ Lutero, *De servo arbitrio*, p.18

Esto no es más posible para nosotros, como somos por naturaleza, de lo que es posible para un palo muerto en el suelo adoptar la noción de unirse a la vid y luego saltar y adherirse a la vid. De hecho, nuestra condición por naturaleza es peor que la del palo muerto. El palo muerto no odia la vid. Nosotros sí.

Cristo debe unirnos a sí mismo en la unión mística por la poderosa obra de su Espíritu. Cristo debe regenerarnos. Cristo debe abrir nuestro corazón. Cristo debe iluminar nuestra mente. Cristo debe liberar nuestra voluntad atada. Cristo debe atraernos. Cristo debe obrar fe en nosotros.

Entonces nosotros venimos, creemos y elegimos.

Habiendo venido, permanecemos en Él y damos fruto.

Nuestra permanencia en Él y la fructificación fueron el propósito de Jesús con Su instrucción en Juan 15:5. Él nos enseñó que no podemos hacer nada separados de Él para motivarnos a prestar atención a Su exhortación en el versículo 4 de “permaneced en mí”, para que produzcamos fruto en una vida de buenas obras. Cristo estaba hablando a sus discípulos en Juan 15, a aquellos que estaban unidos a Él y que, por lo tanto, estaban dando fruto. A ellos Él dio instrucciones concernientes a la depravación total. Los discípulos de Cristo necesitan conocer la verdad de la depravación total.

Necesitamos conocer la verdad de la depravación total para que seamos humillados. La depravación total nos humilla con respecto a todas nuestras habilidades y logros terrenales. Separados de Cristo, no valen nada a los ojos de Dios. La depravación total nos humilla con respecto a nuestros dones y acciones espirituales. No son nuestros, sino el fruto de Cristo en nosotros. La depravación total nos humilla con respecto a nuestra actitud hacia los impíos e inmorales. La única diferencia entre ellos y nosotros es la

gracia de Dios hacia nosotros. Como el apóstol nos recuerda en Tito 3:3: “nosotros también éramos en otro tiempo insensatos”. La depravación total nos humilla con respecto a nuestra salvación. Nuestra salvación no fue y no es nuestra propia obra, sino la obra de Cristo, total y exclusivamente. La salvación es solo por gracia. A la luz de la palabra de Jesús en Juan 15:5, vive en el alma de nosotros que somos salvos un ¿Por qué yo? Una pregunta que el defensor del libre albedrío nunca hace.

Necesitamos conocer la verdad de la depravación total, en segundo lugar, para glorificar a Dios. Dios salva a los pecadores, cuya condición natural es que no podemos hacer nada bueno, nada que agrade a Dios, nada que nos gane o nos haga dignos de salvación, nada que contribuya a la salvación, nada de lo que dependa la salvación. Dios salva, no de acuerdo con la voluntad, la dignidad o la obra del pecador, sino de acuerdo con Su propia voluntad misericordiosa, es decir, la elección.

Tercero, necesitamos conocer la verdad de la depravación total, la verdad de *nuestra propia* depravación total por naturaleza, para que prestemos atención a la exhortación de Cristo a permanecer en Él. ¡Oh, cuán grande es siempre la tentación de alejarnos de Cristo y depender de nosotros mismos! Por esta palabra en Juan 15:5, Cristo nos llama: ¡Quédate conmigo! ¡Cerca de Mí! ¡Siempre más cerca de Mí! ¡En fe viva! ¡En una verdadera iglesia, que me proclama a Mí y a Mi gracia! ¡En el uso diligente de la predicación del Evangelio y los sacramentos! ¡En oración! ¡En un diario caminar Conmigo!

Separados de Cristo, no podemos hacer nada. Separados de Cristo, uno es una rama muerta, que no da fruto. Separados de Cristo, existe el juicio de Dios sobre aquellos que profesan ser miembros de Cristo y de Su iglesia, pero no lo son, manifestando su separación espiritual de Cristo por su fracaso en dar fruto. “El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se

secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden” (Juan 15:6).

Necesitamos conocer la verdad de la depravación total también para que tengamos confianza. Esta es, primero, la confianza de nuestra propia salvación. El bien que veo en mi vida, especialmente la unión con Cristo y la venida activa a Cristo por fe, así como el fruto de la confesión de la verdad y de la obediencia a la ley desde el corazón, es una evidencia segura de mi salvación. Los hombres y mujeres no salvos, cuya condición natural es que no pueden hacer nada, no creen en Cristo o aman a Dios y al prójimo.

Segundo, nuestra confianza es certeza con respecto a nuestra vida cristiana activa de obediencia a Cristo. Estamos seguros de que, independientemente de las dificultades y obstáculos, de hecho, independientemente de nuestras propias debilidades, seremos capaces de hacer lo que Cristo nos llama a hacer en la vida. Estamos seguros de que podemos llevar a cabo todas las tareas, cumplir con todos los deberes, llevar todas las cargas y soportar cada dolor. Aparte de Cristo, no podemos hacer nada. Pero *en Él, permaneciendo* en Él, podemos hacer todas las cosas (Filipenses 4:13).

Gracia irresistible



Prof. Herman Hanko

Introducción

Aunque la verdad de la gracia irresistible tiene su propio lugar único en los cinco puntos del calvinismo, está inseparablemente conectada con los otros cuatro puntos. Esto se puede demostrar fácilmente. La predestinación soberana y doble es la razón eterna por la que Dios da a algunos gracia y no da esa misma gracia a otros. Agustín, el gran obispo de Hipona, que murió en el año 430 d.C., llegó a saber por experiencia que la gracia que lo había salvado era irresistible. Partiendo de la doctrina de la gracia irresistible y reflexionando sobre por qué algunos recibieron tal gracia y otros no, concluyó que la predestinación soberana era la única explicación. Además, la predestinación es un decreto del consejo de Dios, pero el consejo de Dios es Su propia viva voluntad. Por lo tanto, es la explicación final de todas las cosas, particularmente de la obra de salvación.

El fundamento judicial de toda nuestra salvación, así como la ejecución histórica de la predestinación eterna es la cruz de Cristo Jesús. Él murió para ganar la salvación para todos los elegidos que le fueron dados eternamente. Como el fundamento judicial de la salvación, es el fundamento judicial y la fuente de toda la gracia por la cual somos salvos. Sin la cruz, no hay gracia. Y el poder salvador

de la gracia es la obra perfecta de nuestro Señor Cristo Jesús.

La gracia irresistible es la única que puede salvarnos porque, por naturaleza, somos totalmente depravados. Si al hombre se le da el poder de un libre albedrío para elegir por sí mismo el cielo o el infierno, es capaz de resistir la gracia. La gracia irresistible implica depravación total y es necesaria para salvar a un pecador totalmente depravado.

Y si la gracia es irresistible, entonces la buena obra que Dios comienza en nosotros es continua y perfeccionada. La perseverancia de los santos sigue necesariamente a la gracia irresistible. Si la gracia puede ser resistida, no tengo ninguna garantía de que iré al cielo cuando muera, porque antes de morir puede muy bien ser posible que resista la gracia de Dios, la pierda y termine en el infierno a pesar de la obra de salvación comenzada en mí. Los cinco puntos del calvinismo se mantienen o caen juntos.

La doctrina de la gracia irresistible es también una verdad que necesito conocer para mi propia seguridad de salvación. Conozco las profundidades de mi propia depravación. Sé que siempre resistiré la gracia de Dios. ¿Cómo voy a decir: “Mi consuelo en la vida y en la muerte, por el tiempo y la eternidad, es que pertenezco a Cristo y soy un heredero de la vida eterna”? Solo puedo decir esto con seguridad cuando sé y confieso que la gracia que me salva es irresistible.

Gracia

¿Qué se entiende por gracia?

En su significado más básico en las Escrituras, la gracia es la actitud de favor de Dios hacia su pueblo en Cristo Jesús. Me pregunto con qué frecuencia realmente pensamos en esto, cuán profundamente el milagro de esto

está escrito en nuestra conciencia. Dios nos mira con *favor*. Eso es lo más maravilloso que nos puede pasar. Si no estuviera escrito en cada página de las Escrituras, y si Dios por gracia no obrara fe en nuestro corazón, sería una maravilla demasiado grande para comprender.

Considere cómo Isaías, hablando en el nombre de Dios, describe a todos los habitantes de la tierra desde la creación hasta el final de los tiempos como langostas a los ojos de Dios. O, usando otra metáfora que se encuentra en Isaías 40, todas las naciones de la tierra son como menudo polvo en las balanzas. Una insignificancia de polvo que cae en un lado de la balanza no hace ninguna diferencia en la báscula en absoluto. O, de nuevo, todas las naciones de la tierra son como una gota que cae del cubo. Es decir, un hombre que lleva un cubo tiene algo si la gota está *en* el cubo (no mucho, pero un poquito). Pero si un hombre lleva un cubo con una gota aferrada al borde inferior, lista para caer en el polvo, no tiene nada. Todas las naciones son menos que esa gota a los ojos de Dios que ha creado todas las cosas por la Palabra de Su poder. ¿Qué somos, entonces, cada uno de nosotros? ¿Uno entre miles de millones que han ocupado la tierra? Sin embargo, Dios, el creador y sustentador de todo, tiene *favor* sobre nosotros.

Pero no lo hemos dicho todo de ninguna manera. No sólo no somos nada a los ojos de Dios, sino que somos pecadores desesperadamente malvados. Nos burlamos de Él y nos reímos en Su rostro. Transgredimos Sus santos mandamientos y lo desafiamos a hacernos cualquier cosa. Somos Sus enemigos y prometemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para destruirlo y robarle Su creación. Sin embargo, Él nos mira con favor. Tener favor sobre nosotros significa que Dios se deleita en nosotros. Él nos encuentra lo más deseable. Él tiene placer en nosotros y está decidido a hacernos tan felices como sea posible para nosotros. Él quiere que seamos Su esposa para que podamos vivir con Él eternamente para que Él pueda deleitarse eternamente

en nosotros. Tan grande es Su favor para nosotros que Él hará cualquier cosa para hacernos felices, incluso hasta el punto de entregar a Su propio Hijo a la terrible agonía del infierno.

Por lo tanto, la gracia es “favor”, pero favor para pecadores totalmente indignos. Es mostrar favor y amor a aquellos que son Sus enemigos. Es bendecir a los que lo odian. Es hacer felices a aquellos que tratan de destruirlo. Por lo tanto, es un *favor inmerecido*. Es un favor inmerecido, porque no podemos merecer nada cuando somos enemigos de Dios. La gracia se da gratuitamente a aquellos que no tienen nada con qué comprarla. La gracia es un favor que es odiado y blasfemado por aquellos que son sus objetos. La imposibilidad de esto es posible sólo gracias a la cruz de Cristo.

Esa gracia también es un poder. Yo puedo mirar con favor a alguien. En un caso extremadamente raro, incluso puedo mirar con favor a alguien que ni siquiera me conoce. Es imposible para nosotros mirar con favor a alguien que nos odia y hace todo lo posible para matarnos. Pero si miro con favor a alguien o no, no hace ninguna diferencia para la persona que es el objeto de mi favor. Pero el favor de Dios es un poder. Es un favor poderoso que a aquellos que son los objetos del favor de Dios realmente transforma en santos hermosos. Es un poder que hace santos oradores de los blasfemos, hace de las prostitutas la novia de Cristo, hace de rocas feas e inútiles bloques de mármol para ser utilizados en el templo en el que Dios mora. Por gracia sois salvos... (Efesios 2:8).

Esa misma gracia es un poder que opera dentro del corazón del pueblo de Dios, que les permite caminar en un mundo de sufrimiento y oposición, fieles a su Dios. Es un poder para llevar las cargas, tomar la propia cruz, permanecer fieles en la tentación y amar a Dios y a nuestro prójimo. Pablo pensó que la eliminación de un aguijón era necesaria para llevar a cabo su llamado como misionero a

los gentiles, pero Dios se negó a quitar el aguijón, asegurándole a Pablo: “Bástate mi gracia” (II Corintios 12:7-10).

La gracia es el origen y la fuente de toda nuestra salvación.

Gracia irresistible

La gracia de Dios de la que somos los objetos es irresistible. La palabra irresistible inmediatamente trae a nuestras mentes cómo nosotros, de nuestra parte, resistimos esa gracia. No hablaría de una roca irresistible en mi camino a menos que hubiera tratado de moverla, pero descubrí que no podía. Se me resiste. La irresistible gracia de Dios es resistida por nosotros. Nosotros, por nuestra parte, siempre resistimos la gracia de Dios. Nos resistimos a ella *antes* que seamos salvados; incluso la resistimos cuando somos conquistados por la gracia irresistible. Resistimos la gracia de Dios antes de ser salvos porque somos enemigos de Dios y lo odiamos a Él y a todas Sus obras. Nos resistimos a Su gracia después de ser salvos porque todavía, aunque conquistados por la gracia, tenemos una naturaleza muy pecaminosa y depravada que aún no ha sido vencida por el poder de la gracia.

En nuestra resistencia a la gracia, incluso después de ser salvos, mostramos nuestra aversión por los ejercicios espirituales, incluyendo la adoración de Dios en el Día del Señor. Nos negamos a prestar atención a las advertencias que nos llegan con la promesa de la verdadera felicidad al guardarlas. Nos resistimos a las propuestas de la dulzura de la comunión con Dios porque preferimos los placeres vacíos del pecado. Aunque estamos casados con Cristo, cometemos adulterio espiritual con el mundo malvado cuando nos convertimos en amigos del mundo en lugar de amigos de Dios. En lo que a nosotros respecta, nuestra resistencia a la gracia es constante, implacable e inclemente.

La gracia irresistible es, por lo tanto, ese favor de Dios hacia sus elegidos en Cristo por el cual Él realmente los hace su pueblo al vencer toda su resistencia. Por gracia soberana, Él derriba la ciudadela de nuestra resistencia, destruye los muros de nuestro odio hacia Él, destruye nuestro orgullo, entra en lo más profundo de nuestro ser y nos convierte en santos que son aptos para vivir con Él como Su novia.

El arminiano dice que la gracia no es irresistible. Él dice que la gracia de salvación de Dios es ofrecida a un hombre. El único acceso al corazón del hombre es por medio de halagos y técnicas persuasivas. Dios tiene que ser un vendedor hábil que vence la resistencia del hombre por Sus poderes de venta. Pero mientras el pecador resista, Dios está indefenso.

El calvinismo dice que el hombre siempre se resiste a la obra de Dios. Él es tan depravado que ni siquiera puede desear la salvación. La gracia irresistible enseña que Dios, a través del Espíritu de Cristo, vence esa resistencia. La gracia de Dios es mayor que la mera persuasión del pecador. Es en sí misma la actitud del favor de Dios hacia su pueblo en Cristo, que tiene tan gran poder que realmente salva.

La gracia, la gracia irresistible, salva del pecado y de la muerte, de la depravación total y del fuego del infierno. Pero también es una gracia que, una vez habiendo salvado, conserva esa obra de salvación en los corazones del pueblo de Dios. Incluso después de ser salvos, continuamos viviendo con nuestras naturalezas depravadas que están en un estado continuo de rebelión contra Dios. Si no fuera por la gracia irresistible, la obra de salvación sería vencida nuevamente por nuestra resistencia. Dios debe, con gracia, preservar Su obra contra nuestra resistencia.

Además, la gracia irresistible obra en nosotros de tal manera que la resistencia que permanece en nuestra

naturaleza pecaminosa es gradualmente superada. La primera obra de la gracia en la regeneración es un cambio fundamental en las profundidades del ser del hombre. Porque es fundamental, es una victoria tan completa que la derrota nunca puede seguirle. La salvación iniciada en los elegidos de Dios es una salvación indestructible. La gracia que salva es como una derrota decisiva del enemigo, que ha derrotado a todas las fuerzas de la oposición y ha traído la victoria total. Pero puede quedar cierto trabajo de limpieza por hacer para despejar los focos de resistencia demasiado débiles para representar una amenaza a largo plazo, pero que son una molestia al fin y al cabo. Así es la obra de la gracia en su comienzo. Es la derrota decisiva del enemigo de nuestra propia naturaleza pecaminosa, y el progreso de esa obra es la limpieza de Dios de lo que queda de pecado en nosotros. Ambos son el fruto de una gracia irresistible.

Pero incluso eso no es todo. Cuando morimos y nuestros cuerpos son puestos en la tumba, nuestras almas son limpiadas y purificadas y los últimos vestigios del pecado son quitados de ellas. Esto también es gracia irresistible. Y cuando Cristo venga de nuevo al final de la historia y levante nuestros cuerpos de la tumba, ellos serán transformados para ser como el cuerpo glorioso de Cristo. Entonces somos completamente cambiados por el poder de la gracia. La gracia ha cumplido su propósito.

Debemos añadir una verdad más a este maravilloso cumplimiento de los logros de la gracia. Cuando estemos en el cielo con Cristo y con todos los santos, continuaremos en nuestro estado de bienaventuranza total solo por la gracia de Dios. La gracia nos libera, la gracia nos sostiene, la gracia nos perfecciona, la gracia nos preserva en la bienaventuranza eterna. ¡Todo es de gracia irresistible, y así solo Dios es alabado!

Cómo Dios obra Su gracia en nosotros

Dios obra esta gracia irresistible en los corazones de su pueblo de una manera especial. Nuestros *Cánones de Dordrecht* describen esta obra de una manera mejor de lo que somos capaces de hacerlo.

Pero que otros, siendo llamados por el ministerio del Evangelio, acudan y se conviertan, no se tiene que atribuir al hombre como si él, por su voluntad libre, se distinguiese a sí mismo de los otros que son provistos de gracia igualmente grande y suficiente (lo cual sienta la vanidosa herejía de Pelagio); si no que se debe atribuir a Dios, quien, al igual que predestinó a los suyos desde la eternidad en Cristo, así también llama a estos mismos en el tiempo, los dota de la fe y del arrepentimiento y salvándolos del poder de las tinieblas, los traslada al reino de Su Hijo, a fin de que anuncien las virtudes de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable, y esto a fin de que no se gloríen en sí mismos, sino en el Señor, como los escritos apostólicos declaran en diferentes lugares.

Además, cuando Dios lleva a cabo este Su beneplácito en los elegidos y obra en ellos la conversión verdadera, lo lleva a cabo de tal manera que no sólo hace que se les predique exteriormente el Evangelio, y que se les alumbré poderosamente su inteligencia por el Espíritu Santo a fin de que lleguen a comprender y distinguir rectamente las cosas que son del Espíritu de Dios... (III/IV:10-11).

Debemos detenernos en esta cita de los *Cánones* para notar lo que se dice que hace la gracia soberana e irresistible. La gracia a través del evangelio ilumina poderosamente las mentes del pueblo de Dios para que puedan entender y discernir las cosas de Dios. A veces, cuando escuchamos la verdad del evangelio proclamada de tal manera que nos conmueve profundamente, decimos: El evangelio es tan hermoso, tan claro, tan fácil de entender.

¿Por qué los hombres no pueden verlo? ¿Por qué hay quienes todavía se oponen? Es tan glorioso, tan atractivo, tan claro que un niño puede entenderlo y deleitarse en él. ¿Por qué los malvados lo contradicen? La respuesta es: Haríamos lo mismo sin importar cuán dulces sean las promesas del evangelio y sin importar cuán claramente se presentaran estas verdades. La oposición al evangelio tiene sus raíces en el odio, no en la mera ignorancia. El pecado es tan grande que el regalo más bendito que se nos puede dar, lo despreciamos y lo ridiculizamos. Que el evangelio sea dulce para nuestro gusto es la obra de una gracia irresistible.

Pero sigamos con la enseñanza de los *Cánones*:

... sino que Él penetra también hasta las partes más íntimas del hombre con la acción poderosa de este mismo Espíritu regenerador; Él abre el corazón que está cerrado; Él quebranta lo que es duro; Él circuncida lo que es incircunciso; Él infunde en la voluntad propiedades nuevas, y hace que esa voluntad, que estaba muerta, reviva; que era mala, se haga buena; que no quería, ahora quiera realmente; que era rebelde, se haga obediente; Él mueve y fortalece de tal manera esa voluntad para que pueda, cual árbol bueno, llevar frutos de buenas obras.

... este es aquel nuevo nacimiento, aquella renovación, nueva creación, resurrección de muertos y vivificación, de que tan excelentemente se habla en las Sagradas Escrituras, y que Dios obra en nosotros sin nosotros. Este nuevo nacimiento no es obrado en nosotros por medio de la predicación externa solamente, ni por indicación, o por alguna forma tal de acción por la que, una vez Dios hubiese terminado Su obra, entonces estaría en el poder del hombre el nacer de nuevo o no, el convertirse o no. Si no que es una operación totalmente sobrenatural, poderosísima y, al mismo tiempo, hermosa, milagrosa, oculta e inexpresable, la cual, según el testimonio de la

Escritura (inspirada por el autor de esta operación), no es menor ni inferior en su poder que la creación o la resurrección de los muertos; de modo que todos aquellos en cuyo corazón obra Dios de esta milagrosa manera, renacen cierta, infalible y eficazmente, y de hecho creen... (III/IV:11-12).

Si consideramos, aunque sea por un momento, que la fe es nuestra obra y no la obra de la gracia, los *Cánones* continúan diciendo que la gracia es responsable, no solo del don de la fe, sino incluso del acto mismo de creer. Como prueba de esto, los *cánones* citan Filipenses 2:13: "Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (*Cánones* III/IV:14).

Gracia para toda nuestra vida

Estoy seguro de que cuando finalmente lleguemos a lo que John Bunyan llamó la Ciudad Celestial, después de los años de nuestra peregrinación, cuando esta vida cansada haya terminado y toda la iglesia esté presente en toda su gloria, miraremos hacia atrás en nuestra vida de pecado y tentación, de tristeza y dolor, para contemplar la gracia de Dios que nos ha traído a tan grandeza bienaventurada. Diremos con la reina de Sabá, mientras se maravillaba de las riquezas del reino de Salomón, ni aun se me dijo la mitad (I Reyes 10:7). Veremos y entenderemos la gracia por lo que es, en todo su poder para vencer nuestro pecado y darnos a nosotros, tan indignos, tan grandes riquezas.

Veremos que *toda* la vida que vivimos, con cada detalle de ella, en todas sus experiencias y problemas, que Dios se complació en enviarnos en este valle de lágrimas, fue únicamente, siempre gracia. La gracia común nos roba ver la bienaventuranza de la gracia. La gracia común enseña que Dios es misericordioso con todos los hombres, y que esta gracia se manifiesta en los buenos dones que vienen a los malvados y a los justos por igual. ¡Qué

problemas crea esto! Las Escrituras nos dicen que, como regla general, los malvados son más prósperos que los justos en los Salmos 37 y 73, por ejemplo. ¿Son entonces los impíos más bienaventurados que los justos? De hecho, toda la Escritura enseña que los justos sufren mucho más que los malvados, porque esta es su suerte en la vida ordenada por Dios (por ejemplo, Hechos 14:22). Si la prosperidad es bendición y favor, ¿es el sufrimiento una maldición y el odio de Dios hacia nosotros? ¡Qué grave es para el hijo de Dios tal herejía!

La gracia es dada a aquellos por quienes Cristo murió. Tal gracia, gracia irresistible, es necesaria a lo largo de toda esta vida.

Siempre el hijo de Dios depende de la gracia de Dios. ¿Cómo se explica si nacimos en un hogar cristiano de padres piadosos? Gracia irresistible. ¿Cómo explicamos que se nos dio el privilegio de beber la fe reformada con la leche de nuestra madre? Gracia y solo gracia. O, ¿cómo es que nacimos de padres incrédulos y que solo después de muchos años de llevar una vida no convertida, fuimos llevados a la fe en Cristo? Solo la gracia de Dios puede explicarlo. De hecho, ¿cómo explicar que el largo camino del pecado se haya convertido en un camino que nos llevó, finalmente, a la verdad de la fe reformada? La gracia de Dios, irresistible, eterna, eficaz, maravillosa gracia.

La gracia nos capacita para llevar a nuestro niño que muere en la infancia al cementerio en humilde confianza en Dios. La gracia nos permite soportar con paciencia en la enfermedad y el dolor, en las cargas y cuidados de la vida. Incluso cuando decimos, “no puedo continuar; la carga es demasiado grande”, Dios da Su gracia para que podamos llevar lo que aparentemente es una carga imposible. Cuando nuestro camino de peregrinación se vuelve demasiado difícil de caminar, las palabras de la Escritura resuenan en nuestros corazones: “Bástate mi gracia. Sigue adelante peregrino cansado;

continúa hacia tu destino sin caerte. Mi gracia te sostiene y te apoya. Estaré contigo para darte ayuda en cada necesidad". Cuando Satanás viene con sus tentaciones de pecar y el horror de la batalla contra el mal nos roba nuestra fuerza; cuando estamos cargados y cansados, maltratados y golpeados por el pecado; cuando no queremos nada más que bajar las armas de nuestra guerra espiritual; Dios dice: "Y habiendo hecho todo, ¡estad firmes! Yo estaré con ustedes y les daré Mi gracia. Yo, en Mi Hijo, he luchado la batalla por ustedes y he obtenido la victoria en la que participan. La fe es la victoria que vence al mundo".

Cuando pecamos y la mano castigadora de Dios pesa sobre nosotros, y gemimos bajo el dolor de Su ira, no debemos decir con desesperación, "El Señor nos ha abandonado. Al Señor no le importa lo que me suceda". No debemos decir estas cosas porque el castigo es gracia, la gracia de un Padre amoroso que, a través de la gracia del castigo, restaura nuestros pies, vuelve a ponerlos en el camino al cielo y nos enseña la bienaventuranza de Su presencia.

La gracia nos permite perseverar en nuestro caminar en la vida, negarnos a nosotros mismos y tomar nuestra cruz diariamente y continuar nuestro camino. La gracia nos lleva a la cruz cuando pecamos para que podamos encontrar perdón y gozo en Aquel que nos amó hasta la muerte. Y cuando por fin debemos caminar por el valle de la sombra de la muerte, la gracia nos sostiene en esa última milla. Cuando por fin estemos en casa y escuchemos las palabras de nuestro Salvador: "Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu señor" (Mateo 25:23), es gracia, gracia pura, nunca nada más que gracia.

Cómo Dios obra gracia en nosotros a lo largo de toda nuestra vida

¿Cómo obra Dios esa gracia en nosotros a lo largo de toda nuestra vida? Esa también es una pregunta importante. Hace muchos años, un fiel creyente, esposo y padre de niños en casa, pero muriendo de cáncer, vino a mí profundamente agitado. Le preocupaba no ser un hijo de Dios. Cuando le pregunté por la razón de su temor, me dijo: “Aquellos que son hijos de Dios están contentos y felices en la forma en que Dios los guía. Yo no estoy contento ni feliz. Quiero quedarme con mi familia y me resulta casi imposible pensar en dejarlos. Por lo tanto, no puedo creer que soy un hijo de Dios. Me falta la gracia del contentamiento”.

Después de haber hablado un poco, le pregunté si consideraba que la gracia era similar a una botella de penicilina, con instrucciones para tomar una cucharadita cada cuatro horas y la infección se curaría. Después de unos momentos de reflexión, respondió afirmativamente. Sí, él había considerado la gracia de esa manera. Pero Dios no obra Su gracia de esa manera. Él no nos envía una aflicción de un tipo u otro, nos dice que oremos por gracia, y deja que esa gracia trabaje automáticamente y, separada de nuestra experiencia, quite nuestra ansiedad y miedo. Él siempre trata con nosotros como personas racionales y morales. Él no nos lleva, como solía decir mi pastor de días anteriores, al cielo en la litera superior de un tren Pullman Sleeper. La gracia nos es dada, gracia suficiente, gracia irresistible, pero no gracia barata. La gracia viene a través del camino de la lucha, luchando contra la duda, la oración, aferrándose fervientemente por fe a las Escrituras y mirando a Cristo, el autor y consumidor de nuestra fe.

La gracia nunca funciona automáticamente y separada de nuestra conciencia. La gracia obra de tal manera que nuestras mentes y voluntades cambian.

Mientras somos enemigos de Dios, Él comienza la obra de gracia en nuestros corazones. Lo hace, en ese primer momento de la obra del Espíritu, separado de nuestra conciencia. Pero después el Espíritu, dado de gracia, hace que nuestras mentes conozcan y entiendan la verdad y, entendiéndola, la amen. Él hace que nuestras voluntades, repentina y misteriosamente, amen lo que antes odiábamos y busquen fervientemente lo que una vez despreciamos. Mientras que en sus operaciones iniciales hay un sentido en el que somos arrastrados a la salvación en contra de nuestra voluntad, la gracia nos hace dóciles, dispuestos y ansiosos siervos de Cristo que están agradecidos por la salvación que nos ha sido dada en Cristo.

Jesús, al explicar la gracia que salva, le dice a la multitud que no creía que Él era el pan de vida “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Juan 6:44). La palabra “trajere” es una palabra fuerte que significa “jalar poderosamente”, como uno tiraría de una cuerda cuando está jugando el tira y afloja. Sin embargo, esta poderosa e irresistible atracción de la gracia es una atracción que jala nuestras obstinadas voluntades a un estado de obediencia voluntaria y gozosa a Él, y a nuestras mentes oscurecidas a la luz de la verdad.

Jesús entonces agrega: “Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí” (Juan 6:45, citando Isaías 54:13). El punto del Señor es claro. La irresistible atracción de la gracia viene a través de la predicación del evangelio. La forma en que se obra la gracia en los corazones y las vidas del pueblo de Dios es a través de la predicación. De hecho, desde la Reforma, la predicación, junto con los sacramentos, han sido llamados los medios de gracia. Estos son los medios de Dios para obrar la gracia irresistible en los corazones de los elegidos.

Si bien este no es el foro en el que discutir extensamente la doctrina bíblica de la predicación del evangelio, es necesario hacer algunos puntos.

La predicación es una obra de la iglesia de Cristo, que la iglesia lleva a cabo a través de su ministerio ordenado. Es decir, la congregación local, establecida por Cristo, está llamada a predicar, una tarea realizada por ministros que son llamados y ordenados para la obra. Esto implica, en primer lugar, que la predicación no es tarea de nadie que se sienta llamado y se encargue de predicar. Sólo la iglesia predica, a través de un ministro a quien la iglesia misma llama. Esto significa, en segundo lugar, que la predicación es el único llamado de la iglesia. La iglesia no debe participar en el trabajo de mejorar las condiciones sociales. No es una reunión social para proporcionar actividades para personas mayores, jóvenes y solteros mayores. Tampoco lo es predicar la entrega de homilías morales o discursos eruditos. La predicación no está orientada a la persuasión moral; tampoco es una presentación de un Cristo para todos, ofrecido a las personas, y acompañado de súplicas a las personas para que aprovechen la oportunidad de aceptar a Cristo.

Cuando la predicación se lleva a cabo de una manera apropiada y bíblica, y cuando las Escrituras son el único contenido de esa predicación, entonces Cristo habla. Este es el claro testimonio de Romanos 10:14-15 y Juan 10:3-4. Esa predicación no es, por lo tanto, la súplica insípida e impotente de un Cristo gimiente cuya súplica tan a menudo no es escuchada. La predicación es el “poder de Dios para salvación” (Romanos 1:16). La Palabra de Dios predicada nunca regresa a Dios sin cumplir su propósito. Se predica para salvar a los elegidos a través de la gracia, pero también para endurecer en la ira a los incrédulos. Ambos son el propósito de Dios; ambos siempre se logran.

El poder de la predicación no está en las habilidades oratorias, las habilidades exegéticas, los talentos

homiléticos o los poderes de persuasión de un predicador. El poder de la predicación reside exclusivamente en la obra del Espíritu Santo. El Espíritu Santo obra gracia en los corazones de todos los ordenados a la vida eterna. El Espíritu Santo es el autor de toda gracia que salva. Pero el Espíritu Santo se une a la predicación del evangelio. Él no operará independientemente del evangelio. Él no dará gracia donde el evangelio no esté presente. Él se ata a Sí mismo a la predicación, predicando las Santas Escrituras de las cuales Él mismo es el autor.

El Espíritu Santo es nuestro instructor en las Escrituras y el autor de nuestro amor por la verdad de la Palabra de Dios. Cuando, por lo tanto, el Espíritu Santo obra la gracia irresistiblemente en los corazones del pueblo de Dios, Él les enseña todas las maravillosas obras de Dios. Él les muestra en las Escrituras la gran obra que Dios ha hecho en Cristo al salvar a Sus elegidos. Él, a través de las Escrituras, familiariza al pueblo de Dios con todas las promesas que Dios hace a Su pueblo. Pero el Espíritu usa toda esta instrucción para aplicar las mismas bendiciones de las cuales las Escrituras hablan a los santos para que realmente lleguen a ser poseedores de tales grandes bendiciones. En otras palabras, toda la gracia del Dios Todopoderoso viene al pueblo de Dios a través de su conocimiento de las Escrituras obradas por el Espíritu Santo. La gracia es irresistible también cuando se da a través de la predicación de las Escrituras.

Al pueblo de Dios se le enseñan las Escrituras de tal manera que el aprendizaje que las Escrituras dan es el gozo principal de sus vidas. El Espíritu no nos instruye como un maestro que fuerza a un niño contra su voluntad a aprender sus tablas de multiplicar. El Espíritu nos muestra la belleza de las enseñanzas de Dios y el gozo que tenemos al aprenderlas. Y el Espíritu nos da un deleite para aprender las cosas de Dios al aplicar todas estas enseñanzas a nuestra vida en el mundo. Él nos muestra cómo estas

enseñanzas dan consuelo en el dolor, ayuda en la necesidad, gozo en el dolor, fortaleza en la debilidad. Él nos muestra estas cosas al consolarnos en nuestro dolor y fortalecernos en nuestra debilidad. Esa es la gracia que salva. Esa es la manifestación del favor de Dios para nosotros que somos pecadores indignos.

Podemos entrar tambaleándonos en la iglesia el domingo por la mañana cansados de la lucha contra el pecado, conscientes de todos nuestros fracasos y defectos, y temerosos de aparecer ante Dios, debido al dolor de nuestras almas. Pero entonces vienen las palabras de Cristo: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados” (Mateo 11:28), y el Espíritu aplica esa Palabra irresistiblemente a nuestros corazones, venciendo nuestro dolor y temor y atrayéndonos a Cristo por el poder de la Palabra predicada.

Podemos entrar en la casa de Dios en el Día del Señor todavía llorando con el dolor con el que enterramos a un ser querido. El evangelio viene con sus buenas nuevas de la victoria de la resurrección de Cristo y la gloria que es un halo para nuestra muerte, porque es la puerta al cielo. El Espíritu Santo no explica simplemente la verdad de la resurrección; Él la aplica a nuestros corazones de tal manera que dice: “Esta verdad es para ti”. Y nuestras lágrimas son secadas, por la gracia irresistible del evangelio que viene a nosotros.

La gracia viene a nosotros de tal manera que obra irresistiblemente la seguridad de nuestra salvación en Cristo, porque la fe es seguridad. Cuando nos apropiamos de las benditas verdades del Evangelio por fe, lo hacemos por una fe que nos da la seguridad de que todas estas bendiciones de las que habla el Evangelio son nuestra herencia. En otras palabras, la gracia irresistible trae seguridad personal.

La gracia irresistible no es, por lo tanto, como una cucharada de medicina. La gracia se da en todas nuestras

debilidades, en nuestras luchas y pruebas, en medio de todas nuestras tentaciones bajo el maltrato de Satanás. La gracia nos habla de la propia palabra de Dios: “Tengo grandes cosas reservadas para ti. Cuidaré de ti en toda tu vida. Tengo favor hacia ti y me deleito en ti. Te amo y me casaré contigo a su debido tiempo. Eres mi hijo y tengo una gran herencia reservada para ti. Sigue adelante en tu llamado y pelea una buena batalla de fe. Si pecas, Yo te perdonaré y te mostraré la cruz y la obra de Mi Hijo. Si te hago cosas que te desconciertan, que te tientan a cuestionar Mi bondad, que te llenan de miedo y enojo, entonces recuerda, Yo soy mayor que tú y conozco la mejor manera de prepararte para la gloria. Yo te llamo a caminar por fe, no por vista. No te exijo que comprendas Mis caminos, pero sí te exijo que creas en Mi Palabra. Bástate Mi gracia. Llegarás sano y salvo a casa”.

El apóstol Juan, al hablar de la encarnación de Cristo, dice: “Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Juan 1:16). La metáfora implícita es abrumadora. Gracia en lugar de gracia, como las olas del océano en la playa, gracia reemplazando la gracia, gracia que viene después de la gracia, ola sobre ola; gracia para esta necesidad presente y, cuando surge una nueva necesidad, una nueva ola de gracia. Siempre somos los receptores de la gracia. Está ahí para nosotros derramándose en olas de un gran cuerpo del mar insondable del amor inmutable de Dios; ¡siempre dada, siempre irresistible, siempre para alabanza y gloria de Dios!

Las Escrituras hablan de nuestra recompensa que Dios nos dará por nuestras obras. La Confesión Belga nos dice que esa recompensa por nuestras obras es también gracia:

Así, pues, hacemos buenas obras, pero no para merecer (pues, ¿qué mereceríamos?); más bien, aun por las mismas buenas obras que

hacemos, estamos en deuda con Dios, y no Él con nosotros, puesto que “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”. Prestemos, pues, atención a lo que está escrito: “Cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos”. Sin embargo, no queremos negar que Dios premia las buenas obras; pero es por Su gracia que Él corona sus dádivas (Artículo 24).

¡Incluso nuestra recompensa en el cielo es la gracia irresistible! La verdad de la gracia irresistible es nuestro único consuelo y esperanza.

La perseverancia de los santos



Prof. David J. Engelsma

Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros. Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdicción, para que la Escritura se cumpliese (Juan 17:11b-12).

Introducción

Hay un juicio terrible de Dios sobre el falso evangelio de salvación por la voluntad y las obras del pecador. Este juicio de Dios sobre ese falso evangelio es el temor tanto de los maestros de este falso evangelio como de sus discípulos de que puedan apartarse de Cristo y perecer eternamente. Este es el temor de todos los católicos romanos. Es dogma católico romano que nadie puede saber con certeza si continuará en la salvación y será salvo eternamente.

El temor de alejarse de Cristo y perecer eternamente es también el temor de los arminianos. Recuerdo en este punto que, aunque muy pocos hoy se llaman a sí mismos arminianos, sin embargo, la mayoría de los llamados evangélicos, así como de los fundamentalistas y carismáticos, son completamente arminianos en su predicación y enseñanza. Todos ellos tienen el temor de que,

aunque se consideren salvos hoy, al final puedan caer y perecer para siempre.

En el Sínodo de Dordt, el partido arminiano se expresó de la siguiente manera con respecto a la perseverancia, es decir, la continuación de un creyente en la fe para que ciertamente herede la vida eterna: “los verdaderos creyentes pueden caer de la verdadera fe. Los verdaderos creyentes son capaces de caer por su propia culpa en actos vergonzosos y atroces, perseverar y morir en ellos y finalmente caer y perecer”.

Alejarse de Cristo y perecer para siempre es el temor también de aquellos que hoy están enseñando cierta doctrina del pacto en iglesias reformadas y presbiterianas supuestamente conservadoras, principalmente en América del Norte. Estos hombres están enseñando que todos aquellos que están unidos a Cristo Jesús por una fe verdadera y que reciben las bendiciones de la salvación, incluyendo el beneficio de la justificación, pueden separarse de Cristo Jesús, perder su salvación y perecer eternamente en el infierno. Estos hombres están enseñando que muchos de los que están unidos a Cristo en el pacto, y disfrutan, en efecto, de las bendiciones del pacto de salvación, se apartan y perecen para siempre. Este es un aspecto de la doctrina herética conocida como la Visión Federal.

Este temor a la posibilidad real de caer en la perdición es el juicio de Dios sobre el falso evangelio de salvación por la voluntad o por las obras del pecador mismo. El temor de alejarse de Cristo Jesús y perecer para siempre es horrible. Es un terror peor que cualquier otro miedo. Es la implicación necesaria del falso evangelio de que la salvación depende de la voluntad o la obra del pecador. Esto, de hecho, es lo que los católicos romanos, los arminianos y aquellos que están enseñando una nueva doctrina del pacto en las iglesias reformadas supuestamente conservadoras en América del Norte tienen en común. Todos ellos enseñan que la salvación depende de la

voluntad o de la obra del pecador. Y sobre este falso evangelio cae el juicio de Dios: que Él entrega a aquellos que creen en este falso evangelio al terror de temer que pueden caer y perecer para siempre. Porque si la voluntad del hombre es decisiva en su salvación, la voluntad del hombre también es decisiva con respecto a su perseverancia hasta el fin. Si la salvación depende de la voluntad del pecador, la salvación puede perderse. Este temor es la consecuencia necesaria del falso evangelio de que la salvación depende de la voluntad del pecador. Es el fruto amargo que produce ese árbol, pero es al mismo tiempo el terrible juicio de Dios sobre aquellos que creen este falso evangelio. El falso evangelio de la salvación por la voluntad u obras del hombre le roba a Dios Su gloria en la salvación. De hecho, blasfema contra Dios. Dios no puede mantener a Su propio pueblo. Dios está derrotado. La cruz de Cristo Jesús es ineficaz. El Espíritu de Jesús, que intenta salvar a estas personas que, sin embargo, se apartan, es declarado impotente. Eso es blasfemia contra Dios. Dios, en Su justo juicio, priva a los que predicán este evangelio de todo consuelo. Él los ataca con terror, el terror supremo.

La creencia y la confesión de la perseverancia de los santos, por otro lado, es la bendición de Dios sobre la proclamación fiel del evangelio de salvación solo por gracia. Es la bendición de Dios de la enseñanza y la creencia de estas cinco grandes verdades que llamamos los Cinco puntos del calvinismo. La bendición de Dios sobre este evangelio es que los creyentes y los hijos de los creyentes disfrutaban de un gran consuelo inexpresable. Este es nuestro consuelo: Yo, que ahora creo en Cristo Jesús para la salvación, nunca me apartaré de Cristo Jesús. Un día ciertamente seré resucitado de entre los muertos en cuerpo para vivir con Cristo Jesús en gloria para siempre.

La perseverancia de los santos ha sido la confesión de la verdadera iglesia de Cristo Jesús a través de los siglos. Hay una hermosa línea en el quinto encabezado de los

Cánones de Dordt en el artículo en el que los *Cánones* defienden la confesión de la perseverancia de los santos, que dice así: la Esposa de Cristo siempre la amó con ternura y la defendió con firmeza [la verdad de la perseverancia de los santos] cual un tesoro de valor inapreciable (V:15). La esposa de Cristo siempre ha defendido la verdad de la perseverancia de los santos. La esposa de Cristo, por supuesto, es la verdadera iglesia. Esto plantea una pregunta muy seria concerniente a toda iglesia que no aprecia la perseverancia de los santos y que no ama y defiende constantemente la perseverancia de los santos, sino que, por el contrario, desafía la perseverancia de los santos y arroja dudas sobre la perseverancia de los santos: ¿puede esa iglesia ser de alguna manera la esposa de Cristo? La esposa de Cristo amó y defendió la perseverancia en la época de Agustín. La esposa de Cristo en los Países Bajos a principios del siglo XVII amaba y defendía la perseverancia de los santos, como lo prueban los *Cánones de Dordt*. La esposa de Cristo representada en la Asamblea de Westminster amaba y defendía la verdad de la perseverancia de los santos, como se desprende de la *Confesión de Westminster* (17:1-3). Y todavía hoy hay una esposa de Cristo que atesora la verdad de la perseverancia de los santos.

La razón por la cual la verdadera iglesia ama y defiende la doctrina de la perseverancia de los santos, no es la bondad superior de la esposa de Cristo, como tampoco la perseverancia de los santos mismos se debe a los santos mismos. Ese mismo artículo de los *Cánones* citados anteriormente explica que la verdadera iglesia ama la perseverancia porque “que también lo haga [la esposa de Cristo] en el futuro, será algo de lo que se preocupará Dios, contra quien no vale consejo alguno, ni violencia alguna puede nada”. Dios preserva la confesión de la perseverancia de los santos en la iglesia. Dios preserva a la verdadera iglesia en su confesión de perseverancia.

La verdadera iglesia proclama y confiesa la perseverancia sobre la base de las Escrituras. Como enseñan los *Cánones*, Dios “reveló superabundantemente [esta doctrina de la perseverancia de los santos] en Su Palabra” (V:15). Esta revelación de la perseverancia ocurre muy prominentemente en el evangelio y las epístolas de Juan. Un testimonio especialmente claro y poderoso de la perseverancia en el evangelio de Juan es Juan 10:28-29:

y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre.

Quiero, sin embargo, concentrarme en otro pasaje del evangelio de Juan:

Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros. Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdicción, para que la Escritura se cumpliera (Juan 17:11b-12).

Jesús enseña la perseverancia de los santos: “Los he guardado en tu nombre”. La perseverancia de los santos fue Su propia confianza en la víspera de Su crucifixión. Podía ir a la cruz confiando en que el Santo Padre se quedaría con los que pertenecen a Cristo Jesús. Cuán alentador debe haber sido esto para Cristo mismo en el camino a la cruz. Además, este pasaje fue Su oración. Era parte de Su oración como el gran sumo sacerdote de Su pueblo. Todos aquellos que niegan la perseverancia de los santos se ven obligados a admitir que Dios no escuchó y contestó la oración de Su propio Hijo, que el Padre rechazó la petición de Su Hijo.

Elijo este pasaje especialmente porque en él Jesús mismo reconoció la gran dificultad de la perseverancia de los santos. La gran dificultad es la aparente caída de algunos a la condenación que pertenecen a la iglesia. Cristo mismo

tomó nota de esto en Su oración cuando dijo, “ninguno de ellos se perdió, sino [es decir, excepto] el hijo de perdición”.

La obra preservadora de Dios

En Juan 17, la segunda parte del versículo 11 y el versículo 12, nuestro Salvador hizo una petición a Su Padre a favor de todos los que el Padre le ha dado. Señalé anteriormente en este libro que esta es una expresión en el evangelio de Juan que describe la elección de Dios.

Juan 17 es un capítulo muy rico sobre la verdad de la elección de Dios. Repetidamente, Jesús habla de aquellos a quienes el Padre le ha dado o elegido. Jesús tiene en mente, en primer lugar, al pequeño grupo de discípulos reunidos alrededor de Él en el aposento alto. Hay once de ellos ahora porque Judas Iscariote ya había sido despedido para dedicarse a su nefasto negocio de traicionar a Cristo con sus enemigos. Judas había salido de ellos en la noche (Juan 13:26-30). Tengan esto en cuenta: Judas ya no estaba con ellos cuando Jesús oró: “Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre”. Sino que Jesús estaba orando por ese pequeño grupo de once discípulos como representantes de todo el cuerpo de Su iglesia elegida. Él mismo indicó esto en Juan 17:20: “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos”. Él estaba orando por todos a través de los siglos que creerían en Él a través de la palabra de los apóstoles. La oración de Jesús, por lo tanto, fue una petición por toda la compañía de los elegidos. Fue una oración por la iglesia universal que Él reúne desde el principio del mundo hasta el fin. Bueno, podemos recordar y asegurarnos desde el principio que Jesús estaba orando aquí por ti y por mí. Como aquellos que creen en Cristo Jesús de corazón para salvación de acuerdo con las Escrituras, estamos entre aquellos por quienes Él dijo: “Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre”.

Jesús le pidió al Padre que “guardara” a estas personas. El tema es la preservación de Dios de hombres y mujeres. “guárdalos” es lo mismo que “presérvalos”. Comúnmente hablamos de la perseverancia de los santos. Esto es correcto. La perseverancia es nuestra actividad de continuar fieles a Cristo Jesús creyendo en Él, confesando Su nombre y caminando en Sus caminos. La perseverancia es nuestra actividad de permanecer firmemente en la fe de Cristo Jesús. Es apropiado que hablemos de la perseverancia de los santos porque Dios nos guarda, o preserva, de tal manera que perseveramos activamente. Pero la causa de nuestra perseverancia, la única causa, es la preservación que Dios hace de nosotros, lo que Jesús llamó “guardar” en Juan 17:11.

Primero, la preservación, o el guardar, es la obra del Santo Padre, es decir, el Dios Trino, de mantener a las personas regeneradas en su vida espiritual. Es la obra del Dios Trino de mantener a los verdaderos creyentes en la fe. Es la obra del Dios Trino de mantener a los santos, personas que han sido santificadas, en santidad de vida. Que esto es lo que es guardarnos por el Padre, Jesús mismo lo deja claro en el pasaje. Está claro en el versículo 12 donde Jesús dice que Él mismo guardó al pueblo que el Padre le había dado en el nombre del Padre. Cuando fueron salvos, fueron llevados a la unión con el Padre. Fueron llevados a la comunión con el mismo Dios viviente. Llamamos a esto la comunión del pacto. Y ahora Jesús ora para que el Padre nos mantenga en esta comunión de pacto con Dios.

En segundo lugar, Jesús mismo explica que la preservación significa que ninguno de aquellos a quienes el Padre ha dado a Jesús se pierde, es decir, ha perecido. Podríamos pensar que la referencia es a perecer en el infierno. Que Jesús no quiso decir aquí con “se perdió” como pereciendo en el infierno es evidente por el hecho de que Jesús continúa diciendo que el hijo de perdición, Judas Iscariote, ya estaba perdido cuando Jesús hizo esta oración.

Ahora bien, Judas, la noche en que Jesús hizo esta oración, todavía no se había suicidado o ido a su propio lugar. Judas todavía estaba vivo; Judas estaba arreglando con los sumos sacerdotes oficiales como traicionar a Cristo Jesús. Sin embargo, Jesús dice acerca de Judas ya en esta noche que Judas se había perdido, Judas había perecido. Hay otro aspecto de estar perdido además de perecer en el infierno. Esto es que alguien está en una condición espiritual de impenitencia final e incredulidad. Cuando Jesús le pide al Padre que guarde a Su pueblo, por lo tanto, le está pidiendo al Padre que evite que Su pueblo caiga en la condición espiritual de impenitencia final e incredulidad.

En tercer lugar, lo que sigue a las palabras de Jesús en Juan 17:11-12 prueba que la preservación por la que Jesús oró es un guardar al pueblo de Cristo en la vida espiritual, en la verdadera fe, en la santidad. Me refiero a los versículos 15 y 17. En el versículo 15, Jesús dice: "ruego... que los guardes del mal". Y en el versículo 17, Él ora: "Santifícalos en tu verdad". El guardar del Padre al pueblo de Jesús consiste en librarnos del mal y, positivamente, en santificarnos, hacernos santos, mantenernos en nuestra santidad como santos. Por lo tanto, el guardar o preservar de Dios es Su obra dentro de nosotros por Su Espíritu de evitar que perdamos nuestra vida espiritual, que renunciemos a nuestra fe, que nos separemos de Cristo y lo neguemos, que volvamos a caer en esa condición de muerte espiritual de la cual Dios nos ha trasladado y liberado en la regeneración.

El guardar de Dios es Su preservación de los santos en su santidad. Un santo (y esto es lo que es todo hijo creyente de Dios: un santo) todavía peca. De hecho, en esta vida el santo sigue siendo pecador: tiene una naturaleza depravada. Es por eso que la preservación de Dios de nosotros es necesaria; sin embargo, debido a que Dios nos guarda, en respuesta a la oración de Jesús, ningún santo puede cometer el pecado de muerte y alejarse de Cristo para

siempre. Un santo puede caer profundamente en pecados graves y presuntuosos e incluso continuar en ellos por un tiempo, como muestran los ejemplos en la Biblia de David y Pedro (cf. *Cánones* V:4). Pero Dios ni siquiera entonces quita Su Espíritu por completo de estos santos que han caído profundamente en pecado. Tampoco les permite perder la gracia de la adopción o perder el estado de justificación. Además, Dios traerá a estos santos nuevamente al arrepentimiento, y Él hará que una vez más vivan una vida santa.

La enseñanza reformada de la preservación, o perseverancia, difiere radicalmente de una enseñanza que tiene una cierta similitud formal con ella, una enseñanza conocida como la seguridad eterna. Algunos grupos, algunas iglesias, enseñan la “seguridad eterna”. Le dirán a la gente reformada, no estamos de acuerdo con ustedes en cuatro puntos de su calvinismo, pero estamos de acuerdo en uno de ellos: el último punto, la perseverancia de los santos. Ustedes enseñan la perseverancia de los santos; nosotros enseñamos la seguridad eterna. Pero, de hecho, ellos no tienen en mente la misma obra de Dios que nosotros. La “seguridad eterna” para ellos significa que alguien es salvo al tomar una decisión barata hacia Cristo. Entonces puede estar seguro de ir al cielo, independientemente del hecho de que todo el resto de su vida nunca pone un pie en una iglesia y vive como el diablo. Nosotros condenamos esta enseñanza. La verdad bíblica de la preservación de los santos es que Dios nos guarda al obrar en nosotros por Su Espíritu para que mantengamos nuestra fe, continuemos en santidad de vida y caminemos firme y fielmente en el discipulado de Cristo Jesús nuestro Señor. Sin embargo, mantenernos en fe y santidad no es todo el trabajo de la preservación. En la forma de mantener a los santos elegidos en fe y santidad, Dios nos preserva para la salvación final. La salvación eterna es la meta de la preservación que Jesús pide, como Jesús mismo da a conocer en Juan 17:24: “Padre,

aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo". El no solo pide que el Padre preserve a su pueblo en fe y santidad, sino que también pide que Dios preserve a Su pueblo para que finalmente estén donde está Cristo; Cristo está en el cielo con Dios. Los santos son mantenidos lejos de caer en el castigo del infierno que es duró. Se les impide perecer en la muerte eterna. Son guardados por Dios para que cada uno de ellos finalmente participe en la vida y gloria de Cristo en el cielo. Esto es preservación.

La *perseverancia* de los santos, entonces, es la actividad espiritual de todos aquellos en quienes Dios ha comenzado la obra de salvación de continuar en fe y santidad para vida eterna y gloria en el día de Cristo. Perseveramos porque Dios misericordiosamente obra dentro de nosotros nuestra preservación.

Amenazas

No es como si no hubiera amenazas a la santidad continua y la salvación final de los creyentes y sus hijos elegidos. Por el contrario, la perseverancia implica amenazas. La preservación de Dios de nosotros implica que hay enemigos que están empeñados en la destrucción de todos los que se identifican como miembros de la iglesia confesando a Cristo Jesús y viviendo una vida santa. Dos palabras aparecen en los versículos 11 y 12 de Juan 17 que se traducen "guárdalos" y "guardaba".

Pero la palabra traducida "guardar" en el versículo 12 es una palabra completamente diferente de la palabra traducida "guardar" en el versículo 11. La palabra traducida "guardar" en el versículo 12 significa "cuidar" o "proteger" como un pastor cuida o protege a sus ovejas contra los ataques de los enemigos de las ovejas, los lobos. Esto deja claro que la iglesia y cada creyente tienen enemigos. En Juan 10, Jesús se refiere a aquellos que intentan arrancar a Su pueblo de su mano. Esos enemigos son el diablo y los

demonios. Esos enemigos son el “mundo” en Juan 17 acerca de quien Jesús mismo dice, que odian a quien el Padre ha dado a Jesús (v.14). Debido a que la iglesia no es del mundo, así como Jesús no es del mundo, esos enemigos son la iglesia apóstata con los herejes y los falsos maestros. La peor de las amenazas a nuestra perseverancia en la fe es nuestra propia naturaleza corrupta, nuestro orgullo, nuestra búsqueda de nosotros mismos, nuestra mentalidad terrenal, nuestra envidia, nuestros deseos, nuestro descontento. Constituyen toda una serie de enemigos empeñados en nuestra destrucción espiritual que llevamos con nosotros en nuestra carne.

Los *Cánones de Dordt* afirman que no podríamos perseverar, si fuésemos “abandonados a sus [nuestras] propias fuerzas” (V:3). Más adelante, leemos que nuestro perecer basado en nosotros mismos “no sólo podría ocurrir fácilmente, sino que realmente ocurriría” (V: 8). Si nuestra perseverancia dependiera de nosotros mismos, no sólo es posible que perezcamos, sino que indudablemente sucedería que pereceríamos. Pero Dios guarda a los santos.

Los medios de preservación

No podemos pasar por alto el hecho de que Dios usa medios para guardarnos. Separar la preservación de los medios por los cuales Dios nos preserva y nos hace perseverar sería presunción, no fe. Jesús llama la atención sobre los medios en el versículo 11: “guárdalos en tu nombre”. A lo que Él se refiere Él lo aclara en el contexto. En el versículo 8, Él habla de “las palabras que me diste”. En el versículo 14, Él menciona “tu palabra”, y en el versículo 17, “tu verdad”: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad”. Dios preserva a Su pueblo y los santos perseveran por la Palabra de Dios, por la verdad, por el evangelio que fue proclamado por los profetas en el Antiguo Testamento, y por Jesús y los apóstoles en el Nuevo Testamento. Dios preserva a Su pueblo por la Palabra de la Sagrada Escritura,

que es predicada por la verdadera institución de la iglesia. En Juan 10, Jesús describe este medio como Su voz: “Mis ovejas oyen mi voz... y me siguen” (v. 27). Los *Cánones* indican los medios y su importancia: “así la guarda [la obra de gracia en nosotros], prosigue y perfecciona Él [Dios] por el oír, leer su palabra y reflexionar en ella, por el escuchar y leer Su Palabra, por la meditación sobre ella, así como por amonestaciones, amenazas, promesas y el uso de los sacramentos” (V:14).

Los medios por los cuales Dios preserva a la iglesia en respuesta a la petición de Jesús son la predicación del evangelio, la administración y el uso de los sacramentos, y la disciplina por parte de la iglesia instituida. En dependencia de estos medios principales, los medios menores, pero importantes, son la propia lectura de la Biblia y la meditación en la Palabra de Dios. Por estos medios, Dios preserva al creyente; por estos medios, Dios preserva a los hijos de los creyentes; y, por estos medios, Dios preserva a la iglesia. Dios no preserva a Su pueblo de otra manera que no sea por estos medios. Es por eso que no hay mayor amenaza para la salvación del pueblo de Dios que la corrupción del evangelio. Esta es también la razón por la cual, que alguien se jacte de su preservación y la preservación de sus hijos, mientras que al mismo tiempo está despreciando la membresía en una verdadera iglesia de Cristo Jesús, donde se encuentran estos medios de preservación y donde Dios emplea estos medios, es pura presunción, no fe. Cuando Jesús oró para que Dios guardara a Su pueblo, incluida en esa petición en la mente de Jesús estaba que Dios también mantendría los *medios* para la preservación de la iglesia. Jesús oró por el mantenimiento de la verdadera institución de la iglesia.

Por estos medios, Dios guarda a los santos elegidos. Él guarda a cada uno de ellos para que ninguno de ellos se pierda, ni uno: ninguno de ellos se pierde.

La aparente excepción

Pero esto no siempre parece ser así. Por el contrario, nos parece que los santos perecen. Hay aparentes excepciones a la preservación de los santos. Hay excepciones en nuestra propia experiencia. Vemos denominaciones enteras de iglesias que se alejan de la Palabra y el evangelio de Dios. Lo que esta apostasía significa es que familias enteras perecen. Sus abuelos y sus abuelas fueron al cielo, pero los nietos perecen en estas iglesias apóstatas. Y quién de nosotros que tiene alguna experiencia con la iglesia no está dolorosamente consciente del miembro de la iglesia, tal vez incluso uno que ha sido anciano de la iglesia desde hace mucho tiempo, que abandona a Cristo por el mundo y abandona la vida de santidad que aparentemente había estado viviendo. La excepción puede ser incluso uno de nuestros propios hijos. Creció aparentemente caminando en los caminos del Señor. Tal vez, incluso confesó su fe y participó del sacramento de la Cena. Y luego le dio la espalda a la iglesia y abandonó a Cristo Jesús para correr con el mundo de los impíos.

Estas aparentes excepciones son graves para nosotros; nos causan un gran dolor. Estamos afligidos por la apostasía de las denominaciones que una vez se mantuvieron firmes. Los miembros de la congregación se entristecen al ver a uno abandonar la iglesia, que caminó con ellos durante mucho tiempo. Rompe el corazón de los padres piadosos ver a un hijo o una hija abandonar la iglesia y un caminar piadoso, y correr con el mundo. Lo que es aún peor es que estas aparentes excepciones son ocasiones para dudar con respecto a la preservación de Dios de Su iglesia. Estas excepciones plantean preguntas en nuestra mente: ¿puede perecer la iglesia de Cristo? ¿Pueden los santos alejarse? ¿Es posible, entonces, que yo también en el futuro retroceda a la perdición, antes de alcanzar la meta de la

carrera de la vida cristiana, en mi muerte, en la segunda venida de Cristo Jesús?

Llevaré a mi tumba el dolor y conmoción espiritual de una angustiada llamada telefónica hace veinte o veinticinco años, alrededor de la hora de la cena, informándome que un miembro de la iglesia desde hacía mucho tiempo, un hombre que había servido como anciano en repetidas ocasiones, y un amigo muy cercano de toda nuestra familia, había respondido a grandes problemas suicidándose. La conmoción espiritual fue expresada por la respuesta de nuestro hijo de quince años, ¿dónde estaba Dios? Y luego tuve que orar. Por única vez en mi vida, por un fugaz segundo, tuve la tentación de orar por los muertos. Este es el tipo de tentación que experimentamos en la aparente excepción a la verdad de que Dios preserva a Su pueblo.

Jesús sabía las tentaciones que enfrentaríamos con respecto a la preservación. Por lo tanto, en esta gran oración por la preservación de Su pueblo, Él mencionó la aparente excepción en Su propia experiencia: “a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino [es decir, excepto] el hijo de perdición”. La aparente excepción en la experiencia de Jesús fue Judas Iscariote, a quien Jesús ya había descartado para llevar a cabo su traición (Juan 13:27). Judas estaba cerca de Jesús; él era prominente en la esfera del pacto; él fue uno de los doce discípulos originales; tuvo el privilegio de escuchar toda la enseñanza de Jesús y de ver todos los milagros de Jesús; predicó el evangelio y realizó milagros.

Pero él era un discípulo de Jesús que estaba perdido. Él estaba perdido espiritualmente ya en la noche en que Jesús oró esta petición. Se perdería eternamente al día siguiente cuando saliera con remordimiento y culpa y se ahorcara. Si alguna vez hubo una excepción real a la verdad de la perseverancia de los santos, habría sido Judas Iscariote.

De hecho, sin embargo, Judas no fue la excepción. Jesús se esforzó por aclarar esto en Su enseñanza sobre la preservación. Jesús llamó a Judas el hijo de perdición. Judas era la descendencia de la perdición, nacido del infierno, el hijo del infierno. Anteriormente, dice Juan, Jesús dijo acerca de Judas: “¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?” (Juan 6:70). Judas nunca fue un santo; Judas nunca estuvo unido a Dios en Cristo Jesús, en el pacto. Nunca fue ciudadano del reino por regeneración. Nunca había sido dado a Jesús por el Padre.

Confirmando que el perecimiento de Judas no era una caída de un santo, Jesús agregó que Judas pereció, “para que la Escritura se cumpliera”. Eso no era excusa para Judas. Eso no minimizó la gran responsabilidad y culpa de Judas. Pero sí disipó cualquier temor que los otros discípulos pudieran haber tenido, y cualquier temor que pudiéramos tener, como si el perecimiento de Judas indicara la frustración del propósito amoroso de Dios para la salvación de Judas y, por lo tanto, la posibilidad de que también nos alejemos de Jesús.

La traición a Jesús y la caída por parte de Judas fueron predichas en el Salmo 41:9: “Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, Alzó contra mí el calcañar”. Si fue predicho, había sido decretado en el consejo de Dios. Dios decretó que Judas se perdiera en el decreto de reprobación y profetizó esa pérdida siglos antes de que ocurriera. La caída y el perecimiento de Judas no indican la frustración de la voluntad amorosa de Dios de salvar a Judas. Por el contrario, la caída de Judas estaba de acuerdo con el decreto de reprobación de Dios. Judas se perdió, espiritual y eternamente, fue el medio por el cual Cristo Jesús sería llevado a la cruz para la salvación de todos los elegidos de Dios. En el pasaje, Jesús se refiere a Judas como *el* hijo de perdición. *El* hijo del infierno es el instrumento por el cual *el* elegido, Cristo Jesús, lleva a cabo la redención de toda la iglesia.

Jesús no dijo: “Yo no perdí a ninguno de ellos, sino al hijo de perdición”. Esto significaría que Él perdió a alguien. Pero Él dijo: “ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición”. Jesús reconoció la desaparición de Judas. Pero Jesús no lo perdió, porque Judas nunca fue uno de los Suyos.

La aparente excepción no fue una excepción, sino que, como enseña el apóstol Juan en su primera epístola, “Salieron [es decir, los apóstatas] de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros” (I Juan 2:19). ¿No estaba Juan pensando también en Judas Iscariote? Los pensamientos de Juan debieron haber regresado a esa noche en el aposento alto, cuando uno de los once se levantó y salió en la noche. “Él salió de nosotros para que se manifestara que él no era de nosotros”.

A la luz de la palabra de Jesús acerca de la apostasía, como lo explica Juan en I Juan 2:19, deben explicarse todos esos pasajes (y no hay muchos de ellos) a los que los defensores de la caída del pueblo de Dios apelan en defensa de la caída de los santos. Me refiero a Hebreos 6:4-8 y Hebreos 10:29, así como al pasaje en Juan 15:1ss., que habla del corte de los pámpanos que están en la vid. Todos estos pasajes enseñan un alejamiento de las personas que están cerca de Cristo Jesús en la esfera del pacto; de las personas que están en la comunión de la iglesia instituida; de las personas que profesan ser santos; y de las personas que incluso experimentan ciertas “operaciones comunes” del Espíritu en su mente y emociones. Son personas que, en las palabras de Lucas 8:13, “creen por algún tiempo”, pero cuya fe temporal es cualitativamente diferente de la fe justificante y salvífica. Estas personas nunca nacieron de nuevo, nunca recibieron el don de la verdadera fe, nunca fueron unidas a Cristo por una fe viva. Y nunca habían sido dados a Cristo en el decreto de elección. Aquellos que enseñan que tales

personas fueron salvadas una vez, enseñando así que aquellos que una vez fueron verdaderamente salvos pueden caer, ya sean romanistas, arminianos o defensores de la Visión Federal en América del Norte, contradicen a Cristo Jesús en Juan 17, deshonran a Dios como si Él no pudiera guardar a los Suyos y arrojan terror a toda alma creyente. Entonces también yo puedo perderme realmente. La caída de los santos, la caída de un solo santo, la caída de incluso un santo que es el más pequeño y débil de todos los santos, es completamente imposible (Cánones V:8). Que los santos puedan caer no es un asunto dudoso. No es algo que tenga que discutirse. Según los cánones V:8, es completamente imposible, y la imposibilidad se debe al consejo de Dios; la promesa de Dios; el llamado de Dios de los Suyos de acuerdo con Su propósito eterno; el mérito, la intercesión y la preservación de Cristo Jesús; y el sellamiento por el Espíritu Santo.

La gozosa seguridad

De esta perseverancia, cada uno de nosotros que cree en Cristo Jesús de corazón *tiene que tener certeza, puede tener certeza y debe tener certeza*. Tenemos que, y podemos, y debemos tener esta seguridad concerniente a toda la iglesia, y tenemos que, podemos y debemos tener esta seguridad concerniente a nosotros mismos personalmente.

Fue el propósito de Jesús con esta oración para nuestra preservación en Juan 17 que todos nosotros tengamos la seguridad de nuestra propia perseverancia y de la de la iglesia. La ocasión de esta petición fue Su partida de la iglesia al cielo. La iglesia quedaría en un mundo malvado y amenazante. En el versículo 11, Jesús acaba de decir: “Y ya no estoy en el mundo; mas estos están en el mundo”. Los discípulos podrían muy bien tener miedo con respecto a su propia seguridad. Jesús hizo esta oración en voz alta ante sus discípulos y escribió esta oración en las páginas de las Escrituras para que las personas creyentes y sus hijos la

leyeran a través de las edades, “para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos” (v. 13). Esta es la alegría de nuestra preservación. Este es el gozo: que el Padre de Jesús nos guardará en respuesta a la oración de Jesús. Este es el gozo de que nuestra fe nunca fallará, nuestra santidad nunca se perderá, el Espíritu de Cristo nunca nos dejará, nuestra unión de pacto con Cristo nunca se romperá, y no seremos expulsados en el día de Cristo Jesús. Cristo quiso que tuviéramos el gozo de la perseverancia de los santos.

Terrible, terrible más allá de las palabras, es el terror de la posibilidad de la caída de los santos. No hay miedo como este miedo. Que yo todavía pueda odiar, negar y abandonar a mi bendito Salvador, Cristo Jesús, y que si lo haré, o no, depende de mí. Esto es terror. Que aún pueda estar destituido de vida eterna y gloria y perecer en las agonías del infierno, infinitamente lejos del rostro sonriente de mi Padre celestial, y que si esto me sucede depende de mí. Esto es terror. Este es el terror de incontables millones de personas hoy. No estoy hablando del mundo impío. Estoy hablando de millones de cristianos profesantes. Todos los católicos romanos viven y mueren en este terror. La mayoría de los evangélicos, fundamentalistas y carismáticos, comprometidos como están con la teología arminiana de la salvación que depende del libre albedrío del pecador, viven y mueren en este mismo terror. Hoy en América del Norte, este mismo terror se está extendiendo en la Iglesia Presbiteriana Ortodoxa, la Iglesia Presbiteriana en América y las Iglesias Unidas Reformadas por la herejía de la Nueva Perspectiva de Pablo y la Visión Federal.

Cree, oh santo, que Aquel que comenzó una buena obra en ti la preservará hasta el fin, y te guardará (Filipenses 1:6). Tu perseverarás. No escuches el falso evangelio de la salvación de Roma por las obras del pecador, o el falso evangelio de la salvación del arminianismo por el libre albedrío del pecador, o el falso evangelio de la salvación de la Visión Federal que depende de las condiciones que

realiza el pecador. Pero escucha a Cristo Jesús: “Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre”.

La base de esta seguridad de perseverancia no es nuestra fuerza, el valor o el trabajo. Sino que la base es el guardar soberano, fiel y amoroso de nuestro Padre a nosotros. Él escuchó la oración de Jesús en Juan 17, y Él escucha la oración intercesora de Jesús ahora, quien está delante del Padre en nuestro nombre, habiéndonos redimido por Su muerte. Esta oración de intercesión es la misma que Jesús pronunció en el aposento alto la noche antes de Su muerte, “Padre santo, a los que me has dado, guárdalos”. El Padre es capaz de guardarnos, siendo más grande que todos nuestros enemigos. Él mismo quiere esto mismo, habiéndonos dado al Hijo para que podamos tener vida eterna.

La base de nuestra seguridad de perseverancia, como es el poder de la perseverancia misma, es la gracia.

El fruto de esta seguridad en nuestra vida y experiencia no será la indolencia, o el descuido, con respecto a la piedad, la buena moral, las oraciones y otros ejercicios santos, como los enemigos de la perseverancia acusan.

Más bien, el fruto será el descrito por los *Cánones de Dort*:

Pero tan fuera de lugar está que esta seguridad de la perseverancia pueda hacer vanos y descuidados a los creyentes verdaderos, que es ésta, por el contrario, una base de humildad, de temor filial, de piedad verdadera, de paciencia en toda lucha, de oraciones fervientes, de firmeza en el sufrimiento y en la confesión de la verdad, así como de firme alegría en Dios; y que la meditación de ese beneficio es para ellos un incentivo para la realización seria y constante de gratitud y buenas obras, como se desprende de los testimonios de la Sagrada Escritura y de los ejemplos de los santos (V:12).

Acerca de la British Reformed Fellowship [Comunidad Reformada Británica]

La Comunidad Reformada Británica (BRF, por sus siglas en inglés) fue fundada en 1990 por un grupo de cristianos reformados establecida para la defensa de la fe reformada histórica en las Islas Británicas. Su base doctrinal son las Escrituras inspiradas, infalibles e inerrantes del Antiguo y Nuevo Testamento, resumidas y sistematizadas en las confesiones reformadas, específicamente las Tres Formas de Unidad y los estándares de Westminster.

El BRF produce una revista bíblica y teológica, el Periódico Reformado Británico (BRJ, por sus siglas en inglés), cuatro veces al año o con la mayor frecuencia posible. Las tarifas de suscripción, a partir de 2008, son £ 10 (Reino Unido, Europa y otros lugares) o \$ 20US (América del Norte) por cuatro ediciones del BRJ. La membresía en el BRF, que incluye recibir cuatro números del BRJ, cuesta lo mismo que la suscripción al BRJ y está disponible para los cristianos reformados en las Islas Británicas que están de acuerdo con su base doctrinal. Nuevos suscriptores y miembros son bienvenidos.

El BRF celebra conferencias familiares bienales en varios lugares de las Islas Británicas durante una semana en el verano, generalmente a principios de agosto. Los temas de las conferencias anteriores incluyen el matrimonio y la familia, el pacto de gracia, la gracia soberana, la Iglesia, las últimas cosas, el reino de Dios, la seguridad, guardar el pacto de Dios y (por supuesto) los cinco puntos del calvinismo. ¿Por qué no consideran unirse a nosotros para una semana relajante de comunión en torno a la Palabra de Dios?

El sitio web del BRF contiene artículos del BRJ, así como información sobre las conferencias del BRF, datos de contacto y otros materiales. Así que, ¡búscanos en la web!
www.britishreformedfellowship.org.uk

Hope

Hope Protestant Reformed Church
1307 E Brockton Ave
Redlands, CA 92374

WWW.HOPEPRC.ORG